

A romantic couple is shown in profile, embracing in a field at sunset. The man is on the left, wearing a brown sweater, and the woman is on the right, with long brown hair. The background is a warm, golden glow with soft, out-of-focus lights. The title 'Yo no te prometo Amor' is written in a large, white, cursive font across the center of the image.

Yo no te  
prometo  
Amor

CONNIE ACEVEDO B.

CONTEMPORÁNEA



Yo no te prometo amor

Connie Acevedo B.

**Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.**

**Primera Edición:** Septiembre 2016

**Fotocomposición de la portada:** [SW Design](#)©

**Título Original:** Yo no te prometo amor

**Del texto:** Connie Acevedo B.©

**De esta edición:** Red Apple Ediciones©

Connie Acevedo B. © 2016

*Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.*

*I believe in second chances.  
Because no matter how far apart we are...  
We're still under the same sky.  
Love you. Always.*

# Capítulo 1

Positivo.

El sol ya había invadido por completo su habitación. Se sentó en el borde de la cama para observarlo con calma. Brillaba como nunca, y aunque el hecho de observar esa escena conseguía llenarla de energía, tenía claro que ese día no sería así. Su mente estaba demasiado enfocada en la preocupación como para poder apreciar aquello.

Observó su mesa de noche.

Ahí descansaba esa pequeña caja que contenía la respuesta que probablemente cambiaría toda su vida. No realizó la prueba el día anterior por miedo, sin embargo, ahora tenía claro que no podía seguir retrasando el momento. No cuando cada vez veía más clara esa otra posibilidad.

Posibilidad que incluso a sus veintiocho años le aterraba de sobremanera.

Tomó la prueba al mismo tiempo en que se puso de pie. Caminó a paso firme hacia el baño. Ya era una adulta y su comportamiento evasivo no lo estaba demostrando en absoluto. Necesitaba conseguir la respuesta para satisfacer su curiosidad. Pero sobre todo para saciar la de él...

Una vez en el baño, se quedó mirando su reflejo. Las ojeras denotaban lo poco que había conseguido dormir la noche anterior pensando en el tema. Estaba casi segura, pero el hecho de confirmarlo la asustaba, significaría un futuro que quizá no había contemplado. Abrió la caja y leyó las indicaciones. Sabía más o menos con lo que se encontraría, ya que no era la primera vez que pasaba por ese tipo de situación.

Aunque en esa oportunidad sólo era una niña enfrentándose a lo desconocido.

«*Ambos. Ambos éramos unos niños*» Se corrigió de inmediato.

Ahora era una adulta asumiendo las consecuencias de sus actos.

Siguió las instrucciones y esperó sentada en el borde de la bañera. Los

pocos minutos que la separaban de aquel resultado se le hicieron eternos. Incluso podía escuchar el sonido que emitían las manecillas del reloj, avanzando de forma lenta, torturándola con cada pequeño movimiento.

«*Positivo*»

Hacía diez años, su novio de la universidad hubiese estado dispuesto a abandonar la oportunidad de su vida, de haber sido positivo el resultado. A sus veintidós años, él estuvo dispuesto a todo cuando ambos se enfrentaron a esa misma prueba. Pero su actual novio, un hombre de cuarenta y siete años, no cedería en nada. Ni siquiera por un bebé.

¡Qué ironía!

En unos meses, tendría un hermoso bebé en sus brazos. Un bebé que reuniría lo mejor de ambos. Pero estaba segura de que Jeff no estaría ahí. De pronto, aquello la llevó al extremo. ¿Cómo sería criar un bebé sola? ¿Qué le diría cuando preguntara por su padre? Intentó calmarse, quizá Jeff cambiara de opinión y formaran una familia. Él la amaba y eso sería lo correcto, ¿no?

«*Definitivamente no*»

Él había sido claro. No le dijo de forma literal que la abandonaría en caso de quedar embarazada, pero manifestó de inmediato sus deseos de continuar la relación en el mismo estado. Él no quería casarse otra vez, su experiencia como padre le había dado la misma idea. El matrimonio y la paternidad ya no tenían cabida en la mente de Jeff Thompson. Por más que llevaran una relación de tres años.

Volvió a la cama ansiando que esta vez fuera diferente. Pero en el fondo, algo le decía que le aguardaba un destino bastante incierto. Se cubrió con el edredón e intentó volver a dormir.

Pronto, su sueño se vio interrumpido por el desagradable sonido del teléfono. ¡Cómo odiaba el sonido de esa máquina infernal! ¿Acaso no podía tener consideraciones con una nueva embarazada?

Se acomodó en la cama y levantó el auricular con cautela, sabiendo de antemano de quién se trataba.

—¿Ya te hiciste el test? —escuchó desde el otro lado de la línea.

—Buenos días Jeff, estoy bien, gracias por preguntar —ironizó.

—¡Por favor Melrose! ¡Responde! —Hizo una pausa—. He estado pensando toda la noche en esto, necesito saber el resultado.

Melrose se puso de pie con el teléfono aún pegado a su oreja. Caminó

hasta la sala y observó el árbol de navidad que hace unas semanas atrás habían montado juntos. Cada parte de su casa tenía un recuerdo de Jeff. Podía verlo en la cocina preparándole de cenar, en esas noches en las que contaba con tiempo libre y ánimos de mimarla. Su relación había llegado a ese punto en el que parecían una pareja disfrutando de sus primeros años de matrimonio. Sin embargo, no podía seguir viviendo una fantasía que nunca pasaría de eso.

Antes de que el teléfono la despertara, había tenido un sueño. Su embarazo ya estaba avanzado y una felicidad inmensa llenaba sus días. En el sueño no estaba Jeff. No había nadie más que ella y su bebé. Sin importar que se hubiese enterado sólo hace un par de horas ya era madre y su instinto le decía que todo estaría bien, aún sabiendo que Jeff estaba a punto de hacerse a un lado.

—La respuesta no va a gustarte —pronunció de pronto. Se produjo un silencio. Luego agregó—. Voy a tenerlo Jeff, no me importa lo que pienses. Está bien si no quieres participar de esto...

—Melrose, —la interrumpió—, esto solo nos traerá complicaciones. Pensé que lo habías comprendido. ¿Por qué quieres arruinar la relación que tenemos? Tengo muchos amigos médicos que podrían ayudarnos con este problema.

—¿Problema? ¿Qué estás diciendo? —No podía comprender lo que estaba escuchando. Sabía que Jeff no planeaba tener más hijos, pero llamarlo “problema” era algo que no tenía cabida en su mente.

—Deberías considerar la opción de ponerle fin a ese embarazo. Es lo mejor.

« *¿Es lo mejor? ¿Para quién?* »

Jeff había continuado hablando, pero Melrose ya no podía escuchar. Cortó la comunicación de inmediato y arrojó el aparato lejos. Se acercó hasta la ventana de la sala y comenzó a observar a los niños que jugaban en la calle. Se sentía mínima. Ella no había hecho nada malo, ¿por qué él sugería algo tan bajo como acabar con la vida de su bebé?

Él ya llevaba a cuestas un matrimonio fallido y como resultado un hijo del que no sabía hace meses. Tampoco es que él fuera uno de esos hombres que disfrutasen ir de flor en flor experimentando. Fue muy leal con ella durante los años de su relación. Pero ese no era el problema. Ella había sido la tonta que se dejó llevar por ese noviazgo que desde un principio no tuvo

futuro.

Las palabras matrimonio y paternidad no estaban contenidas en el diccionario mental de Jeff Thompson.

Tres años arrojados a la basura por una píldora que no cumplió su función.



## Capítulo 2

Se dispuso a comer lo que había ordenado. Era obvio que ya no aparecería aquel sujeto con el que Jenny, una de sus amigas, le había concertado una cita. O quizá sí apareció, pero se espantó al ver su vientre. Seguro que Jenny había olvidado mencionar el “pequeño” detalle de que estaba embarazada. Se rió de sí misma.

¿Quién querría salir con una mujer con cinco meses de embarazo cuando ni siquiera el padre de la criatura quería salir con ella?

Dio un sorbo al zumo de piña, su favorito desde el embarazo. Se sintió afectada por la pregunta que se formuló, buscando un poco de humor ante ese penoso escenario en el que había sido plantada. Era cierto. El padre de su bebé le llamaba una vez al mes para preguntar por el “asunto”, pero su relación estaba rota de forma irremediable. Todavía no podía aceptar el hecho de que él sugiriera acabar con la vida del bebé. Eso fue repugnante, hasta tal punto que consiguió apagar todo lo que en su momento se permitió sentir por él. Ahora eran sólo dos adultos que se hablaban de vez en cuando por teléfono.

De pronto, unas risas provenientes de la barra le trajeron de vuelta a la realidad. Era un grupo de hombres bastante extraños que se estaban haciendo notar. Cuatro hombres para ser exactos. Habían aparecido unos cuantos minutos atrás y mantenían una animada conversación que estaba llamando la atención de todos los presentes. Y es que sus fuertes carcajadas lograban alarmar a cualquiera. Los observó intentando descifrar el motivo de tal exageración. Sus apariencias eran similares, como si hubiesen sido hechos con el mismo molde. Cabello largo atado en una coleta o una barba que no se había encontrado con una cuchilla en meses.

Uno de ellos parecía enfrentar ambos problemas de forma extrema. Su cabello negro estaba atado en una pequeña coleta que evidenciaba el volumen

de su cabello y su barba estaba muy lejos de lo que ella definiría como aceptable. Vestía unos jeans que hace tiempo dejaron de ser humanamente tolerables y una camiseta negra desgastada por el uso. ¿Por qué no había tirado ya esa camiseta? Sonrió. Debía de estar muy aburrida para analizar tanto a ese pobre hombre. Pero la verdad es que algo en él llamaba su atención. A pesar de su apariencia, había algo en su postura y sus gestos que la hacían continuar observándolo. Intentó ver su rostro, pero su posición se lo impedía.

Se preguntó que hacían esos hombres en aquel restaurante y vistiendo así. Tampoco es que el lugar fuese demasiado elegante, sin embargo, su vestimenta no parecía muy acorde en comparación al resto de las personas. En realidad, esa ropa no le parecía adecuada para ninguna situación. Pensó que quizá era uno de esos grupos de excéntricos que les gustaba frecuentar lugares para llamar la atención. Cosa que estaban logrando con éxito.

Cuando optó por volver a su comida, se percató de que aquel hombre al que había estado observando, tenía la mirada fija en ella. Dirigió sus ojos al plato que tenía en frente. ¿Tan evidente había sido? Se puso muy nerviosa y comenzó a pensar en algún tipo de justificación, al percatarse de que el hombre venía caminando hacia ella. Seguro que un «*lo siento, te miraba porque tu ropa es horrible*» no sonaría demasiado bien. Pero el tiempo se le estaba acabando.

«*No. Ya se acabó.* » Corrigió, mientras bajaba la vista hasta su comida.

—¿Mel? —pronunció el hasta ahora desconocido.

De pronto el corazón de Melrose se aceleró. ¿De verdad la había llamado Mel?

Hace muchos años que sus oídos no se deleitaban con su nombre pronunciado por esa voz. Levantó la vista y se percató de que unos hermosos ojos verdes la observaban con total expectación. Esos ojos sólo podían pertenecer a una persona: Alex Hawthorne.

Lo observó intentando calmar esas emociones que rápidamente comenzaron a invadir su cuerpo, pero su mente ya empezaba a hacer su trabajo trayendo recuerdos imborrables de Alex. Sonrió nerviosa sin poder apartar los ojos de su rostro. Si bien había cambiado en estos diez años, aún bajo toda esa oscura barba, conservaba la esencia del hombre del que se enamoró durante su primer año de universidad.

Él la observó con detenimiento. No podía ocultar la sonrisa que ya se dibujaba en su rostro. Melrose parecía mucho más hermosa que el recuerdo

que guardaba de ella. Recuerdo que había tenido que evocar en innumerables oportunidades durante esa última década.

—¡Alex! —exclamó Melrose, al mismo tiempo en que sentía los ojos un tanto húmedos. Se puso de pie y él la rodeó con sus brazos sin percatarse de lo abultado que estaba su vientre. Melrose se aferró con fuerza a él, como si de pronto, estuviese viviendo aquel último abrazo que no se permitió en su momento, por miedo de no ser capaz de dejarlo ir.

Alex había sido su primer amor.

Cuando se conocieron, él estaba en medio de su último año de arqueología, y en toda la universidad no se hablaba más que del viaje que realizaría un grupo grande de esa especialidad, a final de semestre, a la tierra conocida por las momias. Habían ganado una beca gracias a un exitoso proyecto para trabajar en una excavación. Sin embargo, eso no les impidió iniciar una relación que ambos sabían, acabaría cuando Alex se marchara a Egipto.

Los dos conocían las condiciones, pero aun así no pudieron evitar enamorarse.

Melrose se sintió extraña. Las dos relaciones más importantes de su vida se habían visto terminadas por condiciones impuestas desde un comienzo. ¿Acaso estaba destinada a condicionar todo? Aunque por supuesto, Alex era muy diferente de Jeff. Hacía diez años, él sí hubiese sacrificado su viaje de haber sido positivo el resultado de su prueba de embarazo.

Sintió como Alex acariciaba su espalda y murmuraba palabras que le eran irreconocibles. Era como si de pronto todo hubiese desaparecido a su alrededor. Ahí estaba él aferrándose a ella; besando su cabello. Mil cosas le pasaban por la mente, sin embargo, necesitaba decir algo. No podía quedarse ahí, sintiendo como la Melrose de la época universitaria se apoderaba de su cuerpo adulto. Deshizo un poco el abrazo y lo observó. Su rostro estaba cubierto en gran parte por aquella barba negra, pero esos ojos verdes lograron transmitirle la misma sensación que hace una década, él era el único que conseguía provocarle.

—No puedo creer que te esté viendo —murmuró Melrose un tanto nerviosa.

—¡Mel! —exclamó Alex emocionado. Se apartó sólo un poco. Había notado el nerviosismo de Melrose, quizás aquella demostración fue demasiado efusiva. Después de todo, habían pasado diez años. No podía aspirar a abrazarla de esa forma y que todo fuese como antes, pero se había

emocionado mucho al verla. La recorrió con la mirada y de inmediato su vientre capturó toda su atención, haciendo que se sintiera extraño. ¿Melrose se había casado? Intentó encontrar algo que confirmara aquello, pero no distinguió ninguna alianza de matrimonio, o algo parecido.

—¡Dios! ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Por supuesto que Melrose sabía que habían sido diez años, pero la forma en la que los ojos de él se posaron sobre su vientre, provocó que dijera cualquier cosa. Al parecer, su embarazo le había parecido un poco desagradable a Alex, pero, ¿qué podía hacer? Su bebé ya llevaba cinco meses en su interior. No era algo que pudiese ocultar.

—Creo que mucho tiempo —respondió Alex. Estaba seguro de que Melrose se había casado. La opción era bastante factible considerando lo hermosa que era. Después de todo, en diez años pudieron haber sucedido muchas cosas y, sin duda, la opción debió de habersele presentado y terminó aceptando a alguno de los candidatos. Era lógico.

—Demasiado tiempo —dijo Melrose terminando de deshacer el abrazo, para luego sentarse. Observó a Alex acomodarse en la silla frente a ella. Se preguntó de qué podrían hablar después de ese abrazo. Las opciones no parecían llegar. Había pasado mucho tiempo y su separación fue demasiado abrupta como para comenzar a hablar con naturalidad ahora. Bebió un poco de su bebida, de pronto su garganta se había secado—. ¿Y qué tal la vida? ¿Cómo está Egipto?

—Volví hace un par de horas —dijo sonriendo—. Me estoy hospedando en el hotel que está aquí cerca y he salido a cenar con mis compañeros —le explicó señalándolos en la barra—. ¿Y tú? ¿Estás esperando a tu marido...? —Preguntó con cautela, esperando que la respuesta fuese negativa.

—¡Nada de eso! —Negó con las manos—. No estoy casada, estoy cenando sola —hizo una pausa—. ¿Y por qué volviste? Siempre pensé que... harías tu vida allí —la última imagen que tenía de él, se clavó en su mente.

Aquel dolor de hace diez años se apoderó de su cuerpo. Ese sentimiento que permaneció por meses en su pecho, después de marcharse de madrugada como una criminal porque no quería ser descubierta por él durante sus pocas horas restantes en el país.

Lo apoyó incondicionalmente, pero no pudo acompañarlo ni despedirse de él en el aeropuerto, aquello hubiese sido demasiado. A cambio, le dejó una carta. Lamentó por meses el no haber podido darle un último abrazo.

En aquellos años, el haberse enamorado de Alex marcó el hecho más

importante de su corta vida. Nunca se permitió olvidarlo por completo, era como su pequeño secreto, pero el tiempo se encargó de apaciguar todo el dolor y darle la oportunidad de experimentar nuevas sensaciones. Los meses que siguieron a su partida, pensó en contactarlo. No obstante, sabía que aquello no tendría sentido. El escucharlo sin poder verlo era algo que a esa edad no podía concebir.

Y ahora estaba ahí, frente a ella, observándola como si el tiempo para ellos se hubiera detenido. Él le sonreía de la misma manera cautivadora consiguió enamorarla en el pasado.

—Podríamos decir que el destino me trajo de vuelta —respondió Alex. ¿Acaso el destino había conspirado para hacer posible ese reencuentro? ¿Debía interpretarlo de esa forma?—. Sufrí un accidente que me tuvo un par de meses en cama...

—¿Eh? ¿Estás bien ahora? —preguntó Melrose preocupada poniendo su mano sobre la de él.

—Sí —asintió mirando como la mano de Melrose acariciaba la suya—. Pero ya no podía continuar trabajando, así que decidí volver. Me ofrecieron impartir clases en nuestra universidad. Mis compañeros han vuelto por vacaciones. Ellos ya habían venido antes, yo soy el único que se mantuvo todo este tiempo allí —hizo una mueca—. ¿Y tú? ¿Qué fue de ti? —Ya había descubierto que no estaba casada, pero seguro tendría novio, su embarazo lo hacía evidente. Le incomodaba la idea de imaginarla con otro hombre. De inmediato se sorprendió por ese pensamiento. Era ilógico suponer que Melrose que se hubiera mantenido intacta una vez terminada su relación.

—¿Yo? —Dudó unos segundos apartando su mano. No podía contarle que su cita le había dado plantón, ni mucho menos hablarle del novio que la había abandonado apenas se enteró de su embarazo—. Pues, terminé la universidad, y, después de unos años, abrí mi propia tienda. Vendo carteras y accesorios que yo misma diseño.

—¡Estupendo! —Sonrió—. Los accesorios que usabas en la universidad eran muy bonitos.

—¡No es verdad! —rió—. No tenía la gracia que poseo ahora para diseñar —bromeó. Lo observó mientras reía ante su comentario, era como estar reviviendo uno de sus tantos días juntos.

—Te veías hermosa —dijo mirándola. Por su reacción intuyó que había sido muy directo, pero sus palabras eran sinceras. Continuaba pensando que

era la mujer más hermosa que había visto. Su largo cabello castaño, sujetado de forma delicada sobre su hombro derecho, le hizo recordar que ella solía acomodarlo de esa forma casi incitándolo a que besara su cuello. Aunque tenía claro de que en esta oportunidad, no lo había acomodado así para él. La observó. Sus ojos marrones parecían tener ese brillo especial que poseían las mujeres embarazadas. Sus delicadas facciones continuaban provocándole ese deseo de protegerla que casi lo llevó a dejarlo todo en el pasado.

Melrose no pudo evitar el sonrojarse. Era increíble que, aunque hubiesen pasado los años, él aún conservara esa gracia para hacerla sentir tan especial. Lo observó y sonrió. Todavía le parecía increíble el tenerlo frente a sus ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó él sonriendo nervioso.

—Nada —respondió Melrose—. Sólo te observaba...

—No lo hagas —dijo cruzándose de brazos intentando parecer serio.

De pronto, Melrose se percató de que sus amigos empezaban a reclamar su atención. Estaban riendo muy alto otra vez y uno de ellos llamó a Alex.

—Lo siento Mel, debo marcharme. Lo que pedimos ya está y cenaremos en la habitación. Estoy exhausto por el viaje —le explicó al mismo tiempo en que se ponía de pie. La observó sin saber bien qué hacer. No podía simplemente pedirle su número de teléfono. Podría no estar casada, pero su embarazo evidenciaba que no estaba del todo libre—. Me alegro de verte, en serio —sonrió y se alejó pensando en lo maravilloso de su encuentro.

Melrose se quedó observándolo unos momentos más antes de volver a tocar su plato. No había podido decir nada a modo de despedida. Era Alex. El mismo Alex que tanto amó. El mismo que le había provocado todas esas emociones que antes no tenía idea que existían.

¿En qué momento podrían volver a encontrarse en una situación como esa?

Suspiró. No era tiempo de remover el pasado.

—¿Quién es ella? —preguntó Brad a Alex, una vez que este volvió a la barra.

—¿Ella? —Echó una mirada rápida a la mesa en la que ahora Melrose parecía disfrutar de su comida—. Ella es la única mujer a la que he amado en toda mi vida —pronunció suspirando.

—¿Eh? —sonrió.

Alex continuó observándola mientras abandonaba el lugar con sus amigos. Era increíble el haberla encontrado. ¿Cuántas veces se había arrepentido de haber elegido su carrera sobre esa mujer? ¿Cuántas noches se había sentido solo al no tenerla entre sus brazos?

Había necesitado una fuerza enorme para sobrevivir los primeros años sin dejarlo todo y volver, sólo para estar con ella.

Todos aquellos sentimientos, que había ocultado en algún lugar incierto de su ser, comenzaron a reclamar su atención.

Haberla encontrado debía de significar algo. Estaba seguro de eso

## Capítulo 3

—¡Muchas gracias por su compra! —Exclamó mientras le extendía a la refinada señora una bolsa estampada con el nombre MELROSE.

Sus estudios de diseño y vestuario, la llevaron a abrir una tienda de carteras de lujo y accesorios de su autoría. Gozaba de una solvencia económica envidiable. Aunque también había provocado ese sentimiento en algunas personas al salir con un reconocido productor de televisión, pero eso ya estaba en el pasado. Su relación con él terminó el mismo día en que se enteró que llevaba un bebé suyo en el vientre.

Hablaban una vez al mes para asegurarse de que todo marchara bien con aquel “asunto”. Él insistía en que se haría cargo económicamente y que le daría su apellido, sin embargo Melrose lo rechazó.

Si su bebé no iba a contar con un padre presente, ¿qué sentido tenía que tuviera su apellido y recibiera su dinero? Prefería decirle que su padre se había marchado mucho antes de su nacimiento y que no planeaba volver, cosa que no se alejaba mucho de la realidad. Y aunque tenía claro que criar un bebé sola, no era un juego, estaba segura de que saldrían adelante. Siempre se tendrían el uno al otro y eso era lo único en lo que podía pensar. Su madre, también la había criado sola y a ella nunca le faltó nada. Se sentía con fuerzas para lograr lo mismo. Incluso, sus circunstancias eran mucho mejores.

Pensando en su madre, decidió llamarla por teléfono. Hacía años se había mudado al otro extremo del país y compartía sus días con un excelente hombre. Melrose tenía una buena relación con Ben y conciliaba en que era lo mejor que le había sucedido a su madre.

Una vez que le aceptó la llamada, comenzaron a hablar de la propuesta de matrimonio que, después de quince años, Ben le había hecho a su madre.



Terminó la llamada bastante feliz. Estaba deseando verla pronto.

Cuando se disponía a tomar un descanso, el ruido de unos tacones la alertó. Por aquel ritmo, no podía ser otra más que Jenny, una de sus amigas más cercanas y una casamentera profesional.

Jenny también estaba embarazada. Era increíble que a sus siete meses de embarazo, pudiese sostenerse en pie, con tal destreza, en aquellas maravillas de diez centímetros.

—¿Y? ¿Qué tal anoche? —preguntó la rubia apoyándose en el mostrador. Al verla de espalda, era imposible siquiera sospechar que sólo faltaban dos meses para que diera a luz. Su silueta continuaba siendo la misma, incluso su vestimenta difería mucho de las prendas holgadas que solían utilizar las embarazadas. Y es que Jenny, nunca se permitiría ser como una de ellas. Ya era su segundo embarazo y la agitada vida social de su marido, uno de los mejores abogados de celebridades de la ciudad, no le permitía ser menos que todas aquellas mujeres con las que él solía frecuentar. Llevaban un hermoso matrimonio de diez años. Jenny se había casado a los veintiuno y gozaba de una vida perfecta, como siempre soñó—. ¿No vas a responder? —sonrió de forma maliciosa.

—No sucedió nada —respondió Melrose mientras acomodaba los accesorios que la anterior cliente declinó comprar—. Tus instintos fallaron esta vez. Él no apareció, o quizá algo en esta zona —señaló su vientre—, lo hizo retroceder. ¡Te dije que no era buena idea tener citas estando embarazada! —Rió—. No sé en qué estaba pensando cuando te hice caso. No estoy interesada en tener citas —de pronto recordó a Alex. Si bien, no estaba en sus planes el tener citas, no le desagradaba en absoluto el pensar en encontrárselo una vez más. Aunque el no tener su número de teléfono, no facilitaba demasiado las cosas.

—¿Y entonces cuándo? Lo mejor es que consigas a alguien ahora para que te ayude a enfrentar lo que viene. ¡No puedo imaginarte sola viviendo todo esto! —Exclamó con pesar. Jenny tenía esa necesidad absoluta de emparejar a todos a su alrededor, y Melrose no la culpaba.

—Jenny, ya lo decidí. Además, ¿qué hombre se haría cargo del “asunto” de otro? —Se cruzó de brazos al recordar la forma despectiva en la que Jeff se refería al bebé—. No me importa si tengo que estar sola...

—¿Jeff te ha llamado?

—Lo de siempre —respondió Melrose de inmediato.

—Steve se reunió con él hace un par de días y me dijo que tenía mal

aspecto —comentó Jenny con preocupación—. ¡No es el mismo desde que terminó contigo!

Melrose suspiró. Por supuesto que comprendía la preocupación de Jenny, después de todo ella y Steve, su esposo, eran muy amigos de Jeff.

Había conocido a Jenny cuando empezó a vender sus productos por internet, hace unos cinco años. La rubia se enamoró de sus accesorios y de inmediato comenzaron una amistad.

Al poco tiempo Jenny le presentó a Steve, su marido y, posteriormente, Melrose empezó a frecuentar el mundo de ambos. Su hermosa casa estaba ubicada en una de las zonas exclusivas de la ciudad y, de pronto, en una de las tantas fiestas a las que fue invitada, conoció a Jeff.

Jeff Thompson, era un productor de televisión muy amigo de Steve. Sus trabajos iban desde pequeños programas, hasta grandes estelares y magnos eventos de televisión. Su nombre quizás no resultaba del conocimiento popular, pero eso no era relevante, ya que su trabajo era reconocido por millones.

La atracción entre ambos se hizo inminente desde el primer momento. Y su noviazgo no demoró en comenzar.

Las dos parejas se volvieron compañeras de salidas. Por lo que ahora comprendía a la perfección los sentimientos de Jenny. Era como si algo en su mundo perfecto se hubiese roto. Pero ella no volvería con Jeff sólo por devolverle su sueño a la exagerada rubia.

Después de una agotadora tarde con Jenny, cuando estaba a punto de volver a su casa, recibió una llamada de Allie. Al parecer sus dos amigas estaban reclamando atención. Y no le molestaba en absoluto.

Sin duda, el hablar con Allie, aliviaría el cansancio que le provocó la pobre Jenny y sus extrañas preocupaciones

Allie había sido su compañera durante la secundaria y, desde ese momento no se separaron jamás. Allie era la típica chica más bien tímida, pero era la persona en la que más confiaba. No por nada, era su ginecóloga.

—¿Te has alimentado bien? —preguntó Allie dando un sorbo a su café.

—Mucho mejor que tú —dijo Melrose sonriendo—. Es tu segunda taza de café —recalcó.

—No duermo desde ayer —replicó Allie—. Hice dos turnos seguidos...

—¿Y por qué me llamaste? ¡Deberías estar descansando! —Exclamó Melrose preocupada.

—Me paso todo el día viendo gente, llego a mi casa y no hay nadie. ¡Es deprimente! —bromeó—. Creo que le pediré a Jenny que me consiga un marido. Hablando de eso, ¿qué tal la cita de anoche?

—Él no apareció —suspiró aliviada—. Sólo fui por complacer a Jenny, pero la verdad es que me incomodaba la idea de pensar en una primera cita. Hace años que no tengo una.

—¡Lo sabía! —Sonrió. Observó a Melrose quien mantenía la vista fija en el zumo—. ¿Por qué intuyo que hay algo más? —preguntó curiosa.

—Porque sí hay algo más...

Melrose se sintió aliviada. Allie conocía a Alex y todo lo que sucedió entre ambos hace una década, por lo que podía hablarle con toda sinceridad acerca del asunto.

No pudo ocultar su emoción al referirse a él, después de todo, se trataba del hombre con el que había conocido el significado de la palabra amor. Le relató a Allie cómo ocurrió el encuentro y la forma en la que se habían abrazado.

—¿No intercambiasteis los números de teléfono? —preguntó Allie desilusionada.

—Por supuesto que no —dijo Melrose como si se tratase de algo obvio, aunque una parte de ella también se sentía desilusionada. No es como si estuviese aspirando a algo con Alex, pero sentía que el interés inicial se desvaneció de pronto. ¿Acaso había sido a causa de su embarazo?

—Pensé que la historia sería un poco más entretenida —dijo Allie riendo. De pronto, se percató de que un hombre observaba a Melrose desde la barra. No podía distinguirlo bien debido a su vista cansada, pero estaba segura de que miraba a Melrose—. Oye, un tipo en la barra no te quita la vista de encima...

Melrose miró de forma disimulada hacía donde estaba señalándole e inmensa fue su sorpresa al percatarse de que se trataba de Alex. Esta vez, su apariencia no tenía nada que ver con la de su primer encuentro durante la noche anterior. Su cabello negro estaba corto y toda esa barba había desaparecido, dejando a la vista sus masculinas facciones. Era como estar viendo una versión mejorada del Alex de hace diez años. Sus ojos verdes parecían más resplandecientes que nunca, combinados con una elegante camisa negra.

Intentó apartar su mirada cuando se percató de que Alex venía caminando hacia ella con esa gracia tan singular. De inmediato, todos sus sentidos se pusieron alerta. Este Alex maduro era mil veces más atractivo que el chico por el que se desvivió hace una década.

—¡Mel! —Pronunció con aquella voz profunda, emocionado al verla una vez más, mientras depositaba un cálido beso en la frente de Melrose. Luego dirigió su mirada a Allie—. ¿Allie? ¡Dios que sorpresa!

—¡Menuda sorpresa! —Exclamó Allie observando con detenimiento al antiguo novio de su amiga.

Alex volvió a enfocar su atención en Melrose. No tenía idea qué es lo que le estaba sucediendo, pero agradecía enormemente el haber vuelto a encontrarla tan pronto. Era su oportunidad para mantener aquello, aunque no sabía bien hasta dónde quería llegar. Por ahora sólo quería mantener el contacto. Debía pedirle su número de teléfono.

—Me parece excelente el haberte encontrado una vez más —sonrió— Creo que visitaré restaurantes más a menudo —bromeó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Melrose en un tono adorable que la sorprendió.

—Vine a reunirme con... —dio una mirada a la entrada.

Melrose dirigió la vista hacia el mismo lugar en el que Alex ahora parecía absorto. Una belleza rubia envuelta en un vestido verde esmeralda entraba al restaurante. El encargado le había ayudado a quitarse el pequeño abrigo, mientras que la mujer se acomodaba el cabello.

Un escalofrío recorrió su espalda, ¿quién era esa mujer y por qué Alex la miraba de esa forma? Ni siquiera podía describir lo que estaba sintiendo. Era algo demasiado extraño como para ponerlo en palabras.

—Mi acompañante ya llegó —agregó Alex fijando sus ojos en Melrose—. Encontrarnos hoy otra vez, me hace suponer algo especial. ¿Puedes darme tu número de teléfono? —dijo con una sonrisa.

—Claro que si... —dijo Melrose, sintiéndose extraña al haber visto a la mujer con la que él se reuniría.

Allie observó la escena en la que ambos intercambiaban números. Por supuesto que conocía a Alex y todo lo que él significó para Melrose, su amiga estuvo mucho tiempo sumida en aquel estado lamentable después de su partida. Nunca había visto a Melrose así. Recordó lo mal que estuvo al

tener que acostumbrarse a estar sin él. Ni siquiera ahora la veía tan afectada sabiendo que tendría que criar a su bebé sola.

Y ahora él estaba ahí, frente a los ojos de Melrose una vez más.

—Bien, espero que estemos en contacto. Me encantaría que nos reuniéramos con más calma para... conversar —dijo Alex con una sonrisa muy fresca, que hizo que el corazón de Melrose se agitara—. ¡Nos vemos! —hizo una pequeña despedida con la mano, para las dos y se alejó hasta su mesa donde ya lo esperaba la rubia.

Melrose lo observó alejarse sintiendo una extraña opresión en el pecho. No podía dejar de preguntarse quién era esa mujer y qué estaba haciendo en ese lugar con Alex. Los observó abrazarse cariñosamente y algo en su interior se resintió al verlo darle un beso en la mejilla. ¿Qué le estaba sucediendo?

Era obvio que Alex no podía haberse mantenido soltero durante esos diez años. Incluso era una situación de la que ella no estaba exenta. Cargaba en el vientre el bebé de Jeff. Pero se sentía un tanto molesta al ser espectadora de aquella cita. Porque eso debía de ser. Una cita.

Si él tenía la oportunidad de salir con mujeres similares a esa, estaba claro de que ella ya había quedado en el olvido.

—¿Por qué no te acercas y le preguntas directamente quién es esa mujer? —dijo Allie riendo.

—¿Eh? ¿Por qué debería hacer eso? —preguntó confundida, apartando la vista de inmediato.

—Pareces interesada —dijo Allie de forma simple—. Alex era un chico muy interesante, imagino que debe ser mucho más atractivo para cualquiera, ahora que es maduro...

—¡No digas esas cosas! —exclamó Melrose.

No, no estaba interesada en Alex. De ninguna manera podía estarlo.

Dio una rápida mirada a la mesa en la que él se encontraba con esa mujer.

Alex estaba sonriendo y la rubia había puesto su mano sobre la de él.

Esta vez, la sensación de algo rompiéndose en su interior, fue mucho más intensa...

## Capítulo 4

Alex volvió al hotel de madrugada. Su reunión con Anna duró mucho más de lo previsto y es que había requerido de innumerables halagos y explicaciones acerca de sí mismo, para convencerla. Tampoco pudo despedirse de Melrose cuando la vio salir del restaurante. Pero, ¿qué iba a decirle?

Ya no era un niño, no podía ir tras ella, mucho menos ahora con todo el asunto de su embarazo. Y aunque eso no le molestaba en absoluto, era evidente que si no estaba casada, existía un gran vínculo con otro hombre. Y él no tenía intenciones de inmiscuirse en esa relación.

Ya estaba pensando demasiado. Se quitó la ropa rápidamente y se metió a la cama.

☪

Melrose observó la pantalla de su móvil.

Después de haber visto a Alex la noche anterior, no podía apartarse del estúpido aparato. Y eso que solo habían pasado un par de horas. ¿Debía llamar o debía esperar a que él lo hiciera?

Dejó el endemoniado teléfono en su mesa de noche y se acomodó en la cama. Su vientre se hacía más grande a cada instante y le impedía estarse quieta.

¿Qué pensaba Alex de su embarazo?

Ya se había hecho una idea de su opinión. Todavía recordaba la manera en la que él miró su vientre durante el primer encuentro. De todas formas, ¿qué importaba? Él estaba con esa mujer. El interés con el que miró a esa rubia, le dejó claro sus intenciones. Se cubrió el rostro con ambas manos intentando apartar todos esos pensamientos, ella no era nadie para opinar con respecto a las acciones de Alex. Su historia ya había terminado hace años.

Sin previo aviso, su teléfono comenzó a vibrar. Lo tomó y observó la

pantalla expectante. Su corazón comenzó a latir tan rápido que pensó que se le saldría por algún sitio.

Alex la invitaba a almorzar.

Un par de horas más tarde se encontraba sentada en la misma mesa del restaurante en el que había acontecido su primer encuentro tras una década sin verse. Se acomodó el vestido. Como siempre el sol radiante favorecía el uso de aquellos vestidos que adoraba. Había escogido uno color violeta que marcaba la zona más delgada de su cuerpo, pero dejaba espacio suficiente para su vientre. Sacó el espejo para observar su cabello. Lo había atado en el lado derecho y pequeñas ondas se formaron en las puntas. Por una extraña razón, necesitaba estar perfecta. Quería que él la mirara de la misma forma en que había mirado a esa mujer la noche anterior.

Ya ni siquiera estaba pensando demasiado, sólo quería llamar la atención de Alex, aunque desconocía por completo sus propios motivos. Tenía claro que el habérselo encontrado después de tanto tiempo, estaba haciendo que una parte dormida en su interior, comenzara a despertar. Él era como una pequeña luz en medio de toda la oscuridad que la rodeaba a menudo, cuando tenía esos momentos de debilidad en los que nada le parecía demasiado convincente.

Ahora mismo se sentía en completa desventaja. No es que aquello se tratase de una competencia, pero debía reconocer que esa mujer con la que había visto a Alex, era capaz de poner a todos a sus pies.

Se tocó el vientre. Esos pensamientos le parecían tan extraños que no podía apartarlos de su mente. Alex había sido importantísimo en su vida y, algo le decía que de no haberse ido hace diez años a Egipto, quizá su situación sería muy diferente ahora.

¿Para qué desenterrar el pasado de personas que vivieron hace miles de años? ¿Qué tenía de emocionante una excavación?

Se rió de sí misma. Eso era lo que Alex amaba y, en ese momento, ella lo apoyó de forma incondicional. Había sido aquella determinación tan grande, de Alex por alcanzar sus sueños, lo que provocó que se enamorara profundamente de él.

Cuando al fin lo vio entrar por aquella puerta, su corazón se aceleró. Por supuesto que se dio cuenta de inmediato que varias miradas se centraron en él, y es que, ¿cómo ignorarlo? Parecía un actor de cine, con esas gafas de sol y esa holgada camisa blanca.

La gracia con la que se movía entre las mesas para llegar a ella, provocó

que todo en ella se pusiera alerta.

—Perdón, ¿llego tarde? —preguntó Alex mirando su reloj, antes de besarla en la mejilla.

—¡No! —Negó con las manos—. Yo llegué muy temprano.

—¡Siempre haces lo mismo! —exclamó sonriendo mientras se acomodaba frente a ella—. Pero no importa, llegaré antes que tú la próxima vez —de inmediato hizo un gesto con la mano para captar la atención del camarero y ordenó un almuerzo ligero para ambos.

Melrose estaba encantada. Entonces él planeaba que hubiesen más encuentros. Lo observó sin ningún tipo de inhibición, mientras se quitaba las gafas de sol y las guardaba en el bolsillo de su camisa. Cada detalle le parecía un descubrimiento fascinante. Los segundos siguientes, su mente los capturó en cámara lenta. Alex acomodaba su negro cabello hacia atrás y dejaba su teléfono móvil sobre la mesa.

—Disculpa, he pedido sin preguntarte... ¿querías comer algo especial? —Se sintió como un tonto.

—No, está bien —sonrió—. Lo que pediste está perfecto. No quiero engordar —murmuró con una sonrisa.

Alex asintió. Necesitaba saber de una buena vez en qué situación estaba Melrose. No había podido conciliar el sueño pensando en ella y en la vida que tuvo durante estos diez años. Necesitaba respuestas.

—Mel... hablando de tu embarazo —suspiró, no tenía idea de cómo preguntarle—. No quiero que este almuerzo te pueda generar problemas con tu novio, o algo parecido... —se acomodó en la silla. Estaba nervioso. Y es que, el haberla visto otra vez, trajo de vuelta aquellos sentimientos que permanecieron dormidos durante mucho tiempo. No sabía cómo comenzar a describir lo que esa mujer le provocaba.

—¿Eh?

—Está bien, no tienes que explicarme nada —dijo Alex en tono serio.

Justo en ese momento apareció el camarero para traerles una botella de agua y unos vasos, mientras esperaban la comida. Ambos permanecieron en silencio.

Alex se sintió un poco decepcionado. Ni siquiera tenía del todo claro lo



que aspiraba conseguir con esa invitación. Ella estaba embarazada y aquello la ligaba de por vida a un hombre que claramente no era él. Le incomodaba demasiado que ella estuviese con alguien.

—Él y yo... —dijo Melrose de inmediato cuando el camarero los dejó solos—. Terminamos.

—¿Qué? —preguntó Alex sorprendido—. Pero, ¿el bebé...?

—Él era un hombre encantador, pero no quería ser padre. Eso ya no está en su mente. Asumí el embarazo por mi cuenta —fingió una sonrisa. La conversación le recordaba ese fatídico día en el que Jeff sugirió acabar con la vida de la criatura indefensa que ella llevaba en el vientre.

—¡Oh Mel! —extendió su mano y tomó la de ella. Le parecía inconcebible que un hombre pudiese haber sido capaz de abandonarla estando embarazada. De inmediato se sintió profundamente afectado. Él también la abandonó, aunque nunca lo hubiese hecho de haber sido positiva aquella prueba. ¿Qué clase de hombre era ese sujeto?

El calor que emanaba de la mano de Alex, hizo estragos en el interior de Melrose. Era como estar reviviendo cada uno de los momentos que pasaron juntos. Se clavó en su mente la expresión de él, cuando hace diez años, ella le comunicó su posible embarazo. Sólo faltaban un par de semanas para el viaje que definiría su carrera, pero aun así, Alex no dudó y le brindó todo su apoyo. Aquello fue sincero. Él estuvo feliz ante la perspectiva de ser padre, incluso cuando eso suponía un golpe duro para su futuro profesional. Eso había sido muy diferente en comparación al momento en el que se enfrentó a la duda de estar embarazada de Jeff...

No pudo negarse a relatarle a Alex lo sucedido. Por supuesto que omitió la identidad de Jeff y algunos detalles que Alex no tenía por qué saber, contándole sólo lo que tenía relación con su embarazo y la reacción de él cuando se enteró del resultado de la prueba.

El hombre de cuarenta y siete años, gozaba de una vitalidad envidiable, siendo por esto muy atractivo para el género femenino. Un matrimonio fallido, era la prueba de que no volvería a caer en el compromiso, ni mucho menos en la paternidad. A pesar de que amaba a su hijo, tenía claro que eso no era para él. En vano, Steve, el marido de Jenny, intentó emparejar a su querido amigo con innumerables mujeres, hasta que Melrose apareció y Jeff acabó enamorándose.

Melrose ahora tenía claro que el amor que Jeff siempre dijo profesarle, estaba condenado a terminar con aquella hermosa consecuencia que llevaba

en el vientre. Él la amó, pero con su embarazo, todos aquellos sentimientos se esfumaron, haciendo que se transformara en un hombre frío.

Alex escuchó la historia desde lo felices que fueron al comienzo y, cómo tres años después, todo se acabó debido a la prueba de embarazo con resultado positivo. De inmediato, se sintió asqueado. ¿Cómo era posible que un hombre no se sintiera conmovido al saber que la mujer que ama carga un hijo suyo en el vientre?

—No puedo entenderlo —dijo Alex indignado—. ¿Después de tres años contigo no pudo cambiar su estúpido pensamiento? ¡No lo creo!

—Yo sabía las condiciones de la relación. Preferí perderlo a él, antes que renunciar a mi bebé —acarició su vientre y sonrió—. No me arrepiento.

Alex la observó. No se resistió más y se acercó para abrazarla. Melrose había sido muy valiente. Dos relaciones condenadas al fin desde el comienzo. Detestaba al idiota que la había abandonado sabiendo que tendrían un bebé, pero más que nada se odiaba a sí mismo por no haber tenido el valor de volver antes.

La prueba de embarazo que esperaron juntos resultó negativa. Pero, ¿qué hubiese sucedido de haber sido diferente ese resultado? Por descontado él se habría quedado en el país. De eso no había duda. La cuestión era qué clase de vida tendrían ahora. Sin querer, comenzó a imaginar lo que sería el estar casado con Melrose.

—Tú hiciste lo correcto Mel —acarició su cabello—. Si él no quiere participar pues... ¡es un idiota!

Melrose lo observó. Aquel contacto estaba haciendo que su mente comenzara a trabajar a una velocidad impresionante. No quería cuestionarse cosas, ni pensar en la mujer con la que lo había visto la noche anterior. Ahora era ella quien estaba con él y Alex parecía demostrar interés.

Se sentía feliz. Aquel almuerzo le estaba dando el toque de emoción que su vida necesitaba. Esas miradas y gestos, hacían que sus sentimientos fuesen de un lugar a otro y, lo estaba disfrutando, aunque sabía que no podía permitirse más que eso.

Lo siguiente fue relatarle a Alex lo que sucedió en la universidad tras su partida. Un tema para nada fácil, considerando lo mal que se sintió durante

mucho tiempo debido a su ausencia. Omitió todos los detalles tristes, se enfocó en su carrera y la posterior inauguración de su tienda.

—Creo que ya he hablado suficiente —se acomodó en la silla—. Alex, es tu turno. ¿Qué hiciste en todo este tiempo?

—¿Qué quieres saber? —preguntó dándole un sorbo a la cerveza que ordenó tras almorzar.

—¡No lo sé! Sorpréndeme —rió—. Yo ya te lo he contado casi todo...

Alex descansó sus brazos sobre la mesa quedando un poco más cerca de Melrose.

—¿Quieres saber si tuve una novia? —preguntó soltando una carcajada mientras que Melrose se ruborizó ligeramente.

—Supongo que sí —respondió— También sobre tu trabajo...

Alex fue uno de los alumnos becados por la universidad para formar parte de una excavación en Egipto. Ese había sido su sueño desde el principio.

A sus veintidós años y, durante su último año en la universidad, comenzó a dar una asignatura complementaria; introducción al arte de las civilizaciones antiguas. Para su sorpresa, muchas chicas de diversas carreras se inscribieron, entre ellas Melrose, una joven de dieciocho años que cursaba primer año de diseño de vestuario. Su largo cabello color chocolate y esa mirada tierna, lograron cautivar a Alex desde un principio. No en vano, siempre intentó hacerle preguntas durante la clase, para sociabilizar un poco. Dándose cuenta después, que eso solo lograba poner a Melrose muy nerviosa. Probó varias tácticas para intentar acercarse, hasta que finalmente, un par de meses antes del final de semestre, comenzaron a salir.

Él no abandonaría la gran oportunidad que tenía en sus manos y ambos lo sabían, así que mientras el tiempo avanzaba a pasos agigantados, aprovecharon para vivir su relación al máximo. Vivían el presente, sin pensar en lo que les aguardaba. Pero, el tiempo juntos se hizo más necesario y el resultado fue una sospecha de embarazo, justo un mes antes de la partida de Alex a Egipto.

Todo terminó en una sospecha y, aunque él hubiese tenido que abandonar la oportunidad de su vida de haber estado Melrose embarazada, una tristeza enorme le invadió al ser negativo el resultado.

Melrose le rogó que se fuera a cumplir su sueño, como acordaron desde

un principio, aun sabiendo que eso sería el final para ambos. Si no podían estar juntos, ¿para qué seguir en contacto? Era una cosa o la otra y, aunque fue difícil para Alex, acabó accediendo a los ruegos de Melrose y continuó con sus planes.

Su última noche en el país, la pasaron juntos. Todo fue increíble y, mientras se sumía en el sueño, pensó que la mañana siguiente, le diría a Melrose que se quedaba. Lamentablemente no pudo ser de esa forma. Al despertar, una carta de ella le esperaba y acabó subiéndose a ese avión con intenciones de no volver jamás.

Al llegar a la excavación, sus días no fueron fáciles. Sus superiores eran muy estrictos, cosa que sólo cambió tras un arduo trabajo de su parte. Hubo días felices, así como también algunos en los que deseó mandar todo por la borda. Sólo el recuerdo de Melrose lo mantuvo sereno los primeros meses. Pero ambos habían decidido cortar todo tipo de relación antes de su viaje y ella se lo ratificó en aquella última carta, que leyó noche tras noche durante mucho tiempo.

Cuando por fin comprendió que no podía pasarse la vida lamentándose y que Melrose ya formaba parte de un bonito pasado, se dio la oportunidad de volver a amar. Aunque quizá no tomó la oportunidad demasiado en serio.

Le relató a Melrose acerca de la única novia que tuvo en todo ese tiempo.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Melrose interesada. Bebió un largo sorbo de zumo.

—La engañé —dijo Alex sin rodeos.

—¿La engañaste? —tosió. El líquido se le fue por el otro lado. No podía procesar esa información, ni mucho menos el hecho de que él hubiese sido tan franco al decirlo.

— Sí —se rascó la cabeza—. La engañé con mi adorada Helena —suspiró.

—¿Adorada Helena? —se percató de que los ojos de Alex brillaban de la emoción. ¿Quién era Helena? ¿Acaso era esa rubia con la que lo vio la noche anterior?

—Sí, mi adorada Helena. La mujer que descubrí el año pasado en una de mis excavaciones. Se conservó tan bien en estos miles de años, que no pude evitar amarla —rió ante la expresión de Melrose.

«Una momia » pensó Melrose, para luego reír junto a él.

Alex bebió su cerveza hasta el final. El haberle dicho a Melrose que engañó a Nathifa, la única novia que tuvo en todo este tiempo, no era del todo mentira. Por supuesto que el tema de la momia solo había sido una parte de la verdad. Lo cierto es que también sentía que engañó a la pobre investigadora con el pensamiento.

Ya que Melrose siempre estuvo presente...

## Capítulo 5

—¿Una momia? —preguntó Allie mientras le realizaba el ultrasonido a Melrose.

—¡Sí! ¿Puedes creerlo?

—Me parece gracioso, aunque es bastante lógico, considerando que es arqueólogo —sonrió. Luego enfocó su vista en el monitor.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Melrose preocupada, intentando incorporarse.

—Quédate quieta —le pidió Allie observando el monitor con atención—. Bien... ¿quieres saber lo que es? —preguntó con una sonrisa.

Melrose observó a Allie ansiosa. Por supuesto que quería saberlo. Había intentado contenerse, pero ya no podía esperar más.

—Pues vas a tener que comprar mucha ropa para esta hermosa niña —pronunció Allie con los ojos llenos de lágrimas, mientras giraba el monitor para que Melrose pudiese verla.

*«Una niña»*

De inmediato comenzó a imaginarlo todo. Quería tantas cosas que no se sentía capaz de ordenar sus pensamientos. Pero uno en particular la invadió.

*«Estaremos solas...»*

Las lágrimas no tardaron en aparecer.

No veía a Jeff desde que se enteró de su paternidad y aún quedaba mucho para su llamada mensual. ¿Por qué lo hacía? ¿Para qué la torturaba con esas llamadas simulando interés, si al final no estaría presente para la hija de ambos?

Ahora que sabía que tendrían una niña, todo se tornó mucho más real.

Tanto, que casi podía visualizar el rostro de su pequeña preguntándole por su padre. ¿Qué iba a responderle?

Aquello la mantuvo absorta. Habló con Allie con respecto a lo que quería para su hija, pero siempre estaba ese punto oscuro en el que se enfrentarían las dos solas al mundo. Tampoco es que quisiera buscar a Jeff y aceptar su dinero. Eso no solucionaría su situación. Él nunca haría el papel de padre. Era momento de asumir la decisión que ya había tomado.

Y aunque intentó calmarse, tampoco pudo detener sus pensamientos. Estuvo toda la tarde distraída en la tienda, hasta que un cliente inesperado la sorprendió.

—¡Alex! —exclamó. ¿Cómo había encontrado su tienda?

—Espero no interrumpir tu trabajo —dijo al mismo tiempo que se acercaba y le daba un pequeño beso en la mejilla. Echó una mirada a su alrededor, Melrose había sido muy modesta. La tienda no era para nada pequeña.

El suelo marrón oscuro hacía destacar aún más las blancas paredes. Unos espejos de cuerpo entero separaban cada una de las repisas, donde descansaban algunas carteras de reconocidas marcas, joyas y accesorios creados por la misma Melrose. El mostrador se ubicaba a mano izquierda junto a unos enormes percheros repletos de ropa que evidenciaba ser de su autoría.

—¿Cómo encontraste mi tienda? —preguntó curiosa. No se veían desde aquel almuerzo, pero se habían mantenido en contacto por teléfono.

—Fácil. ¡La busqué por internet! —sonrió y luego continuó mirando a su alrededor.

—¿Estás interesado en alguna cosa? —preguntó Melrose al ver que Alex se paseaba por la tienda observándolo todo.

Deseaba que la respuesta fuese negativa. Ella solo vendía accesorios para mujeres. ¿Acaso estaba buscando algo para regalarle a esa mujer? El recordar a la rubia, envuelta en ese vestido verde esmeralda, hizo que algo en su interior se resintiera. Aún no tenía claro el tipo de relación que Alex mantenía con ella.

—¡Oh no! Sólo estaba observando. Me gusta —luego dirigió su mirada a Melrose.

—¿Qué sucede? —preguntó nerviosa. La mirada de Alex parecía fija en

ella.

—Vine para llevarte a cenar —dijo de forma simple.

—¿Cenar? —preguntó confundida.

—Es oficial. ¡Seré profesor en la universidad! —Exclamó emocionado —. Tienes que celebrarlo conmigo. Además... hoy tenías una ecografía, ¿verdad? ¿Todo bien? —Melrose asintió—. Entonces debemos celebrarlo — dijo al mismo tiempo en que sonreía.

Melrose no pudo negarse a aquella invitación. Ni siquiera recordaba con claridad haberle mencionado algo con respecto a la ecografía. ¿Cuántos días habían pasado desde su último encuentro? ¿Tres? ¿Se lo comentó en ese momento? ¿O quizás fue otro día mientras hablaban por teléfono?

Seguro que nunca lo recordaría. Pero que él se hubiera acordado de ese detalle significaba demasiado en su mente. No quería ilusionarse, ni parecer una tonta. Pero la atención que él le dedicaba la mantenía flotando en las nubes. Sensación que hacía mucho que no tenía.

—¿Y el bebé? ¿Todo bien? —preguntó Alex curioso cuando ya se encontraban en una mesa un tanto apartada del restaurante.

—¡Todo estupendo! —exclamó. Por fin tenía la oportunidad de compartir con alguien la emoción que sintió al enterarse de que era una niña. ¿Alex estaría feliz de saberlo?

Antes de que pudiera entrar en detalles, apareció el camarero. Ella se decidió por salmón con ensalada, mientras que él, optó por algo más contundente como un filete. Cuando el camarero les preguntó lo que deseaban para beber, él pidió un buen vino tinto para acompañar la carne y, sin siquiera dudarlo, ordenó un zumo de piña para ella.

—Pediste mi zumo de piña... —murmuró Melrose.

—¡Oh! ¿Querías otra cosa? —preguntó Alex nervioso.

Melrose negó con la cabeza y él sonrió satisfecho. Para ella, todo eso era demasiado. Le sorprendía que después de todos estos años, él consiguiera provocarle todo aquello. ¿Acaso significaba algo más? Suspiró y se dedicó a no pensar demasiado, por ahora sólo quería disfrutar de los momentos que podía permitirse con Alex. No era el momento de remover el pasado. Por mucho que estuviese ahí, sonriéndole como si ella fuese lo más importante del mundo.



—Hoy conocí... el sexo de mi bebé —dijo Melrose sonriendo al mismo tiempo en que se tocaba el vientre—. ¿Quieres saberlo?

—¡Dime! —comentó emocionado.

—¡Es una niña!

—¡Oh Mel! ¡Es fantástico! —Estaba muy feliz. Sin duda sería una niña hermosa que poseería todas las bondadosas cualidades de su madre.

La observó. Melrose aún mantenía la esencia de esa joven risueña que lo cautivó a primera vista. Ahora que ya se aproximaba a los treinta, se había convertido en una hermosa mujer; con un brillo en los ojos que lejos de desaparecer, le hacía parecer más hermosa. Por supuesto, le había sorprendido su embarazo. Pero ahora, el saber que tendría una niña, lo llenaba de una emoción desconocida. Era como si se sintiera parte de eso.

En ese momento, apareció el camarero con lo que habían ordenado. Alex, le entregó el zumo de piña y luego tomó la copa de vino para brindar.

—Lamento que no podamos brindar con cava, pero ya lo haremos en otra ocasión —dijo Alex al mismo tiempo en que alzaba su copa—. Por tu hija. Estoy seguro de que será una niña hermosa a la que no le faltará amor. Salud.

Tras chocar las copas, Melrose no pudo evitar emocionarse por las palabras de Alex. Deseaba con todas sus fuerzas que estuviera en lo cierto, que a su hija no le faltara amor.

—No llores —susurró Alex al mismo tiempo en que tomaba su mano.

—Lo siento —pronunció afectada—. Sé que no le faltará nada, pero...

—Lo sé, Mel —por supuesto que lo comprendía. Bien podría estar rodeada de amor, pero siempre faltaría ese hombre. Ese que fue capaz de abandonarlas—. Sé que desearías que él te apoyara. Pero todo estará bien —le dijo con mucha seguridad—. Estaré contigo para todo lo que necesites —rió nervioso ante la mirada de Melrose. De pronto, sus lágrimas habían cesado y lo estaba observando expectante.

—No tienes idea de lo importante que es tu apoyo para mí —confesó.

Se observaron por unos instantes.

A Melrose le parecía demasiado maravillosa la atmósfera que se creaba cuando estaban juntos. Era como si de pronto todo desapareciera y sólo se necesitasen el uno al otro. Pero a pesar de todo, sabía que aquello no les llevaría a ningún lugar. Ella estaba embarazada y, aunque no tenía del todo

clara la identidad de esa mujer, al parecer Alex sí estaba involucrado con ella. No quería ser un obstáculo en su vida.

De pronto recordó que él había mencionado lo de su nuevo trabajo. Se sintió culpable ya que se habían pasado casi toda la cena hablando nada más que del bebé.

—Cuéntame de tu nuevo trabajo —le pidió—. ¿Te aceptaron en la universidad?

—¡Oh! —Lo había olvidado por completo. El estar con Melrose, hablando de su bebé o simplemente gozando de su compañía, hacía que olvidara lo que sucedía a su alrededor—. Como te dije antes, ya no quería continuar en la excavación, así que entré en contacto con la universidad y me concertaron una cita con la que sería mi jefa directa. Ella era reticente a contratarme al principio, ya que no poseo demasiada experiencia como docente. Pero al revisar mi historial como arqueólogo, pues... ¡No le quedó otra que aceptarme! —comentó riendo—. Estaba con ella cuando te encontré en el restaurante... —tomó el último sorbo de vino.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas cenando con Allie —le explicó.

El rostro de Melrose dibujó una sonrisa casi de forma involuntaria. Entonces esa mujer no era la nueva conquista de Alex. Un alivio recorrió su cuerpo. Aquello había sido una cita de trabajo. Nada más.

—¿Quieres bailar? —preguntó Alex de pronto.

—¿Bailar? Hace mucho que no lo hago. Los hombres no se pelean por bailar con una embarazada, ¿sabes? —bromeó.

—Yo quiero hacerlo —dijo al mismo tiempo que le extendía su mano—. Es importante que tu hija aprenda a bailar. Me encargaré personalmente de enseñarle.

Algo en el interior de Melrose se deshizo ante ese comentario. ¿De verdad? ¿Había escuchado bien? ¿Alex quería enseñarle a bailar a su pequeña?

Tomó la mano de Alex sin pensarlo y de inmediato se sintió distinta. La forma en que la guio hasta la pista de baile y luego rodeó su cuerpo atrayéndola, hizo que se sintiera deseada, como hacía mucho no le sucedía.

Estaba claro que fue ella quien prefirió seguir adelante con el embarazo en vez de conservar a Jeff, pero también era cierto que desde ese momento

había perdido una parte importante de sí misma. En su mente solo quedaba espacio para su pequeña y, aunque no había pasado demasiado tiempo, cualquier sentimiento romántico se desvaneció tras el desengaño con Jeff. Y es que, ¿cómo volver a confiar en los hombres, si el que creyó amar la abandonó tras conocer su embarazo?

Sin embargo, aquella teoría se iba a la basura con Alex. Él no formaba parte de ese grupo de hombres en los que no podía confiar. Él era diferente. Se sentía tranquila y querida a su lado. Le otorgaba la confianza que había perdido. Y se estaba haciendo la idea de que ese amor tenía ganas de resurgir.

Sintió la mano de Alex recorriendo su espalda al ritmo de la música. De forma inconsciente apoyó el rostro sobre su hombro, sintiendo esa fragancia que adoró durante tanto tiempo. Le parecía increíble estar bailando con él de esa forma. No importaba que hubiesen pasado diez años, al parecer todo lo que él le había provocado, continuaba ahí esperando un encuentro como ese.

¿Acaso estaba mal el sentirse de esa forma?

Si lo pensaba bien, él había sido quien comenzó con esas invitaciones y esa preocupación que no parecía disminuir. Él era quien hacía crecer sus esperanzas, o lo que fuera que estuviese sintiendo. ¿Es que acaso Alex estaba sintiendo lo mismo? ¿Quería retomar lo que había terminado de forma tan abrupta hacía diez años?

Levantó la vista y se encontró con sus ojos verdes, que estaban observándola de forma intensa. Quería pensar que él la amaba y la deseaba.

Pero, aunque su bebé era lo más importante para ella, sabía que probablemente su embarazo, sería el impedimento para retomar la relación...

## Capítulo 6

—¿Estás cansada? —preguntó Alex separándose un poco al terminar la melodía.

Habían transcurrido dos canciones, pero en la mente de Alex, pasó mucho más tiempo. Aquello que resurgió la noche que volvió a verla, parecía haberse incrementado mil veces tan sólo con ese baile. ¿Qué le estaba sucediendo? Era como si en esos días, ella hubiese conseguido despertar todas las emociones que él reprimió durante esos diez años.

El tenerla otra vez entre sus brazos, fue como un viaje directo a aquel pasado que añoró por tanto tiempo. ¿Acaso Melrose estaba sintiendo lo mismo?

«Quizás no, quizás no.»

—Creo que será mejor que nos sentemos —sugirió—. Luego te dejaré en la puerta de tu casa.

Melrose asintió mientras hacían el camino de vuelta hasta la mesa. ¿Qué había sucedido? Intentó repasarlo todo mentalmente, buscando una respuesta. Después del baile, la expresión en el rostro de Alex cambió de manera drástica. Parecía que algo le había incomodado. De inmediato, asoció aquello a su embarazo. Era imposible que Alex se volviera a interesar por ella.

La situación no mejoró en el taxi rumbo a su casa. Él se había ofrecido de forma amable a acompañarla, pero los temas de conversación parecían agotados. Cuando el chofer detuvo el vehículo delante de su casa, su corazón se inquietó. ¿Qué le sucedía a Alex?

Lo observó esperando algún indicio, pero los ojos de él, permanecían fijos en un horizonte que ella no podía distinguir.

—Será mejor que entre —pronunció en un intento desesperado por llamar su atención. Necesitaba escucharlo, aunque aquello pudiese significar una despedida.

Alex se limitó a observarla. No sabía muy bien qué decirle. Cuando la observó bajarse del taxi, decidió que era momento de romper el hielo. Necesitaba decirle lo que le estaba sucediendo.

—Melrose, yo...

—¿Quieres entrar? —lo interrumpió—. Me gustaría tomar un té. Y no me gusta comer sola, ¿me acompañas?

—Me encantaría —respondió aliviado.

Melrose pensó que quizá estaba siendo demasiado paranoica. Alex actuaba de forma amable, pero eso no tenía por qué ser motivo de algún interés de otro tipo. Intentó calmarse pensando que todo era producto de su mente. Hacía años tomaron caminos opuestos y ahora la realidad que los rodeaba era otra. Estaba dispuesta a aceptarlo como una amistad, ya que tenía claro que él no podía estar interesado en una mujer como ella.

Alex le pagó al chofer y ambos entraron.

Una vez que Melrose encendió las luces y comenzó a comprobar que todo estuviera en orden, Alex aprovechó para dar una mirada a su alrededor. El color blanco destacaba sobre todas las cosas. Sabía de antemano que la casa estaría pintada de ese color, recordaba que a ella le gustaba todo bien iluminado. Los cojines de los sillones estaban colocados casi de forma perfecta y justo en el centro, un viejo baúl cumplía la función de mesa. Unas velas aromáticas y otros adornos lo cubrían. En las paredes, había cuadros familiares, por lo que pudo hacerse una rápida idea de lo que Melrose vivió en estos diez años. De forma inconsciente, comenzó a buscar alguna evidencia que le dijera qué clase de tipo había sido el novio de Melrose. Sentía curiosidad. Todavía no podía comprender cómo fue capaz de abandonarla en ese estado.

Se percató de que había pasado mucho tiempo observando, cuando vio aparecer a Melrose con un té para él.

—Puedes sentarte en el sofá —dijo Melrose—. Yo iré a por mi taza y unas galletas. ¿Te gustan las galletas de chocolate? —le preguntó mientras se acercaba hasta la cocina.

—Me encantan —la vio alejarse y luego se sentó. Necesitaba calmarse,

pero también consideraba una prioridad decirle a Melrose lo que le estaba sucediendo. Necesitaba expresarle lo que sintió cuando la vio en aquel restaurante comiendo sola, el día que volvió al país y todo lo que había en su interior en ese preciso momento.

Melrose se instaló frente a él y puso el plato con las galletas sobre el baúl. Jeff se lo regaló para que guardara las cosas relacionadas con su trabajo haciendo accesorios. Pero ahora, aquel baúl servía para guardar algo completamente diferente.

En su interior, estaban todas las cosas que le recordaban a Jeff. Regalos, fotografías y otras cosas que él olvidó ahí. Había tenido que ocultarlas para poder enfrentar su embarazo. En el fondo, durante un tiempo albergó la esperanza de que él volviese y por eso no pudo desprenderse de esas cosas. Pero tras comprobar que aquello no sucedería, decidió guardar todo ahí y hacer como que nada de eso existió jamás.

—¿Hace cuánto tiempo que vives aquí? —preguntó Alex.

—Unos tres años —suspiró. Jeff había insistido para que comprara esa casa. Para el futuro, según él. Futuro que imaginó compartir juntos.

Alex bebió un poco de té y luego se quedó con la mirada fija en la taza. No podía encontrar las palabras adecuadas para expresarle a Melrose aquello que tanto deseaba. Quizá no era el momento. Probablemente, el hablar de esos sentimientos solo le traería problemas. Ella acabaría molestándose y apartándolo. Bebió de un trago todo lo que quedaba del té sin prestar atención a la temperatura del líquido. Dejó la taza sobre el baúl y miró a Melrose.

—Creo que lo mejor será que me vaya —se puso de pie— Es tarde y necesitas descansar.

—¿Sucede algo? —decidió preguntarle de forma directa—. Estás extraño desde que bailamos. Por favor, dime si hice algo que te molestó —le rogó.

—No, no. Tú no has hecho nada —le explicó de forma dulce—. Jamás podrías hacer algo que me molestara —se acercó y depositó un beso en la cabeza de Melrose.

—Alex... —por más que aquellos gestos la hicieran sentirse como nunca antes, estaba segura de que Alex le estaba ocultando algo. Y no podía con eso.

—Mel, hay algo que quiero decirte, pero temo que cuando te lo diga... quieras apartarte de mí.

—¿Apartarme de ti? —preguntó preocupada.

Él se agachó para quedar a la misma altura de Melrose, quien continuaba sentada en el sillón. Alex tomó la taza de té y la dejó junto a la suya en el baúl. Acarició el rostro de Melrose y la observó por unos segundos. No sabía cómo, pero era aún más hermosa que aquel pobre recuerdo que su mente evocó durante años, cuando la necesitó.

—Alex, ¿qué está sucediendo? ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Algo que está quemando mi garganta... —murmuró con un tono de voz bajo.

Melrose le vio acercarse y segundos después su cuerpo se estremecía al sentir los labios de Alex sobre los suyos. Al principio fue un beso tímido. Él se había acercado rozando sus labios, intentando obtener el permiso para continuar. Luego todo se volvió mucho más intenso. De inmediato, sus alborotadas hormonas comenzaron a exigir atención. Tan solo se estaban besando, pero podía sentirlo en todas partes. Estiró los brazos para rodear su cuello, mientras que él la atrajo por la cintura.

A sus veintiocho años, mientras llevaba en el vientre al bebé de otro, estaba disfrutando de un beso con su amado Alex. Ese mismo que casi destrozó su corazón al marcharse por su carrera. Por supuesto, no se lo reprochaba en absoluto, ella lo apoyó de forma sincera y, a pesar de todo el dolor, aceptó el tener que vivir sin él.

De pronto, él se apartó y se puso de pie.

Mientras se estaban besando, su mente había traído de forma inconsciente recuerdos de esa última noche que compartieron juntos. La forma en la que hicieron en amor sabiendo que probablemente sería la última vez y luego... como sufrió a la mañana siguiente al no encontrarla a su lado y en su lugar esa carta. Por supuesto que la comprendió en ese momento, una despedida hubiera sido algo insostenible para ambos. Pero aquel sentimiento de pérdida lo había devuelto a la realidad mientras la besaba.

No quería perderla otra vez.

No ahora que estaba ahí, tan cerca. El encontrarla hizo que la vida volviera a su corazón. No estaba dispuesto a volver a sentir esa inmensa soledad que vivió durante el principio de su viaje.

Nunca imaginó que aquella chica risueña que se sentaba en el primer asiento, justo frente a él, durante la asignatura complementaria, se

transformaría en la única que amaría.

¿A quién quería engañar?

Quería estar con ella para siempre y ahora era el momento de hacerle saber lo que sentía.

—Lo siento Mel, yo... —se pasó la mano por el rostro. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo decirle que la amaba y que no quería alejarse nunca más de ella?

—Está bien. No te preocupes —dijo Melrose. De forma inmediata, la pequeña fantasía que se había creado en pocos segundos, desapareció por completo al verlo de esa forma. Parecía muy perturbado. ¿Tan terrible había sido el besarla? Y es que, debía de ser imposible para un hombre el interesarse por una mujer que cargaba el “asunto” de otro—. No tienes que explicarme nada —intentó sonreír.

—¿Estás molesta? —se acercó. Quizás el besarla así había sido inapropiado.

—No, pero al parecer tú si lo estás —pronunció de forma desafiante mientras se ponía de pie.

—Mel... —la observó tomar las dos tazas para llevarlas a la cocina—. ¡Mel! —intentó detenerla, pero ella lo ignoró.

Melrose depositó las tazas en el lavaplatos y permaneció ahí. Estaba enfadada. ¿Por qué la besó si iba a reaccionar de esa forma? Pudo leer el arrepentimiento en su rostro, como si ese beso hubiese sido lo peor del mundo.

—Mel, mírame por favor —le pidió tras ella.

—Está bien Alex, no tienes que explicarme nada —se giró para observarlo, pero aquello fue peor. El mirarlo era doloroso. De pronto, todos sus sentimientos parecían incrementarse, incluso los tristes. Le dolía verlo y saber que por más que lo quisiera, una relación entre ellos jamás podría ser. Y lo comprendía. Incluso para ella sonaba absurdo e imposible.

—Sé que no estuvo bien lo que hice, pero necesito que lo entiendas.

—¿Entender qué? —preguntó exasperada—. ¡No hay nada que explicar! Te arrepientes y está bien. Lo entiendo. Nadie querría involucrarse con una mujer con la que terminó hace años y que lleva el bebé de otro en el vientre.

—Pero, yo sí quiero hacerlo —dijo con el tono más seguro que le fue posible—. Eso es lo que he intentado decirte desde que salimos de ese restaurante.



—¿Eh? —Su corazón se detuvo al escuchar esa frase.

—Quiero estar contigo Melrose. Quiero amarte a ti y al bebé.

—No puedes estar diciendo eso...

—Quiero estar contigo. Mel... —se acercó—. Sé que la niña no es mía, pero no me importa. Quiero retomar nuestra relación desde el punto en el que nos quedamos. Estar sin ti ha sido una tortura... por favor no me obligues a perderte otra vez...

Melrose le observó sin poder procesar lo que estaba escuchando. El descubrir que él estaba interesado en ella, se transformó en un sentimiento de paz que recorrió su cuerpo. Como si eso fuera lo que esperaba oír desde hacía mucho tiempo. Pero una idea cruzó por su mente. ¿Por qué hacerle cargar con una responsabilidad que no le correspondía? Estaba bien que la amara, pero su bebé no tenía nada que ver en el asunto.

—Vamos a suponer que hubo una pausa en nuestras vidas —agregó Alex—. Pensemos que nuestra prueba de embarazo resultó positiva y que la niña es nuestra —tomó el rostro de Melrose y besó su frente—. Ahora nada nos va a separar.

Para Alex, la idea de estar con Melrose era lo correcto. No estaba seguro del por qué, pero tenía la necesidad imperiosa de cuidar de ambas. Aquello iba mucho más allá de la simple emoción de haberla encontrado de nuevo. Estaba seguro de que ella sería la única en su vida. Ya lo había descubierto hacía diez años. ¿Para qué negarlo ahora?

Se acercó para besarla, intentando transmitirle todo aquello. Puso las manos sobre el vientre de Melrose. Aquel gesto tan simple, era para probarle que su hija no era un impedimento. Por el contrario, esa niña podía ser el comienzo de una hermosa familia que crearían juntos.

Melrose lo besó disfrutando de la sensación que los labios de Alex le provocaban. Estaba segura que eso era lo que había estado esperando. Sus sentimientos iban mucho más allá del tiempo. Sabía que nunca existiría nadie a quien pudiese amar tanto como a él. Ahora estaba convencida. Pero junto a eso, venía una gran inseguridad. No se sentía digna de merecer todo aquello. Mucho menos considerando su situación actual. No deseaba que él realizara el sacrificio de aceptar a su bebé.

De pronto, percibió un movimiento desde su vientre. El bebé había dado una pequeña patadita. Se apartó un poco de Alex y dirigió la vista hacia

abajo.

—Ella se ha movido... —dijo emocionada al mismo tiempo en que él acariciaba su vientre.

—¡No puedo creerlo! —exclamó emocionado, deseando que el movimiento se repitiera. Por suerte, ella no tardó en moverse otra vez. Alex observó a Melrose. Sus ojos brillaban. La besó una vez más pensando en que todo lo que estaba sucediendo era maravilloso.

Él no tenía dudas.

## Capítulo 7

Melrose se levantó temprano. No había podido conciliar el sueño pensando en todo lo que había sucedido con Alex durante la madrugada. Él se marchó tras haberle hecho prometer que consideraría la idea de estar juntos. Pero alguien debía de mantener la cordura, o al menos eso era lo que pensaba ahora, después de un par de horas de sueño.

Una parte de ella deseaba aceptar la propuesta de Alex. Estos días con él no habían hecho más que recordarle todos esos sentimientos que se vio obligada a recluir en alguna parte de su corazón cuando él se marchó. Pero no podía hacerlo cargar con una responsabilidad que no le correspondía. No tenía derecho de hacerle eso.

Cuando Alex abandonó su casa de madrugada, ella continuaba en ese estado de fantasía que él consiguió crear para ambos, pero al estar sola, aquello comenzó a difuminarse gracias a sus miedos.

Una vez ya le rogó que persiguiera su sueño, no permitiendo que ella fuese un impedimento. Ahora mucho menos podía retenerlo con un embarazo que no era suyo. Él la amaba, eso lo tenía claro. Alex quería estar con ella porque sentía que esta vez era lo correcto, incluso le manifestó en innumerables oportunidades que no tenía problemas en asumir a su hija, como suya. Aquello sonaba demasiado bien.

Alex le estaba ofreciendo todo lo que ella temió que su hija nunca pudiera tener. Pero no podía aceptarlo así como así. Le aterraba imaginar que un día, él pudiese echarle en cara el asunto. Y por supuesto también pesaba qué le diría a su hija cuando se enterase de que él no era su padre. ¿Acaso no era más fácil el explicar que su padre la abandonó a decirle que el hombre que la educó nada tenía que ver con ella de forma biológica?

No tenía dudas de sus sentimientos hacia Alex, pero simplemente no podía lanzarse a sus brazos aceptando todo lo que él le ofrecía. Aquello no

era justo.

Se sentó en la cama abrazando sus rodillas.

Unas horas atrás, el hombre que destrozó su corazón por primera vez, volvió para ofrecerle todo lo que el segundo nunca tuvo intenciones de dar. Y aunque Jeff también había roto su corazón al sugerir que se deshiciera de su bebé, el golpe fue menos avasallador que la partida de Alex, diez años atrás. Aquello la lastimó en tantos niveles, que el haberlo encontrado, trajo de vuelta una parte de ella que desapareció cuando decidió dejarle esa carta, en lugar de despedirse. Si bien, luego había conseguido ser feliz, ahora se daba cuenta de que eso que ella describía como “felicidad” no tenía punto de comparación a lo que sintió con Alex durante esos pocos meses que pudieron estar juntos.

Por supuesto que amó a Jeff, pero Alex era distinto. Si le preguntasen ahora, diría sin dudar que Alex continuaba siendo el amor de su vida. Quizás lo que llamaban alma gemela. Todo eso era lo que sentía por Alex.

Jeff le tenía un miedo horrible al compromiso. Miedo que su edad no justificaba. Y Alex no huyó cuando siendo jóvenes, estuvieron frente a la sospecha de un embarazo. Él se hubiese quedado de haber sido positivo el resultado. Pero tras comprobar lo contrario, ambos debían continuar. Ella le rogó que se marchara a cumplir sus sueños, aun cuando aquello significó un largo periodo de oscuridad en su propia vida. Y ahora, él le ofrecía retomar la relación desde ese punto. Pensando que el tiempo se había detenido y que su bebé era de ambos. La amaba tanto que era capaz de hacerse cargo de su hija.

Su mente no podía con tanto.

El hacerle cargar con eso, era lo que no podía quitarse de la cabeza. Él se merecía algo mejor. Era demasiado maravilloso como para compartir las consecuencias de una relación fallida en la que él no había tenido nada que ver.

—Melrose ¿qué más pruebas necesitas? —dijo Allie bebiéndose el café de un sorbo. Melrose había ido a su consulta de sorpresa, bastante abatida.

—Pronto tendré treinta años y llevo cinco meses de embarazo. Sólo estoy pidiendo un poco de comprensión —pronunció afectada. Había ido a la consulta de Allie buscando apoyo, pero al parecer era lo único que no recibiría.

—¡Lloraste meses después de que él se fuese! Ahora vuelve y te ofrece todo lo que el estúpido de Jeff no fue capaz de decir y, ¿tienes dudas? —preguntó exasperada—. Tu hija necesita un padre y tú necesitas estar con

alguien que te ame. Y ahí está. ¡Alex! Es justo quién apareció frente a tus ojos. ¿Y te atreves a rechazarlo? ¡Melrose, por favor!

—No son dudas... —murmuró sintiéndose como una niña pequeña que estaba siendo sometida a un gran regaño.

—¿Entonces qué es? —observó las fichas de sus pacientes intentando calmarse. Luego miró a Melrose quien parecía muy concentrada en un punto fijo de la ventana. ¿Acaso iba a llorar? De inmediato se sintió culpable—. Lo siento, Melrose, pero es que...

—No. Tienes razón —dijo sollozando—. Lo amo... —se cubrió el rostro—. Pensé que amaba a Jeff. Pero, ¿quién puede amar a un hombre así? ¡Un idiota que te abandona en el momento en el que más lo necesitas!

—Mel, quizá estás un poco confundida. Ve a tu casa y descansa. Estoy segura de que Alex no está esperando una respuesta ahora mismo...

—¿Ahora me dices que estoy confundida? —preguntó molesta—. ¿Quieres que esté con Alex o que me pase toda la vida llorando a Jeff? Mi hija necesita un padre y si Jeff no está dispuesto, entonces...

—¡Dios! ¡Ahora sueñas como Jenny! —exclamó exhausta—. Descansa, o... ve a la tienda y trabaja. Sé que la respuesta llegará pronto. Analiza todas las posibilidades. Pero yo me inclino por Alex —sonrió—. Sé que él te ama. No todo el mundo... aceptaría a una mujer en tu estado —dijo intentando sonar lo más sutil que pudo.

Durante la tarde, Melrose decidió enfocarse en la tienda. El trabajo era lo único que conseguía apaciguar su angustia. Alex no se había puesto en contacto con ella. Estaba dándole espacio para analizar la situación. Pero lo cierto es que no contactar con él, le hacía sentirse peor.

Lo amaba y deseaba estar con él. Pero le avergonzaba lo que los demás pudiesen pensar de la situación. Su círculo actual sabría que la niña no era de Alex. ¿Qué pensarían? ¿Acaso la juzgarían o pensarían que Alex era un estúpido?

Se apoyó en el mostrador para descansar un poco. Todo ese cuestionamiento no hacía más que cansar su mente y su cuerpo. Mientras intentaba calmarse, apareció Jenny. La rubia de inmediato notó que le sucedía algo malo y en su estado Melrose no tardó en soltarle toda la historia. Le tomó tiempo el remontarse hasta su época universitaria con Alex, lo que sin duda fue todo un descubrimiento para Jenny, quien no tenía idea de ese pasado de Melrose.

—Es difícil el digerir toda esta información —dijo Jenny sorprendida. Algo extraño, puesto que casi nada lograba sorprenderla—. Melrose, ¿qué vas a hacer? —preguntó en un inusual tono serio.

—No lo sé. No puedo simplemente aceptarlo. Pero lo amo... —pronunció afectada—. Nunca amé a nadie como lo amo a él.

—No puedes aceptarlo Melrose —dijo Jenny tomándola de los brazos—. ¿Sabes qué sucederá? —Melrose la observó confundida—. Jeff siempre será el padre. Por más que Alex quiera hacer desaparecer eso, diciéndote palabras bonitas de que ella puede ser la hija de ambos. ¿Sabes que no es así! Nunca podrás romper el lazo que une a tu bebé con Jeff.

—¿Pero él no nos quiere! —exclamó Melrose apartándose.

—Sé que tarde o temprano Jeff entrará en razón. No sabes lo difícil que fue su separación con...

—¿No me importa! —la interrumpió—. Nosotras podríamos haber sido su futuro. Pero él nos rechazó. Él nunca fue un hombre de verdad —pronunció tajante, ante la mirada de Jenny.

Cuando llegó a su casa aún no podía creer que Jenny le hubiese dicho eso. ¿Tenía que esperar a que Jeff entrara en razón? ¿Y eso cuánto tiempo le tomaría? La relación con su primera esposa había terminado hace años. Su hijo ya era prácticamente un adulto, ¿y él continuaba traumatizado con el matrimonio y la paternidad?

Las opiniones de sus amigas distaban demasiado la una de la otra, pero tenía claro que la decisión era algo que sólo le concernía a ella.

Sus sentimientos hacia Alex eran genuinos. Algo muy bonito les rodeaba cuando estaban juntos y sabía que nadie más conseguiría provocarle aquello. En pocos días, él había conseguido hacerle sentir cosas que Jeff tardó semanas, e incluso meses.

Se sentía completa cuando estaba con Alex.

Pero a pesar de las ganas que tenía de ser amada por él, no podía hacerle responsable de su embarazo, temiendo que con el paso del tiempo las cosas acabasen de manera desfavorable. No quería que él malgastara su vida a causa del bebé y mucho menos quería traumatizar a su hija si llegara a enterarse de que Alex no era su padre.

Tomó el teléfono y marcó el número de Alex sin siquiera pensarlo. Ya creía tener la respuesta.

—¿Mel?

—Alex, hola. Disculpa que te llame a esta hora —dijo apenada.

—Está bien. Discúlpame a mí por no haberte llamado. Estuve ocupado todo el día.

—Lo siento, quizá no debí llamar —se preparó para despedirse. El tono de Alex, no parecía ser el mismo—. Adiós.

—¡Espera! Estaba ocupado pero ahora no. Alquilé un departamento. Hoy me lo entregaron y fui a buscar mis cosas que ya llegaron de Egipto. ¡Dios! No sabes todo lo que puede acumular alguien en diez años —hizo una pausa—. Ahora estoy sentado sobre una caja, bebiendo una cerveza en mi nuevo hogar.

Alex se alegró de escucharla. Por muy ocupado que estuvo durante el día, no dejó de pensar en ella y en lo sucedido. No había querido agobiarla con llamadas. Ya le había expresado lo que sentía y ahora solo tenía que ser paciente.

Por supuesto que comprendía que la situación era complicada. Él mismo se sorprendió al pronunciar todas esas palabras. Pero era lo que deseaba. En su mente, el hecho de estar con ella era lo correcto y ya sentía algo sumamente especial por su bebé. No podía explicarlo. Quizá era el amor que sentía por Melrose, lo que provocaba que aquello también incluyera a la pequeña.

No le importaba siquiera comenzar con una amistad. Estaba dispuesto a todo con tal de recuperar a la única mujer que amaría en toda su vida.

—Mel... —comenzó—. Todavía no tengo casi nada desempaquetado —rió mirando a su alrededor. Por suerte, alquiló el departamento amueblado—. Pero me encantaría que vinieras a visitarme mañana. Para almorzar. Puedo prepararte la comida...

—¿Ir a tu departamento? —preguntó Melrose.

—De acuerdo... —rió—. Sé que no tienes buenos recuerdos de la primera vez que te invité a mi departamento —en aquella oportunidad, sus compañeros no estaban presentes. Tras muchas risas y miradas llenas de complicidad, acabaron haciendo el amor por primera vez—. Pero esta vez no sucederá nada. Sólo quiero mostrarte el lugar donde viviré. Serás la primera invitada. Además, me gustaría darte algunos obsequios que traje...

Melrose se mordió el labio inferior nerviosa. Sabía que su respuesta no tendría nada que ver con lo que había pensado durante todo el día y con lo que pensaba decirle al llamarle, pero necesitaba verlo.

—Me encantaría —respondió de forma sincera.

Cuando colgaron, Alex se quedó mirando el teléfono unos momentos. Temía que su confesión, pudiese provocarle rechazo o algo similar. No quería que ella se sintiera presionada para darle una respuesta. Sobre todo, quería continuar disfrutando de su compañía. Eso era lo único en lo que podía pensar.

Se puso de pie para dejar el teléfono en su lugar y decidió que lo mejor sería abrir aquellas cajas para descubrir el contenido. Su salida de aquel país había sido bastante abrupta y algunas de esas cosas ni siquiera habían sido guardadas por él. Se rascó la cabeza preguntándose dónde estaba esa caja que contenía lo más importante.

La encontró sobre el mueble de la cocina.

La abrió con cuidado y no tardaron en aparecer un par de libros y algunos diarios que escribió de forma regular durante sus primeros años en Egipto. Aquellas hojas habían sido su única vía de escape y la forma en que logró mantenerse sereno. Luego, algo cambió en él y comenzó a vivir enfocándose sólo en su trabajo, apartando cualquier sentimiento que pudiese distraerlo de sus objetivos. Había sido frío y ambicioso. Pero todo aquello lo llevó a ser el mejor; el líder de su equipo, alcanzando con creces todos los objetivos que se planteó desde un principio. Sólo, cuando necesitaba volver a conectarse con ese lado emocional que ocultó, se refugiaba en su habitación y, mientras observaba la luna, leía la carta que Melrose le escribió para despedirse.

Aquella carta en la que le explicaba de forma clara que no quería ser el impedimento para que él lograra sus objetivos. Y que, aunque aquello significase su despedida y probablemente el quiebre más grande de sus vidas, llegaría el día en el que mirarían hacia atrás y recordarían todo como una experiencia enriquecedora. Y que eso, sumado al éxito individual, los llenaría de una felicidad mucho más grande.

Por mucho tiempo creyó en eso. En que haber terminado con Melrose lo había hecho crecer como persona. En algunos aspectos así fue, tenía claro que ya no solo quería llenar su vida con satisfacciones profesionales. Era el momento de poner orden y comenzar con ella eso que nunca debió terminar



## Capítulo 8

El sol ya resplandecía cuando Melrose salió de su casa usando un vestido azul. Estaba ansiosa y la curiosidad la estaba matando. La primera vez que visitó a Alex en su casa acabó en un romántico desayuno en la cama. A sus dieciocho años se entregó a él por completo, sabiendo desde ese momento que Alex cambiaría su vida.

Ahora, parecía comprender el grado de atracción que existía entre ambos. Lo que sentían era tan fuerte, que incluso de una forma mágica, ahora diez años después, parecía intacto.

Por supuesto, tenía claro que las cosas no podían acabar como en esa oportunidad. El motivo de su visita era para conversar sobre la propuesta que él le había hecho. Por más que quisiera aceptarlo y vivir ese amor que los unía, no podía permitírselo.

Aunque quisiera borrar todo, sabía que eso sería imposible. Jeff siempre iba a ser el padre de su bebé y aunque Alex estuviese dispuesto a asumir ese rol, nunca serían una familia de verdad. Ella no deseaba que llegara el día en el que él se arrepintiera de esa decisión, ni mucho menos estaba en sus planes el hacer pasar a su hija por esa traumática experiencia.

Él debía continuar su vida. Tal y cómo sucedió hace diez años.

Tocó el timbre nerviosa y aguardó.

Cuando Alex abrió la puerta, se sintió transportada de cierta forma a ese lugar en el que él vivió durante los últimos años. En las paredes, pudo ver algunos cuadros originarios de Egipto. El suelo de madera y el tono pálido de las paredes la hicieron pensar de inmediato en un lugar con mucha historia.

—No tienes escondida a Helena por ahí, ¿verdad? —le preguntó mientras entraba. La verdad es que la idea de las momias le resultaba un poco aterradora. Prefería los vivos. Y pensar que Alex pudiera tener alguna cosa de ese tipo por ahí, lograba perturbarla. Aunque, aquella vestimenta blanca

holgada que él llevaba, hacía que se sintiera aún más perturbada.

—¿A Helena? Por supuesto que no —dijo tomando la pequeña chaqueta de Melrose, para colgarla en el perchero—, Ella se quedó allá esperando mi regreso —dijo en un tono estudiadamente dramático.

—¿Eh? —de pronto escuchar eso la hizo sentir extraña. Alex no se quedaría en el país de forma estable. Intentó apartar esa angustia que recorrió su cuerpo de inmediato. Ella no tenía derecho a juzgar su decisión. Él debía continuar con su vida—. ¿Piensas marcharte pronto? —le preguntó sin medir sus palabras.

—¿Crees que es prudente comenzar con ese tema? —sonrió. Pero al ver que Melrose no aceptaría eso como respuesta, añadió—. Vine porque no podía continuar allí, ¿recuerdas? Si no puedo trabajar en la excavación, no sirvo —dijo de forma seria—. Me gusta estar ahí donde sucedieron las cosas, no en un laboratorio —suspiró—. Pero también quiero transmitir lo que aprendí. Es por eso que decidí volver, para impartir clases en la universidad. No sé qué va a suceder después. No planeo mi vida de esa forma. Me pasé diez años haciendo lo mismo día tras día, ahora quiero descansar y considerar otras... opciones —finalizó.

A Melrose le sonó poco convincente. Por supuesto que no podía molestarse. Simplemente había sentido la necesidad de preguntarle y, por desgracia, sus palabras habían salido mucho antes de poder analizarlas.

Cualquier pensamiento fue anulado cuando vio el resto del departamento. Si bien era un estudio, el lugar era enorme. Muy cerca de la entrada estaba la cocina con barra americana, junto a un bar que ya parecía muy bien abastecido. Al dar unos pasos más junto a Alex, se encontró con el comedor. Justo en medio un biombo de madera separaba ese ambiente del dormitorio. Asumió que el baño, era la puerta junto a la cama. Miró hacia arriba y unas vigas de madera sostenían los pequeños focos que en la noche debían iluminarlo todo. Las blancas cortinas danzaban al ritmo del viento que entraba por la ventana.

—¡Vaya! Ya lo has ordenado todo —exclamó sorprendida.

—Lo alquilé amueblado. Pero supongo que es evidente qué cosas son mías —rió—. Todavía no he terminado de desempaquetar —dijo al mismo tiempo que señalaba unas cajas ubicadas en la habitación y tras los sillones—. Pero me tomaré las cosas con calma.

—Esto es mucho mejor que tu antiguo departamento —dijo Melrose observando a su alrededor.

—Ese no era sólo mío —rió—. Lo compartía con otros tres compañeros, ¿recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo!

—Te miraban de forma graciosa —dijo Alex burlándose—. Seguro les sorprendía que una chica como tú saliera con alguien tan aburrido como yo.

—Eso no es cierto —suspiró—. No eras para nada aburrido —miró los ojos verdes de Alex. Esos ojos lograban transmitirle tantas cosas que ni siquiera podía explicar. Apartó la mirada, no era tiempo de volver a caer.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alex de pronto.

—¿Tú que crees? —rió.

Alex la invitó a sentarse en unos cojines, alrededor de la pequeña mesa de la sala, donde ya tenía puestos los platos y un delicioso zumo de piña aguardando a Melrose. Luego se dirigió hasta la cocina.

Melrose intentó acomodarse en los cojines, por suerte todavía conservaba algo de agilidad. Alex no tardó en aparecer con una bandeja cubierta que olía delicioso. Luego apareció con otros platos con sopa y se acomodó frente a ella.

—Te preparé mi especialidad, Moulouhiya y Sambousek —dijo Alex sonriendo.

Melrose observó confundida el plato que tenía en frente. Era una sopa de un tono verdoso y aunque el aroma era exquisito, necesitaba saber qué era.

—Sopa de espinacas y empanadas de verduras —dijo Alex destapando la bandeja, divertido con la expresión confundida de Melrose—. Solo quería sorprenderte con comida de allí. Esto es lo único que aprendí en todos estos años —rió—. No es demasiado elaborado. Ningún ingrediente extraño, es todo de una tienda que está en la esquina, así que no te preocupes, puedes comer con plena confianza.

—Me encantan las verduras —dijo al mismo tiempo en el que se llevaba a la boca una cucharada de la sopa de espinacas—. ¡Está delicioso!

—¿De verdad?

—Me encanta —sonrió—. No sabía que cocinabas.

—Es algo que aprendí —dijo mientras se servía un poco de vino. La verdad, es que había tenido que aprender muchas cosas para poder sobrevivir el día a día.

El almuerzo transcurrió de forma tranquila. Ninguno de los dos sacó a relucir nada respecto a su última conversación. Melrose aprovechó para preguntarle acerca de sus experiencias en la excavación. Finalmente llegó a comprender el porqué de su interés hacía esa área. Lo cierto es que el trabajo que realizaban haciendo descubrimientos de hacía miles de años, era realmente valioso. Permitía formularse una idea muy completa de cómo vivieron todas esas personas. Era increíble que pudiesen descubrir tanto, sólo analizando sus cuerpos o los objetos que los acompañaban. Se preguntó qué tipo de historias pudo haber vivido toda esa gente.

—Quiero transmitir todo lo que vi allí —dijo Alex acomodándose—. Anna, la que será mi jefa, me llamó esta mañana para decirme que mi horario ya está listo. Trabajaré por las mañanas y estaré a cargo de un curso de arqueología de primer año. Por suerte, obtuve buenas referencias y consideraron que dicté impartí una clase optativa cuando fui estudiante —sonrió al recordar que gracias a eso, la había conocido.

—¿Cuándo empiezas? —preguntó interesada.

—El miércoles. Lo que me da dos días más de libertad. Aunque todavía tengo que preparar mis clases. Supongo que eso haré mañana —le explicó.

Melrose recordó que él había dicho algo acerca de un accidente y que ese había sido el motivo de su regreso. Aquello le causaba curiosidad. ¿Cómo había sido? ¿Por qué había tenido que volver? Decidió que era el momento de preguntarle.

—El accidente... —suspiró Alex—. ¿Recuerdas a la novia que te nombré?

—Claro que sí —dijo un tanto incomoda. ¿Qué tenía que ver ella con su accidente?

—Su nombre era Nathifa, ella era una de las investigadoras de la excavación que estaba en mi equipo —sonrió nervioso—. Una mujer que destacaba en su trabajo. No me malinterpretes, la quería, pero luego la ambición comenzó a separarnos. Acabé descuidando nuestra relación. Y cuando descubrí a Helena, ella comenzó a actuar extraño. Helena era la clave para la investigación que habíamos estado realizando durante meses. Y yo la descubrí... —se miró las manos—. Pasé mucho tiempo trabajando en ella antes de sacarla del lugar donde la encontramos... —suspiró, le era difícil recordar todo eso—. Un día Nathifa me enfrentó, diciéndome que Helena no era importante y que no comprendía por qué yo parecía tan enfocado en ella.

Acabamos discutiendo... y como siempre ella salió huyendo —sonrió nervioso—. Fui tras ella, pero el terreno estaba inestable y...

—Sufriste el accidente... —murmuró Melrose observándolo, de pronto la expresión de él denotaba preocupación.

—Mi relación con ella no tenía buenas bases —se cruzó de brazos—. Yo me volví ambicioso y ella no se quedó atrás. Pero no la culpo. Por eso te dije que la engañé... eso no fue una mentira —tomó un sorbo de vino que acabó quemándole la garganta—. La engañé con mi trabajo...

A Alex no le gustaba hablar de eso. No quería que Melrose pensara que él era ese tipo de hombre que no se tomaba de forma seria sus relaciones. Lo sucedido con Nathifa había sido algo provocado por su trabajo y en parte porque nunca pudo sacarse de la mente, a esa mujer que ahora lo observaba con atención. Melrose lo miró, percatándose de inmediato de su incomodidad con el tema.

De pronto, él se puso de pie y comenzó a recoger los platos en silencio.

—Déjame ayudarte —dijo ella tomando su vaso de jugo.

—Es mejor que el bebé descansa un poco —dijo él sonriendo mientras llevaba los platos a la cocina.

—Pero ya descansó lo suficiente —estiró los brazos.

—Nunca es suficiente —sonrió. Luego volvió hasta donde ella se encontraba y se quedó unos segundos mirándola.

—Alex... siento haberte preguntado por lo del accidente —se lamentó—. No quería incomodarte con el tema.

—Está bien. Es solo que, no quería hablar de ella contigo —confesó.

Melrose lo observó sorprendida. Sus palabras sonaban tan seguras. Pensó que era el momento para abordar el tema de su propuesta. Necesitaba hacerle entender que no era lo correcto lo que él ofrecía, por más que tuviese muchas ganas de aceptar.

—Tengo que ponerme de pie un rato —pronunció apoyándose en la pequeña mesa.

—Déjame ayudarte —dijo Alex extendiéndole su mano de inmediato.

Cuando Melrose se puso de pie, observó a Alex, quien permanecía muy cerca de ella, aun sosteniendo su mano.

Alex la atrajo hacia sí en un fuerte abrazo. Había estado deseando

abrazarla desde que la vio entrar por esa puerta, pero sabía lo que eso podía significar. No quería presionarla, sin embargo, necesitaba sentir que estaba ahí, junto a él. Se animó a ir por un poco más y tomó su rostro para comenzar a besarla. Primero lo hizo de forma lenta. Sabía que no era del todo correcto, ya que ella aún no respondía a su propuesta, pero ahora tampoco parecía negarse. ¿Acaso debía tomarlo como algo positivo? ¿Podía comenzar a ilusionarse?

Melrose alzó los brazos para poder rodear el cuello de Alex. Ni siquiera estaba pensando en lo que hacía, solo estaba entregándose a la maravillosa sensación que le provocaban sus labios. Intentó calmarse, pero sus hormonas comenzaron a querer mucho más de lo que podía permitirse en su estado, cuando percibió como él recorría su espalda con las manos, deteniéndose justo en el límite con su trasero. Estaba embarazada de otro hombre. No podía dejarse llevar y aceptar la propuesta de Alex, por más que él estuviese ofreciéndole lo que Jeff nunca fue capaz de pedirle.

No podía dejarse llevar por sus estúpidas hormonas.

Se apartó de forma sutil. Pero él no se lo permitió del todo. La mantuvo muy cerca de su cuerpo, depositando pequeños besos en su rostro.

—Alex... —pronunció con la voz entrecortada—. No podemos...

Alex se detuvo de inmediato y se quedó observándola, intentando descubrir cuál era el impedimento.

—¿Por qué no? —preguntó en un tono de voz bajo, mientras buscaba los labios de Melrose una vez más.

—Porque no quiero que asumas una responsabilidad que no te corresponde —dijo muy segura, poniendo las manos sobre el pecho de Alex para alejarlo.

—¿Y si yo quiero hacerlo? —se cruzó de brazos—. El padre... él no volverá, ¿verdad? El bebé nunca se enterará que yo no soy su verdadero padre.

—No quiero hacerla pasar por eso —dijo de forma seria—. No quiero que llegue el día en el que ella se entere de que no eres su padre. Tampoco quiero que te sacrifiques por nosotras. ¿Qué sucederá si un día te aburres de la situación? ¿Cómo le explicaré todo a ella? —se mordió el labio inferior—. Es mejor que estemos solas desde un principio...

—¿Solas? ¿Planeas estar sola toda tu vida? —preguntó confundido.

—¿Por qué quieres sacrificarte Alex? —pronunció inquieta.

—¿Sacrificarme? ¿Crees que el estar contigo es un sacrificio? ¡Sacrificio fue el haberme ido hace diez años atrás dejándote sola! —exclamó dolido.

—Yo te dejé primero —sollozó—. Ni siquiera pude despedirme de ti en el aeropuerto. ¿No me odias por eso? —se cubrió el rostro—. Te dejé solo esa mañana. No pude...

—Sé por qué lo hiciste —tomó el rostro de Melrose—. Una despedida hubiera sido horrible. ¿Para qué hacerlo? —se encogió de hombros.

—Hace diez años... nuestra prueba de embarazo fue negativa —lo observó—. Déjame hacerme cargo de la que sí resultó positiva —se acercó hasta la puerta con intenciones de salir.

—¿Por qué quieres hacerlo sola?

—Es mi hija —replicó de forma simple.

—El padre se negó a hacerse cargo —suspiró—. ¿Por qué rechazas a quien sí quiere compartir algo tan maravilloso contigo? ¿No crees que es un poco egoísta privarla de tener una familia?

Por supuesto que una parte de Melrose quería simplemente abrazarlo y quedarse con él para siempre. Criar al bebé juntos y luego tener más hijos. Pero no podía dejar de pensar en que algún día, todo podría acabarse de forma abrupta. Como siempre sucedía con su vida. ¿Él se arrepentiría? ¿Cómo se lo explicaría a su hija?

Por más que él le dijera que quería estar con ella, un mar de dudas la invadía.

¿Cómo retenerlo con una relación y un bebé que no era suyo?

No quería ser esa clase de mujer.

No podía hacerle eso.

## Capítulo 9

Melrose se fue sin mirarlo.

De pronto, Alex sintió que estaba reviviendo ese momento, diez años atrás, en el que ella simplemente desapareció de su vida. En esa ocasión, sólo le dejó una carta al haberse sentido incapaz de despedirse de otra manera. Pero esto era mucho peor.

Verla alejarse sin ni siquiera haberse volteado para mirarlo, fue horrible.

Pero por más que le diera vueltas en la cabeza, no podía guardarle rencor por nada.

Los primeros años en Egipto, habían sido casi una tortura. No sólo tuvo que aguantar las exigencias que se le presentaron en su trabajo al ser un novato, sino que también sentía que una parte de él se quedó con Melrose. Hasta que en un punto, se dio cuenta de que no podía continuar actuando de esa forma y ocultó todos sus sentimientos, enfocándose sólo en el trabajo. Convirtiéndose en un excelente profesional, admirado por muchos, pero también alguien frío y solitario.

Sus sentimientos permanecieron encerrados, hasta que vio a Melrose sentada en aquel restaurante, la misma noche que volvió al país.

Sin embargo, la vida de ella no se había detenido en todo ese tiempo que permanecieron separados. Y la suya tampoco.

Ahora, le parecía que era el momento de retomar todo desde donde lo habían dejado. Era sincero al decir que el asunto del bebé no suponía un impedimento. De forma extraña sentía que también le pertenecía, aun cuando ese pensamiento no tenía ninguna base lógica. Quizá estaba tan desesperado por volver con Melrose, que incluso era capaz de amar a esa inocente que crecía en su interior. No tenía claros sus propios motivos, pero estaba seguro de que nunca podría llegar a arrepentirse de esa decisión.

¿Por qué Melrose no era capaz de comprenderlo?



¿Por qué se negaba a algo que evidentemente también deseaba?

De pronto, apareció una opción que no había considerado. ¿Y si aún esperaba al padre de la niña? ¿Acaso todavía lo amaba?

Se acercó al bar y tomó la botella de vino para luego instalarse en el sillón. Bebió sorbo tras sorbo, hasta que vio como el líquido desapareció.

*«Él era un hombre encantador... »*

Hizo una mueca de desagrado al recordar las palabras que Melrose utilizó para describirlo. ¿Cómo podía decir qué era un hombre encantador? ¿Acaso ahora un hombre encantador era el que podía abandonar a la mujer que amaba? ¿Eso era encantador?

Contempló la botella casi preguntándose cómo el vino había desaparecido tan rápido. Dio una pequeña mirada al bar, pero no podía continuar bebiendo para ocultar lo que sentía. Se puso de pie y dejó la botella en la basura. Decidió que lo mejor sería continuar desempaquetando. Tras sacar algunos libros y acomodarlos en la librería, necesitó volver a abrir esa caja que contenía su lado más íntimo. Esa caja en la que aguardaban aquellas libretas que utilizó mucho tiempo para arrancar todos esos pensamientos que lo agobiaron al no tenerla.

Se encontró con el libro de historia del arte que utilizaba para impartir esa asignatura complementaria en la que comenzó todo. Si cerraba los ojos, aún podía verla sentada justo frente a él, acomodándose el cabello de forma nerviosa y observándolo con atención.

Pero sus recuerdos no lo abandonaron en ese punto.

Tuvo que soportar que su mente lo agobiara con el momento en que finalmente pudo confesarle lo que sentía y todo el inicio de su relación. La primera vez que estuvieron juntos y como desde ese instante supo que ella sería la única para él. Pero sobre todo, el día en el que se enfrentaron a la posibilidad de ser padres. Aun cuando eso hubiese significado un cambio drástico en su vida, él lo hubiera dejado todo por ella. Desde ahí ya amaba a Melrose de una manera indescriptible y la idea de haber creado una vida con ella, lo emocionó mucho más que cualquier otra cosa.

Pero el destino había querido y al final acabó yéndose en ese avión, para dedicarse a su carrera.

No le importaba si la niña que Melrose llevaba en el vientre no era suya. No iba a dejarla otra vez.

Quizás no sería fácil convencerla. Nadie había dicho que lo fuera. Pero tampoco era una misión imposible. Ella lo amaba, podía sentirlo. Sólo estaba

asustada y la comprendía. Cerró esa caja y la dejó junto a la cama. Continúo sacando el resto de las cosas, un poco más animado.

Melrose llegó a su casa después de una hora. Habría tardado mucho menos de no haberle dado mal la dirección al conductor. Al entrar, comprobó que todo estuviese en orden y se percató de que su contestador marcaba un mensaje. Presionó el botón temiendo que fuera Alex, pero la voz de su madre la sacó de inmediato de ese estado.

No recordaba absolutamente nada de aquella visita. Pero su madre le comunicaba que llegaría al día siguiente.

Por lo menos no estaría sola, pensó mientras se acomodaba en el sillón. Acarició su vientre y sin percatarse de lo que hacía, comenzó a hablarle al bebé.

—Estaremos bien solas, ¿verdad? —hizo una pausa recordando las palabras de Alex—. ¿También crees que mamá es un poco egoísta? —sollozó—. Esto lo hago por las dos. Estaremos bien así. No quiero que llegue el día en el que sufras al enterarte de que él no es en realidad tu padre —suspiró—. Por más amable que sea Alex, no podemos someterlo a esto, ¿verdad?

No se había dado cuenta de las ganas que tenía de llorar, así es que simplemente dejó que las lágrimas salieran y se encargaran de aliviarla aunque fuese sólo un poco.

Por supuesto que no era una egoísta. ¿En qué estaba pensando Alex? Ella estaba preocupada por el bienestar de su hija y en lo injusto que era hacerlo responsable de lo que nada tenía que ver. Lo último que estaba siendo era egoísta. Por el contrario, estaba pensando en la felicidad de su hija y en la de Alex. ¿Acaso eso era egoísmo?

Alex ya había salido airoso de su prueba. ¿Para qué volver y ocuparse de la responsabilidad de otro?

*«Jeff Thompson.»*

De pronto el nombre del que fue su compañero por tres años, se clavó en su mente. De no ser por Alex, probablemente extrañaría a Jeff, pero ¿eso qué significaba? ¿Cómo Alex consiguió hacerla sentir tan especial en ese corto periodo de tiempo?

Se acomodó para tomar los adornos que decoraban el baúl que usaba como mesa de centro. Suspiró y lo abrió con cautela, esperando que el contenido que ella misma ocultó ahí, hubiese desaparecido. Pero no sucedió.

Las cosas de Jeff continuaban ahí, tal y como ella las dejó.

¿Acaso lo que le estaba sucediendo era similar?

¿Sólo ocultó lo que sentía por Alex bajo su relación con Jeff? ¿Amó a Alex durante todo este tiempo?

De pronto se sintió mareada y más confundida que nunca.

— Mel, voy a seguir insistiendo hasta que me respondas. Lamento mucho lo que sucedió.

Melrose se acercó a la ventana para mirar como la vida continuaba su curso. No podía contestarle a Alex, no sabía qué decirle, aunque tenía claro que no podía continuar ocultándose por siempre.

—¿No vas a responderle? El pobre hombre ha estado dejándote mensajes durante estos dos días.

Observó a Rebecca, su madre, quien había venido para acompañarla unos días, mientras realizaba un par de compras para su boda con Ben, su novio de hace quince años. Era difícil que su madre pudiera llegar a comprender lo que Melrose estaba sintiendo. Ella y su padre no consiguieron estar juntos después de su nacimiento, pero por otros motivos que nada tuvieron que ver con el amor. Su origen se dio por una relación fugaz entre la secretaria y su jefe. Aquello estuvo condenado desde un principio a no seguir. Y aunque su padre se hizo cargo de ella de forma económica y pudo contar con él hasta el momento de su fallecimiento, eso nunca fue una familia.

Nunca tuvo una familia real. Y aunque pensó que con Jeff podría formar aquello que ansió tanto tiempo, simplemente no tuvo suerte y acabó sola.

Las cosas en su vida, de cierta forma estaban condenadas a funcionar mal. ¿Para qué iniciar con Alex un camino que amenazaba fracaso?

No quería someter a su hija a eso, ni mucho menos a Alex.

Alex guardó su móvil en el bolsillo de la chaqueta. Estaba decidido a no rendirse. Quería demostrarle a Melrose que podrían tener una vida plena. Sólo tenía que aceptarlo.

—Profesor Hawthorne, ¿listo?

—Por supuesto que sí —pronunció Alex muy seguro.

Caminó junto con Anna, su nueva jefa, hasta el salón en el que le aguardaban esos jóvenes con hambre de conocimiento. Jóvenes con sueños,

tal y como él hacía una década. De pronto, una paz recorrió su cuerpo.  
Era el comienzo de algo nuevo.

## Capítulo 10

—¡Bienvenida semana veinticuatro! —exclamó Allie al mismo tiempo que acariciaba el vientre de Melrose.

Allie la observó. Aquel día no sólo marcaba el inicio de la semana veinticuatro del embarazo de su amiga, sino que también se cumplían dos semanas desde la visita de Melrose al departamento de Alex. Él continuaba dejando mensajes, que ella se negaba a contestar. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué se negaba a verlo?

—¿Sucede algo? —preguntó Allie.

—Supongo que es algo que debería preguntarte —dijo Melrose.

—Sabes que todo está bien con el bebé. No debes preocuparte por eso — la observó, se veía cabizbaja—. Melrose, han pasado casi dos semanas... ¿no piensas verlo nunca más?

—No lo sé... no sé qué decirle.

Y era la verdad.

Aunque al principio Alex dejó en su contestador diversos mensajes, con el paso de los días, aquello disminuyó. Por supuesto, no aspiraba a que él anduviese tras ella, pero quizás él ya estaba perdiendo el interés. Y no lo culpaba.

Tampoco es que estuviera haciéndose de rogar. Lo cierto es que los días que compartieron la llenaron de una vitalidad que creyó perdida, pero a pesar de todo, seguía pensando lo mismo respecto a seguir con la relación. Lo peor es que sentía como día a día sus sentimientos hacia Alex se incrementaban.

El escuchar su voz en los últimos mensajes que le dejó alimentaba fantasías que ella misma se negaba a hacer realidad.

No podía.

A la mañana siguiente, el incesante sonido del timbre la despertó de golpe. Pensó que quizá sería su madre que olvidó algo. Se había marchado muy temprano esa misma mañana. Al final, la visita de un par de días se transformó en mucho más. Lo agradeció porque logró distraerla un poco sus preocupaciones.

Miró el reloj, eran las diez de la mañana. Por la insistencia, se dio cuenta de que no podía tratarse de su madre. Se puso su bata de seda, pasó rápidamente por el baño para comprobar su aspecto y luego corrió hasta la puerta.

Sin duda, no estaba preparada para encontrarse cara a cara con él.

—¿Puedo pasar? —pronunció Jeff con tono serio, dándole una mirada rápida a su vientre.

Melrose asintió, sin siquiera pensarlo demasiado. Luego comenzó a sentirse como una idiota. ¿Cómo había dejado que él entrara a su casa sin intentar detenerlo?

—¿Qué necesitas? —pronunció con dificultad una vez que él entró. Había sonado muy amable para su gusto. Y lo que menos quería, era hacerle sentir a Jeff que se encontraba mal luego de su partida.

—¿Puedo sentarme? —dijo el productor señalando el sillón.

Otra vez Melrose asintió sin decir una palabra. Lo observó sentarse y de inmediato se sintió un poco extraña. La actitud de Jeff parecía diferente. No era aquel hombre poderoso por el que se sintió tan atraída al comienzo. Parecía más bien que los años de trabajo le habían pasado la cuenta. Los cabellos canos parecían haberse multiplicado entre su cabellera rubia, y los ojos azules ya no denotaban aquella seguridad característica en él. Lucía extremadamente cansado y abatido.

—¿Para qué has venido Jeff? —preguntó Melrose cruzándose de brazos. Jeff la observó unos segundos y luego dirigió la mirada a su alrededor. Aquello molestó a Melrose. ¿Qué pretendía? ¿Quería supervisar que todo marchara bien? —. ¿Qué quieres? —dijo exasperada.

—Vine para saber cómo estabas —replicó de forma simple—. El mes pasado no pude llamarte porque estuve fuera del país. Ahora estaba cerca del barrio y decidí pasar a ver cómo estabas.

—¿Cerca del barrio? —musitó Melrose.

—Sé que esta visita puede parecerte muy extraña, pero como te dije sólo

me preguntaba cómo estabas. ¿Qué tal va todo con... el asunto? —señaló el vientre de Melrose.

—No sé a qué asunto te refieres —dijo molesta—. Pero mi hija está bien.

—¿Hija? Entonces es una niña —pronunció de forma casual. Se puso de pie y miró a Melrose, quien permanecía erguida muy cerca de la entrada. Luego bajó la vista hacia su chaqueta.

Melrose lo observó mientras buscaba algo entre los bolsillos. Cuando lo vio sacar la cartera, algo en su interior se destruyó. ¿Qué pretendía?

—Quiero comenzar a hacerme cargo del dinero. ¿Cuánto has gastado en los últimos meses? —preguntó sosteniendo su cartera—. ¿Te parece mejor una suma mensual o semanal?

—¿Estás ofreciéndome dinero? —preguntó un tanto indignada.

—Es lo que corresponde, ¿no? —dijo Jeff en tono sereno—. Soy el padre. Y un bebé consume mucho dinero.

—¿Lo último que necesito es tu dinero! —exclamó. Estaba indignada. Si Jeff iba a aparecer una vez más, ¿por qué era justamente para ofrecerle dinero? —. Pensé que ya te habías desentendido de ella. Pero no te preocupes que puedo permitirme el gastar mi dinero en todo lo que mi hija necesite —dijo evitando la mirada de Jeff.

—Melrose, no actúes como si todo esto fuese sólo mi culpa —dijo Jeff—. Déjame hacerme cargo de este asunto. Por favor.

—¿Podrías dejar de referirte a mí hija como “asunto”? Para ti es una molestia. ¡No sé para qué viniste!

—¿Vine a hacer lo que corresponde! —dijo Jeff alzando la voz por primera vez.

—¿Lo que corresponde? —murmuró Melrose—. ¿Y qué se supone que es lo que corresponde? ¿Darme dinero? —se cruzó de brazos—. ¿Llamar una vez al mes sin ni siquiera ser capaz de preguntar por el bebé como cualquier padre lo haría?

—¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? —se acercó desafiante.

—Mi hija no necesita a alguien que no está realmente dispuesto a darlo todo por ella —se acercó hasta la puerta y lo invitó a salir.

Jeff suspiró y abandonó de inmediato la casa.

Melrose cerró la puerta con violencia y se apoyó en la pared intentando calmar la respiración. Tras unos minutos, volvió a la cama. Necesitaba un

descanso después de haber visto a Jeff. Tenía claro que gracias a ese hombre estaba esperando a su hija pero no concebía que fuera capaz de hablar acerca de su bebé con tan poco entusiasmo y sin ninguna pizca de sentimientos. Ni siquiera había dicho nada al enterarse de que era una niña. Actuaba como si se tratase de un negocio, de un problema que podía manejar fácilmente con un poco de dinero al mes. Pero la situación no era así. Su hija no sólo necesitaba dinero.

Ella necesitaba un padre.

Poco a poco, el cansancio acabó por vencerla y cayó en un profundo sueño. Después de un par de horas, despertó sobresaltada.

Había tenido un sueño, uno muy real.

El momento del parto había llegado. Podía sentir que su hija estaba próxima a nacer.

Estaba sola y lo peor es que esa opresión que sentía en el pecho era tan dolorosa, que por fin comprendió a lo que se estaba enfrentando. Experimentó, de forma muy real, el hecho de estar sola frente al mundo con su pequeña.

Pero el sueño no terminaba ahí.

Justo cuando estaba enfrentándose a una contracción, sintió como una mano tomaba la suya con fuerza.

Era Alex...

Él había aparecido en el momento justo para rescatarla. No recordaba las palabras que utilizó, pero aún ahora, podía sentir ese alivio que recorrió su cuerpo al sentir el calor que emanaba de su mano.

Se acomodó en la cama y tocó su vientre con la mano que Alex sostuvo durante su sueño. Quería que el bebé sintiera esa calidez y la tranquilidad que él le transmitió a ella durante aquel sueño.

Sin pensarlo demasiado, se metió en la ducha.

Necesitaba ver a Alex. Aunque no estaba segura de qué le diría.



# Capítulo 11

—Recordad que lo que hemos hablamos hoy, entrará en el examen que tendremos la semana que viene —dijo Alex con una sonrisa, mientras que una ola de comentarios se escucharon al unísono—. Podéis salir. ¡Hasta mañana!

En dos semanas, Alex se había transformado en el profesor favorito de toda la facultad de arqueología. Y es que, a los estudiantes les parecía fascinante que les enseñara una persona que acababa de llegar de una exitosa excavación, con un historial envidiable de descubrimientos.

Comenzó a preparar sus cosas para abandonar el salón. En los últimos días había tenido demasiado trabajo, pero le encantaba. Era como sumar una nueva satisfacción a su vida. Aunque claro, la más importante todavía continuaba sin una solución.

—Profesor Hawthorne —dijo un estudiante acercándose.

—¿Qué sucede? —preguntó Alex sonriendo.

—Me gustaría que la próxima semana nos volviera a hablar acerca de Helena —comentó el joven emocionado.

—Supongo que podría traer algunas fotografías y... —se restregó los ojos, creyó haber visto una ilusión. No, definitivamente no lo era. Melrose estaba justo en la entrada del salón observándolo. Quizá en todo este tiempo ella no contestó ninguno de sus mensajes, pero ahora ahí estaba. Eso debía de significar algo, ¿no? Esperaba con todas sus fuerzas que así fuera.

Melrose se debatió entre esperar a que terminara su conversación o simplemente acercarse y saludarlo con normalidad. Optó por lo segundo. Alex no le quitaba la mirada de encima, incluso cuando se despidió de ese chico.

De pronto el verlo ocasionó que sus hormonas comenzaran a exigir

atención. ¿Se debía al sueño que acababa de tener? ¿O es que la visita de Jeff y su deplorable conducta provocaron que se diera cuenta lo maravilloso que era Alex?

Siendo sincera, la visita de Jeff le probó que por más que él fuese el padre biológico de su hija, no se acercaba en absoluto al padre que Alex podría llegar a ser.

No, no podía permitírselo.

—Siento haber venido de esta forma —dijo de inmediato.

—No, no te disculpes. Me alegra que hayas venido —sonrió sin poder ocultar la emoción que le causaba verla.

—También siento no haber respondido tus mensajes —dijo Melrose avergonzada.

—Mel, no tienes que disculparte por eso —dijo al mismo tiempo en que tomaba sus cosas y las metía en el maletín.

—Estás ocupado, lo siento. Debí haberte llamado antes de venir —dijo preocupada.

—Sólo estoy guardando mis cosas. Dame un momento... —se acercó hasta la entrada y aguardó hasta que salieran las últimas estudiantes. Luego cerró la puerta y se volvió hasta donde Melrose estaba— Este salón está libre ahora. ¿Quieres sentarte? —dijo ofreciéndole la silla de su escritorio.

—No, está bien... —negó con las manos.

Se miraron unos segundos. La verdad es que Melrose no estaba muy segura del motivo de su visita. Simplemente se había dejado llevar por la emoción de su sueño y esas ansias que tuvo de verlo. Pero algo parecía andar mal. Quizás el no haberle respondido los mensajes ocasionó que Alex perdiera el interés.

¿Acaso ya se había fijado en alguien más? ¿Alguna compañera de trabajo? De inmediato la imagen de su jefa se clavó en su mente.

Lo miró, intentando encontrar respuestas.

—Mel, el silencio me está matando. ¿Quieres que vayamos a comer algo? —ofreció Alex.

—No, yo sólo... —se miró las manos—. No es nada importante —sonrió nerviosa—. Tuve un sueño contigo y bueno... me dieron ganas de verte. Eso es todo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Un sueño? —preguntó emocionado, mientras se apoyaba en el escritorio—. ¿Quieres contármelo?

—Soñé que... —pero antes de que pudiera decir algo, la puerta del salón

se abrió de forma estrepitosa y aquella hermosa mujer, con la que vio a Alex en aquel restaurante, apareció frente a sus ojos. «*Su nueva jefa*» pensó mientras un sentimiento un tanto desconocido recorría su cuerpo.

—Profesor Hawthorne, ¿comenzamos? —pronunció la rubia para luego sonreírle a Melrose en señal de saludo. No sin antes, dedicarle una analítica mirada.

—Disculpa Anna, lo había olvidado —sonrió— ¿Podemos dejarlo para luego?

—¡Alex! —exclamó Anna en un ruego.

—Iré más tarde —dijo Alex. Luego miró a Melrose—. Mel, ¿quieres que vayamos a...?

—No, no es nada importante. Además, tienes que trabajar —observó a Anna, que continuaba dedicándole esa mirada, casi como si estuviese analizándola—. Adiós Alex —salió rápidamente de ahí.

Alex la observó alejarse sintiendo una fuerte opresión en el pecho. ¿Acaso siempre tendría que verla apartarse de esa forma?

Melrose caminó todo lo que dieron sus piernas por los pasillos de la universidad, preguntándose qué es lo que le estaba sucediendo ahora con Alex.

De pronto, la visita de Jeff logró perturbarla. El padre biológico de su hija, sólo estaba dispuesto a ofrecerle una cifra mensual, que aunque podría ser útil, no compensaba el cariño que su hija necesitaba. Mientras que Alex, le ofrecía una familia. Algo que ella siempre soñó.

Sin embargo, le daba terror imaginar que un día él pudiese arrepentirse de esa decisión y le sonaba mucho peor el tener que someter a su hija a una verdad tan dura como esa.

No se sentía en condiciones de pedirle a Alex que le prometiese eso. Lo amaba, aquello le había quedado claro tan sólo con volver a verlo. Aunque en cierta forma, notaba algo extraño en su actitud. Y esa mujer, Anna, ¿qué relación tenía con ella? Simplemente ya no podía tragarse la historia de que sólo era su jefa. La rubia lo trataba con demasiada familiaridad para una relación laboral de dos semanas. ¿Y si algo había sucedido?

¿Por eso los mensajes de Alex no fueron tan frecuentes la última semana?

De pronto, sus piernas se detuvieron. El dolor de imaginar a Alex con

otra mujer era demasiado intenso como para pasarlo por alto. ¿Qué le estaba sucediendo? Necesitaba calmarse. Ella misma decidió que lo mejor era continuar sola, ¿para qué atormentarse con cosas como esas?

Alzó la vista y se percató de que estaba justo frente al salón en el que hacía diez años atrás, Alex solía impartir esa asignatura relacionada con el arte antiguo. En aquel entonces, él cursaba su último semestre, mientras que ella lo comenzaba. Las cosas eran tan diferentes.

Ella tenía un sueño. Uno tan simple como acercarse a él.

Nunca tuvo grandes aspiraciones, ni se apasionó tanto con algo o alguien. Hasta el día en el que lo vio caminando por uno de los pasillos de la universidad. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta gris. Iba riendo junto con unos amigos. Quizá su apariencia no encajaba con la de los chicos más populares de ese entonces, pero algo en su mirada y en sus gestos, hicieron que se sintiera atraída de inmediato.

Lo siguiente fue una investigación exhaustiva acerca de ese misterioso chico de ojos verdes. Recordar aquello le provocaba un poco de vergüenza. Pronto se enteró de que estaba en el último año de arqueología y que daba una asignatura complementaria relacionada a la historia del arte de diversas civilizaciones. Sin pensárselo mucho se inscribió.

Y cuando lo escuchó hablar por primera vez acerca de todos esos sucesos acontecidos hace tantos años, sintió que había encontrado aquello que la apasionaba.

Alex Hawthorne.

Semana a semana llegó de forma puntual, instalándose en primera fila tan solo para observarlo mejor. Sin considerar lo riesgoso que aquello podría acarrear, cuando simplemente no estaba prestando atención.

—¿Y tú...? —pronunció Alex señalándola—. ¿Qué opinas?

Su rostro se ruborizó de pronto.

—Opino que... me haría muy feliz escuchar la pregunta una vez más —sonrió.

Una alegría recorrió su cuerpo, al recordar que aquello había sido el comienzo de todo. Que su distraída respuesta provocó la sonrisa de Alex. Ese gesto que la hizo creer que podría morir en paz, tan sólo con haberlo visto.

Se emocionó, casi hasta llegar a las lágrimas al recordar el primer beso que se habían dado. La forma en la que sin ningún tipo de inhibición, él

recorrió su boca como si lo hubiese estado deseando tanto como ella. Luego, esas miradas furtivas que ambos se dedicaron durante las clases siguientes, mientras que él explicaba alguna teoría que ella ni siquiera pudo retener.

Observó el salón con atención, mientras que un par de estudiantes salían riendo. En aquel lugar, fue donde le comentó a Alex sus sospechas sobre el embarazo. Y él, en lugar de preocuparse sonrió de forma sincera ante esa posibilidad.

Alex hubiese estado dispuesto a abandonar todo por aquel bebé. Pero al final, las cosas habían tomado un rumbo completamente diferente. Él se marchó a cumplir su sueño.

Alex continuaba realizando su sueño aún ahora. Ella no se sentía nadie para apartarlo de ese camino que él ya recorría con éxito.

☺☺

—¿Alex?

—Disculpa Anna —enfocó su vista en la rubia—. ¿Qué estabas diciéndome?

—El profesor Matthews quiere conocer tu opinión con respecto a este nuevo método de enseñanza —pronunció Anna extendiéndole un informe.

Alex la observó confundido. No estaba oyendo absolutamente nada de la reunión a la que había sido convocado por Anna. Todo lo que tenía en mente era Melrose.

El motivo de su visita continuaba siendo un misterio. ¿Qué clase de sueño había tenido como para ir a visitarlo? Esperaba que se tratase de algo bueno. Esas dos semanas sin verla habían sido una completa tortura, teniendo que refugiarse una vez más en el trabajo para poder sobrevivir. No había querido agobiarla con tantos mensajes durante esa última semana, pero aquello sólo acabo haciéndole sentir mucho peor. De forma extraña, ansiaba más que nunca estar con ella y hacerse cargo del bebé. Quería formar esa anhelada familia con ella. Amaba a Melrose y sentía una conexión inexplicable con su bebé. Quizá ya estaba loco, pero no le importaba.

No iba a dejarla ir otra vez.

## Capítulo 12

Alex caminó hasta la tienda de Melrose con paso muy seguro.

Había comprado dos almuerzos livianos al salir de la universidad. Estaba inquieto, necesitaba descubrir los motivos que la llevaron a visitarlo después de dos semanas de completo silencio.

Por suerte, logró escabullirse pronto de aquella reunión con Anna y ese par de profesores. Necesitaba ver a Melrose más que cualquier otra cosa.

—¿Puedo entrar? —dijo sonriendo ligeramente. Al mismo tiempo que Melrose alzaba la vista—. Si quieres puedo comprar algo, aunque la verdad no veo cuál de tus accesorios podría combinar con mi personalidad —rió contagiando también a la clienta que Melrose estaba atendiendo justo en ese momento.

—Dame un minuto —pronunció Melrose nerviosa, mientras intentaba volcar su atención en la señora que ya pronto abandonaría la tienda.

Se percató de que Alex estaba observando las estanterías y a ratos tocaba alguno de los accesorios con una sonrisa en el rostro. Despachó a la clienta de inmediato, aunque no estaba del todo segura qué le diría después de aquella injustificada visita que le había hecho esa misma mañana en la universidad.

—¿Interesado en algo? —intentó pronunciar de forma normal. Aunque su interior distaba de eso. No podía dejar de pensar en Jeff ofreciéndole dinero, ni en aquel sueño en el que Alex fue el protagonista. Lo peor, es que sentía que aquello comenzaba a influir en su realidad. El tener a Alex ahí en la tienda, vistiendo pantalones oscuros y una camisa blanca, todo muy acorde a su nuevo trabajo, provocaba que tuviera deseos de abrazarlo.

—No, no. Nunca podría usar nada como esto —rió—. Traje algo de comida —la verdad es que tampoco era un menú demasiado impactante. Sólo un par de ensaladas y algo de pollo—. Pensé que estarías aquí y decidí pasar

después del trabajo. No pudimos hablar bien esta mañana y la verdad es que sentí curiosidad por... tu sueño —le dedicó una mirada muy tierna—. Esta última semana ha sido caótica. Mis estudiantes son brillantes, pero la verdad es que ya estoy un poco cansado de hablar sólo de arqueología —hizo una mueca de desagrado.

—Pensé que eso te encantaba —dijo mientras ordenaba algunos accesorios que finalmente la clienta había declinado comprar.

—Me encanta —sonrió—. Pero no es lo único que me interesa... —dejó los almuerzos sobre el mostrador y se quedó observando a Melrose quien iba de un lado a otro, devolviendo a su sitio cada uno de los accesorios—. ¿Tienes hambre?

—Sí, gracias por el almuerzo —le sonrió—. Déjame ordenar esto y comemos —le dio la espalda para continuar con su tarea. No sabía cómo hablarle. No tenía idea de qué era lo que le estaba sucediendo. A pesar de todo, siempre había podido hablarle de forma normal, pero ahora no se reconocía. Era como si de pronto hubiese vuelto a la época en la que sólo se sentía satisfecha con observarlo. Imaginando el día en el que por fin podría ser parte de su mundo. Pero necesitaba actuar normal, de lo contrario corría el riesgo de que el malinterpretara su actitud.

Alex la observó. Le parecía muy atractiva cargando a su bebé de ahora seis meses. Ese brillo en sus ojos la hacía verse mucho más hermosa. No podía controlar esos deseos que tenía de hacerse cargo de ella. Era algo que sin duda iba mucho más allá de su entendimiento. Pero, ¿para qué comprenderlo? Era lo que sentía y estaba seguro de que nada podría hacerlo cambiar de opinión. Siempre la había amado. En esos diez años sólo ocultó sus sentimientos para poder dedicarse a su trabajo, pero ahora todas esas emociones parecían haberse apoderado de él una vez más. Este era el momento para hacer las cosas bien.

Tenía la certeza de que Melrose sentía lo mismo. ¿Por qué todo eran tan complicado? ¿Qué estaba haciendo mal?

—¿Alex? —dijo Melrose.

—¿Decías...? —preguntó volviendo a la realidad.

—Te pedí que me ayudaras a cerrar la puerta para que podamos comer.

—¡Oh! —se acercó de inmediato hasta la entrada y cerró la puerta de vidrio. Acto seguido volteó el pequeño cartel para que ahora la gente pudiese leer la palabra “cerrado”.

Melrose acomodó dos sillas, para poder comer en el mostrador.

—¿Qué tal las ventas? —preguntó Alex de pronto, mientras le entregaba a Melrose su ensalada.

—Todo bien. Aunque ahora no he tenido demasiado tiempo como para diseñar cosas nuevas. Mi madre estuvo en la ciudad, se fue hace un par de días y...

—¿Ella estuvo aquí? ¿Cómo está Becca? —de pronto, mil recuerdos de la madre de Melrose vinieron a su mente. Rebecca siempre había sido muy amable con él.

—Está muy bien —replicó sonriendo—. Vino a hacer unas compras. Se casa con Ben al fin —le explicó emocionada.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido—. ¡Eso sí que es una buena noticia! —sonrió—. Ya era hora de que formalizaran esa relación —bromeó.

—Y con todo eso de su visita, no pude enfocarme en los accesorios —explicó Melrose—. Sé que debería aprovechar para hacerlo ahora. Luego no podré hacer demasiado con la niña. También estaba pensando en volver a contratar a una chica para que me ayude a vender. Hay demasiadas cosas en las que tengo que pensar —dijo preocupada.

Alex se sintió un tanto agobiado. Quizá sus palabras habían logrado sumar una nueva preocupación en la mente de Melrose y eso era lo último que quería.

—Sé que pronto encontrarás una solución a todo —dijo sonriendo. Estaba seguro de que Melrose era capaz de lograr todo lo que se propusiera. Aún si decidía continuar sola, de una u otra forma, él tenía claro que no se apartaría de ella. Sin importar cómo, siempre estaría apoyándola.

Melrose sintió que algo en su interior se derretía con esa sonrisa, que quizá Alex mostraba con la mayor inocencia del mundo, sin calcular siquiera los efectos que tenía sobre ella.

Estaba aún más sensible a los efectos de Alex Hawthorne y lo tenía claro.

Le observó comerse la ensalada que él llevó para ambos. Sin duda, eso tampoco pasó desapercibido para ella. Entonces, ¿por qué, a pesar de todas esas atenciones, lo sentía tan distante? ¿Acaso había sido muy dura al negarse a que él se hiciera cargo de su bebé? Aunque no quería que él asumiera esa



responsabilidad, tampoco significaba que deseaba que desapareciera de su vida. Ya se había hecho a la idea de que sus sentimientos por Alex, eran mucho más fuertes de lo que estaba dispuesta a aceptar.

Luego le preguntó por su trabajo y él le comentó acerca de sus impresiones y la forma en la que prácticamente ya se había ganado a los estudiantes. Hecho que lo hacía sentir muy orgulloso.

—¿Y después qué vas a hacer? ¿Volverás a Egipto? —preguntó Melrose de pronto. La expresión de Alex denotó inmediata sorpresa.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Alex con una ligera sonrisa. Le había hecho exactamente la misma pregunta cuando visitó su departamento.

—Por supuesto que no —respondió de forma sincera—. Es solo que, no lo sé... quizá lo que estás haciendo ahora puede resultarte un poco agobiante. Después de todo lo que hiciste allí... —se mordió el labio inferior. Ya no sabía lo que estaba diciendo. Pero quería estar preparada en caso de tener que enfrentarse a una nueva partida de Alex.

—Es cierto, el cambio fue muy grande. Pero me gusta —asintió—. No soy un anciano, pero tampoco tengo la misma vitalidad de hace diez años. Creo que ya cumplí con todo lo que podía hacer allá, y ahora me toca compartir lo que aprendí. No niego que me encantaría volver, pero por ahora me estoy acostumbrando a mi vida actual... —observó su ensalada, ya casi se la había comido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Se lamentó porque sentía que la conversación estaba siendo demasiado superficial. Había tantas cosas que deseaba preguntarle, pero simplemente no sabía cómo hacerlo sin provocarle incomodidad.

—Me alegra que puedas explorar otra área de tu trabajo —apartó el plato. Ya no podía comer más.

—¿No tienes hambre? ¿Te sientes bien? —preguntó Alex preocupado.

—Nada de eso —negó con las manos—. Estaba delicioso, gracias —sonrió nerviosa.

—Tienes que alimentarte bien —de forma inconsciente acercó la mano hasta el vientre de Melrose y lo acarició.

—Alex no... —apartó su mano de inmediato.

—Discúlpame —dijo Alex. Se quedaron en silencio por unos momentos—. ¿Por qué fuiste a la universidad? —preguntó de repente.

—Sólo quería verte —respondió de forma simple.

—¿Y ese sueño? ¿No vas a contármelo?

—Alex... —lo observó casi suplicándole que no le preguntara acerca de

eso. ¿Cómo contárselo? Ella misma se había negado a aceptar su propuesta, sonaba ridículo decirle que ahora soñaba con que era él quien la acompañaba durante el parto.

—No podré quedarme tranquilo si no me dices qué es lo que está sucediendo. Sea lo que sea, no me molestaré. Sólo necesito saber...

—Soñé que... —lo mejor era decírselo. Sabía que no la dejaría en paz hasta que no se lo dijera—. Tú estabas conmigo... en el momento del parto —dijo finalmente.

Alex la miró sorprendido. Que hubiese soñado algo como eso debía de significar que por más que ella se negara a aceptarlo, en el interior de su mente también lo deseaba.

—Eso no significa que haya cambiado de opinión —dijo Melrose en tono serio—. Sigo pensando que...

—Mel... —tomó su mano y la observó, deteniéndose en sus ojos. Habían pasado diez años, pero continuaba teniendo aquel brillo inocente que lo cautivó desde la primera vez. Con su mano libre acarició su rostro—. Sé lo que piensas. Sé que todo puede parecerte demasiado apresurado y quiero que entiendas que... lo que te pedí no es ningún sacrificio. No sabes lo feliz que me harías si me dejaras estar contigo y el bebé —suspiró—. Sé que he sido un tonto y que quizá me precipité. Pero... quiero que sepas que haré todo lo que esté a mi alcance por hacer de ese sueño tuyo... nuestra realidad —le sonrió—. Y quiero que me perdones...

—¿Perdonarte...? —preguntó confundida. El estar así tan cerca de él, sintiendo su respiración, hacía que se sintiera nerviosa.

—Por esto... —se acercó hasta ella y la besó sin darle a Melrose la oportunidad a negarse. Sabía que se estaba arriesgando demasiado al besarla de esa forma, pero no podía contenerse.

El conocer su posición en aquel sueño, le dio más seguridad. Sentía que estaba haciendo lo correcto. La atrajo un poco más hacia su cuerpo y comenzó a acariciar su cabello, aventurándose un poco más con ese beso.

Melrose puso las manos sobre el pecho de Alex, sin siquiera pensar en lo que estaba sucediendo. Solo quería que él la besara. Quizá estaba siendo una estúpida al permitirse besarla de esa forma. Tenía claro que aquello no podía durar para siempre. Lo comprobó, cuando el mismo Alex fue quien se apartó.

—Melrose... —pronunció sosteniendo su rostro—. No me importa lo

que digas... no me voy a rendir.

## Capítulo 13

La semana veintiocho del embarazo de Melrose se inició de forma normal. Estaba muy contenta, a pesar de su abultado vientre, su figura estaba casi intacta, así como también su buen humor. Y es que, le era casi imposible sentirse de otra forma, ya que contaba con alguien que se encargaba de alegrar todos sus días.

Alex.

Después de aquel beso, exactamente cuatro semanas atrás, el tema de su propuesta y todo eso no había vuelto a tocarse. Su relación marchaba de una manera bastante amistosa, lo que significaba un gran apoyo para ella, aunque tenía claro que eso no podía durar para siempre.

Estar con él la llenaba de una energía que de no haber tenido, hubiera llevado mucho peor el embarazo. Sabía que con probabilidad esa relación no era muy beneficiosa, pero ni siquiera podía pensar en prescindir de su compañía. Estaba en una etapa en la que necesitaba apoyo constante y parecía ser el único capaz de brindárselo.

Y aunque tenía claro que Alex no debía asumir la responsabilidad de Jeff. Sentía que en su relación actual, no lo estaba presionando de ninguna forma para ello. Sólo eran dos amigos, con un fuerte pasado en común que disfrutaban del tiempo juntos.

Tomó todo lo necesario y lo metió en su cartera. Se dio una última mirada en el espejo y después de retocar su maquillaje salió.

Su día ya estaba completamente planificado. Allie pasaría a buscarla después de almuerzo para ir a la clínica.

Era la cesárea de Jenny.

Por supuesto que estaba muy feliz por ella, pero también le preocupaba lo que pudiese sentir al estar inmersa en esa situación. Jenny estaría rodeada de toda su familia y amigos. Mejor dicho, el bebé estaría rodeado de todas

esas personas para verlo.

No podía evitar preguntarse si sucedería lo mismo con su hija. De pronto, sintió que ellas no eran tan importantes como para recibir toda esa atención y aquello la hizo sentir terrible. Era como si ella y su bebé debiesen mantenerse en las sombras, al no haber sido aceptadas por Jeff. No se sentía digna de recibir atención.

¿Acaso se sentiría de esa forma toda su vida?

Apartó aquellos pensamientos de inmediato y se dirigió hasta la tienda. Era el día de Jenny. No podía estar pensando de esa forma tan pesimista ahora que nacería el hijo de una de sus amigas. Era momento de estar alegre. Un nacimiento siempre era motivo de felicidad y esta no sería la excepción. No dejaría que sus miedos la atormentaran y le impidiesen compartirlo con Jenny.

Pero aquellos pensamientos no se apartaron de ella. Continuaba sintiéndose miserable aun cuando ya estaba con Allie, en la habitación de Jenny.

—¿Te sientes bien? —preguntó Allie de forma sobreprotectora mientras tocaba la frente de Jenny.

—Nunca me he sentido mejor —dijo la rubia muy bien acomodada en su cama. Era increíble que su actitud no se perdiera aun cuando estaba a punto de tener un bebé.

—¿Y Steve? —preguntó Melrose intentando volcar su atención en Jenny y en la situación.

—Está en una reunión con... Jeff —dudó unos momentos—. Pero vendrá pronto.

Melrose se acomodó en un sillón frente a la cama de Jenny. Ya había tenido demasiado por ese día como para seguir inmune. Escuchar el nombre de Jeff hizo que se sintiera enferma. Estaba exhausta, física y mentalmente.

Se quedó observando todo lo que sucedía a su alrededor. Era como si estuviese viendo una película de la cual conocía el final a la perfección.

Al cabo de unos minutos, la habitación parecía repleta. Jenny tenía demasiados amigos. Algunos le eran familiares y estaba segura de que muchos la reconocían. Recordaba haberlos visto en más de una fiesta en casa de su amiga. Todos la miraban como intentando relacionar su rostro. Tuvo que aguantar que muchos le preguntaran por Jeff, lo que terminó haciéndola sentir mucho peor que antes.

¿Era el día de recordarle lo miserable se sentía?

Cuando por fin se llevaron a Jenny para la operación, decidió abandonar la sala tomando un rumbo desconocido entre los pasillos. Ni siquiera le hizo caso a Allie que intentó detenerla. Necesitaba estar sola unos minutos.

Sin percatarse de cómo, llegó hasta zona de maternidad, los bebés dormían, lloraban, o simplemente jugaban con sus deditos. Se acercó al cristal para observarlos mejor, mientras que se acariciaba el vientre, preguntándose cómo sería su hija. Tenía muchas ganas de tenerla entre sus brazos.

Con cada pequeño movimiento proveniente de su vientre, deseaba que llegara ya la fecha del parto, pero a su vez, estaba aterrada. Una incertidumbre la abordaba cada vez que imaginaba ese día.

Y ahora se sentía más vulnerable que nunca.

El momento del nacimiento de su hija le provocaba un gran temor. No por los cambios físicos que pudiese experimentar, sino porque estaba comenzando a asumir que estaría sola. Ese sueño que tuvo con Alex, sin duda, era imposible que se hiciera realidad. No era justo para nadie el aceptar esa propuesta.

No estaba dispuesta a otorgarle a Alex aquella responsabilidad que no tenía nada que ver con él, ni mucho menos planeaba someter a su hija a un posible fallo en la relación. Pero tampoco podía evitar sentirse sola.

Por supuesto que una parte de ella se alegraba por Jenny, pero al mismo tiempo se sentía demasiado minúscula al ver a toda esa gente reunida, ansiosa por el nacimiento del bebé de su amiga. En el fondo, temía que el nacimiento de su hija no fuera igual de concurrido. Tenía claro que no sería de esa forma. Tampoco es que aspirara a una gran celebración, pero se estaba enfrentando a la idea de que su vida sería casi en las sombras...

No se arrepentía en absoluto de haber terminado con Jeff. Pero era como si desde ese punto, su vida hubiese cambiado de forma drástica. Sabía que Jenny no aprobaba su negativa hacia él, ni su rechazo al dinero que le estaba ofreciendo. Pero, ¿qué se supone que debía hacer? ¿Aceptar el dinero y su apellido?

«No» Eso la condenaría aún más a estar en las sombras.

Podía incluso imaginar el tipo de vida que la aguardaría de aceptar las “generosas” ofertas de Jeff. Sería una mujer condenada al olvido. De esas que tienen hijos con personas importantes, pero que no son dignas de su compañía, ni de su atención y que sólo obtienen su dinero.

Ella no quería eso. Quería mucho más.

De pronto, se percató de que no estaba sola. Un joven padre se había acercado hasta el vidrio para observar a su recién nacido. La emoción que denotaba su rostro mientras contemplaba al pequeño, logró afectarla de sobremanera. Él no quitaba sus ojos del bebé, quien parecía tener mucho de su padre.

Los observó a ambos y una opresión se apoderó de su pecho.

« *¿Qué es un verdadero padre?* »

Jeff se rehusó a la idea incluso antes de conocer a su hija, mientras que este hombre observaba a su pequeño como si fuese el ser más maravilloso de la tierra. Y sí que lo era.

¿Qué los diferenciaba tanto?

De inmediato, Alex apareció en su mente. Él sin tener ningún vínculo sanguíneo con su hija, se había ofrecido a formar una familia con ella. Alex parecía ser como este hombre desconocido. Un hombre que se desviviría por sus hijos. Alguien que estaría dispuesto a todo tan sólo con verlos sonreír.

¿Acaso Alex miraría a su hija con la misma emoción con la que ese padre observaba a su bebé?

¿Él podría llegar a amar a su hija tanto como un padre lo haría?

Ni siquiera sabía por qué estaba pensando en Alex en un momento como ese. Se sentía demasiado confundida con respecto a todo y lo peor es que no podía calmarse.

## Capítulo 14

Alex marcó el número de Melrose.

Estaba en su apartamento revisando lo que diría al día siguiente en clase y comenzó a preguntarse si todo estaba bien con ella y la cesárea de su amiga. Esperó de forma paciente, mientras observaba por la ventana.

Cuando ya preocupado había comenzado a analizar las posibilidades, Melrose contestó.

—¡Dios Mel! ¿Qué sucedió? —quizá se saltó algunos pasos y aquella no era la mejor forma para comenzar a hablar con alguien por teléfono, pero es que el tono de Melrose logró preocuparlo.

—No me siento muy bien... —respondió.

—Dime, ¿qué ha sucedido? —le rogó.

—Supongo que me ha afectado estar aquí con Jenny... —dudó unos segundos—. Ha venido mucha gente para ver a su hijo... Estoy segura de que a mi hija no le sucederá lo mismo —dijo de forma sincera mientras lloraba. No podía mentirle a Alex. Ni siquiera tenía intención de intentarlo.

—Mel... —odiaba que tuviera que enfrentar ese tipo de situación. Ella estaba más vulnerable que nunca y lo peor de todo es que sentía que no podía hacer nada para apoyarla. Se apartó de la ventana y se acercó hasta la puerta—. ¿En qué clínica estás?

Después de que Melrose le diera la dirección, le ordenó que se quedara en ese mismo lugar. No podía dejarla sola. Y aunque no estaba seguro de cómo podría consolarla, decidió no pensar demasiado e ir a buscarla. No quería que pasara por ese tipo de situación. No era bueno para ella.

La distancia entre su apartamento y aquella clínica, le pareció durar una eternidad. El conductor del taxi le explicó que al ser un lugar bastante exclusivo de la ciudad, era probable que les tomara un poco más de tiempo



llegar. Se cruzó de brazos impaciente y comenzó a mirar por la ventana. Era como si de pronto hubiesen aparecido mil automóviles que marchaban en la misma dirección.

El tono de Melrose lo había preocupado.

¿Qué debía decirle? Era obvio que no contar con el padre biológico de su hija, estaba afectándola mucho más que antes. Por más que Melrose intentara no pensar en aquella situación, era algo que estaba ahí, de forma constante.

Y ahora todo había salido a flote al estar en el hospital con su amiga. Era obvio que se sentía rechazada casi por todo el mundo.

Mientras le pedía al conductor que buscara una ruta alternativa para llegar más rápido, no podía dejar de pensar en el bastardo que abandonó a Melrose.

Cuando por fin llegó a la clínica, entró todo lo rápido que le permitieron sus piernas y preguntó de inmediato por el área de maternidad. Estaba ubicada en el quinto piso. ¿Para qué poner el lugar tan lejos? El trayecto en el ascensor, sólo logró incrementar su desesperación.

Al detenerse en el quinto piso, corrió por los pasillos hasta que divisó a Melrose apoyada en el vidrio, frente a los recién nacidos. Se quedó perplejo observándola unos segundos. Se veía tan frágil.

¿Qué estaba pasando por su mente? Como deseaba poder borrar todo ese sufrimiento...

—¡Mel! —exclamó al mismo tiempo en que ella se giraba para mirarlo. Sus ojos evidenciaban lo mucho que había llorado. Se acercó a paso firme y la abrazó con fuerza. No tardó en sentir como ella se estremecía entre sus brazos mientras volvía a llorar.

Esas no eran simples lágrimas, era el llanto de una mujer desesperada que, de pronto, echó un vistazo a la realidad que había escogido.

Alex acarició su espalda intentando reconfortarla. Tenía claro que cualquier palabra que dijera, no calmaría en nada su dolor. Lo mejor era dejar que llorara, hasta que sintiera que era el momento de detenerse. De pronto, se percató de que Allie venía caminando hacia él muy sorprendida. Le sonrió ligeramente y con un pequeño gesto le pidió que no se acercara. Estaba seguro de que Melrose no necesitaba escuchar nada más por hoy.

Observó a la ginecóloga retroceder un tanto confundida.

—Mel, vamos a casa —le dijo cuándo percibió que las lágrimas ya habían cesado.

Melrose le observó a pesar de que las lágrimas aún inundaban sus ojos. ¿Cómo era posible que la tratara de esa forma tan dulce? No comprendía por qué la vida le había traído a ese hombre. No se sentía merecedora de su atención. Mucho menos de su amor. Sin pensarlo demasiado, se dejó guiar por él. Incluso durante el trayecto en el taxi, no se apartó de Alex. Pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo, a través del abrazo que él no deshizo en ningún momento. Decidió que estaba bien por ahora el dejar que la sostuviera. No se sentía capaz de soportar siquiera el peso de su propio cuerpo. Se sentía débil. Realmente necesitaba sentir ese apoyo y estaba haciéndose a la idea de que Alex era el único que podría brindárselo.

Cuando él se separó para pagarle al conductor, el cuerpo de Melrose comenzó a extrañarlo. Aquello se sentía doloroso. Fue como recordar de forma fugaz, ese momento diez años atrás, en el que se dio cuenta de que él no estaría nunca más junto a ella. Por suerte, no pasó mucho tiempo hasta que él volvió a rodearla con sus brazos.

Al entrar en la casa y encender las luces, él le preguntó si quería comer algo o si prefería acostarse un momento. No se percató siquiera de que el sol ya se había escondido hacía un par de horas. Se sentía perdida en algún lugar en el que estaba muy sola, pero aun así, las atenciones de Alex le parecían demasiado. Casi algo irreal.

—Alex, lo lamento —se disculpó.

—Mel, descuida —dijo intentando tranquilizarla. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sillón—. ¿Y? ¿Quieres comer o prefieres descansar un momento? —la observó— Si quieres, sólo si quieres, puedes... puedes hablar conmigo con respecto a lo que te está molestando. Sólo si quieres —repitió.

—Alex no te preocupes —dijo haciendo un gesto con las manos. Definitivamente no quería hablar, no sabía hasta dónde podría llevarla el hablar de lo que la estaba perturbando. Tenía miedo de exteriorizar lo que le sucedió en la clínica.

Aunque, ¿cómo evitarlo? Sentía que las palabras le quemaban en su garganta, esperando ansiosas por salir. Se cubrió el rostro en un intento desesperado porque Alex no notara lo afectada que estaba. Sin calcular que eso lo preocuparía aún más

—Mel... —se acercó.

—Alex, quisiera descansar un momento —dijo con un hilo de voz. Definitivamente iba a llorar.

No, ya estaba llorando.

—Mel, por favor —intentó abrazarla pero ella se resistió al principio, aunque terminó cediendo. Sintió como hundía el rostro en su pecho.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que pasar por esto? ¡Así no es como se supone que tenían que pasar las cosas! —exclamó mientras las lágrimas salían sin control—. Yo quería una familia. ¡Yo quería casarme! Quería darle a mi hija todo lo que en algún momento no pude tener —dijo mientras su voz se apagaba lentamente hundida en el pecho de Alex.

—Melrose... —susurró besando su cabello en un intento desesperado por calmarla.

—Yo sólo... yo sólo quería tener una familia feliz —dijo sollozando.

—Melrose, por favor cálmate, ¿sí? —le dijo en un tono dulce mientras tomaba su rostro para mirarla. Sus ojos estaban rojos. Parecía una niña indefensa—, Esto no le hace bien al bebé, tienes que descansar —le besó la frente y secó sus lágrimas—. Ahora, ve a la habitación. Yo te llevaré un té.

—Pero no sabes dónde están las cosas... —dijo limpiándose la cara.

—Me las ingeniaré —dijo sonriendo ligeramente mientras la enviaba hasta su habitación. Era increíble que ella se preocupara por un detalle como ese.

Una vez que la observó entrar en su habitación, se acercó hasta la cocina. No le tomó mucho tiempo encontrar lo que necesitaba para preparar un té. Puso a calentar el agua y se quedó observando por la pequeña ventana que daba hasta el patio trasero de la casa. De pronto comprendió que los deseos de Melrose por formar una familia iban mucho más allá. Esa casa lo demostraba.

En su primera visita nunca se percató de aquello, pero ahora su mente había conectado los puntos. Melrose debió comprar esa casa pensando en el futuro. En un futuro que en su momento imaginó con ese hombre que acabó abandonándola.

En esa casa podrían vivir fácilmente cuatro personas.

«*Una familia*»

Llegar a esa conclusión no era fácil para él. Le dolía imaginar a la mujer que amaba planeando su vida con otro hombre. Pero sentía que lo que estaba haciendo por ella, era suficiente por ahora. En estas cuatro semanas no había sacado a relucir el tema, sabiendo que sus ganas de protegerla estaban

incrementadas al doble o quizá al triple. Aquello sólo los acabaría dañando y no quería sumar una nueva preocupación a la cabeza de Melrose.

Imaginó las emociones que ella pudo haber experimentado al estar en esa clínica, viendo como todas esas personas se reunían por ese bebé. Por supuesto que él no tenía la culpa. Nadie era culpable. Tampoco es que se sintiera tan negativo con respecto al nacimiento de la hija de Melrose. Estaba seguro de que sería un acontecimiento muy importante. ¿Por qué ella no podía sentirlo de la misma forma? ¿Era por ese hombre que se negó a aceptarlas? Lo peor es que en cierta forma entendía que ella necesitara el apoyo del padre biológico del bebé. Necesitaba que él le dijera que todo estaba bien. Pero le parecía impensable que ese momento fuese a llegar.

No podía quitarse de la mente, que la solución estaba más cerca de lo que ella imaginaba.

«*Está justo aquí, preparándote una taza de té*» pensó al mismo tiempo en el que el agua hirvió.

Caminó lentamente hasta la habitación de Melrose.

La cama de madera estaba ubicada justo en el centro. El tono pistacho de la pared, le daba un ambiente muy alegre a todo el lugar, lo que sin duda se contraponía a la expresión en el rostro de Melrose. Estaba recostada en el lado derecho de la cama, cubierta con una pequeña manta, pero de cierta forma algo en su rostro, hizo que se sintiera un poco inquieto. Era como si dentro de ella no hubiese nada. Su mirada estaba perdida en algún punto, en el que él se sentía incapaz de llegar. ¿Cómo podía ayudarla así? Le ofreció el té y se sentó junto a ella en una pequeña silla de madera, al mismo tiempo en el que acomodaba mejor la manta para cubrirle los pies.

—Te sentirás mejor tras beber ese té y dormir un poco —dijo Alex señalando la taza.

—¿Te irás? —preguntó preocupada.

—Por supuesto que no —respondió de inmediato—. No me iré hasta que te sientas mejor. Puedo dormir en esta silla, es muy cómoda —dijo intentando recostarse en vano.

Melrose sonrió al observarlo. Luego, bajó la mirada hasta la taza de té que él le preparó. ¿Cómo era posible que fuese tan bueno con ella? La palabra demasiado estaba clavada en su mente. No se sentía merecedora de todo aquello que él le demostraba día a día.

—Alex... —dejó la taza en la mesa de noche y puso su mano sobre la de él—. Lamento hacerte pasar por todo esto. No deberías estar aquí

acompañando a una embarazada con un simple ataque hormonal —dijo intentando quitarle peso al asunto, aunque sabía que su reacción iba mucho más allá de las hormonas. Lo que estaba sintiendo, era la manifestación de aquellos sentimientos que habían estado agobiándola los últimos meses. Ese terror que tenía de no hacer las cosas bien. De no tomar la decisión correcta.

—Quiero acompañarte —pronunció muy seguro mientras acariciaba la mano de Melrose—. No tienes que disculparte.

—Pero...

—Mel, ya te lo dije. Ahora quiero que te tomes esto —dijo entregándole la taza—. Después dormirás un poco —aquello le sonó demasiado autoritario, pero estaba seguro de que era la única forma para que ella accediera a descansar.

—Creo que esto no se me pasará durmiendo —murmuró mientras tomaba un sorbo del té.

—¿Quieres hablar? —preguntó. Realmente quería saber lo que pasaba por su mente. Aunque entendía que el tema no era demasiado agradable para ella. Lo cierto, es que sospechaba que todo tenía que ver con el padre biológico y ese no era su tema favorito.

—Fueron esos bebés —comenzó—. Me quedé observándolos y... de pronto apareció un joven padre a ver a su hijo —pronunció mientras reprimía un sollozo—. No quiero sentirme así, pero no puedo evitarlo. Luego apareció Allie para decirme que el bebé de Jenny ya había nacido y pensé que por más que quisiera darle todo a mi hija... siempre faltaría algo —de pronto recordó la visita de Jeff, y lo horrible que se sintió al verlo sacar su talonario, casi intentando comprarla—. Tampoco es que quiera aceptar lo que el padre de mi hija ofrece...

—Mel... —se sentó junto a ella en la cama y la abrazó con fuerza.

—No sólo necesitamos dinero —dijo llorando mientras hundía el rostro en el pecho de Alex.

Para él, esas palabras significaron un dolor muy grande. Quizá porque ella continuaba ignorando su oferta que iba mucho más allá del dinero. ¿Acaso no era digno de velar por ambas?

—Yo quería una familia. Quería que cuando me quedara embarazada, eso fuese motivo de alegría. Nunca imaginé que tendría que pasar por esto —dijo aferrada a él. Se sentía pésimo—. ¡Pero a él ni siquiera le importó! Ni siquiera se conmovió con la noticia. ¿Qué esperaba? —de pronto todo se

volvió negro en su mente. No se sentía capaz de soportar el peso que había recaído en sus hombros.

—Mel —ya no podía quedarse en silencio. Tomó su rostro para que ella lo mirara a pesar de las lágrimas—. Entiendo lo que estás sintiendo, pero no estás sola —suspiró—. Sé que lo que sucedió con él era lo último que esperabas, pero... sucedió. Ahora tienes que seguir hacia adelante por ella. Tu hija es lo más importante ahora. Y no estarás sola... lo prometo.

—Esperaba que él cambiase de opinión. Pensé que me amaba —sollozó—. Y aunque no me duele tanto el haber terminado con él, siento que no es justo para ella... —dijo acariciando su vientre, mientras nuevas lágrimas la invadían—. En el fondo envidio un poco a Jenny y a su familia —se encogió de hombros—. Lo correcto es compartir todos los pequeños cambios del bebé con su padre. Soy una estúpida —se cubrió el rostro—. Estoy llorando por un hombre que incluso fue capaz de sugerir un aborto y que me ofreció dinero. Mientras que tú... estás aquí —levantó la vista para observarlo y aquello sólo hizo que sintiera aún más ganas de llorar.

Alex acercó el rostro y rozó sus labios. Quería besarla, consolarla de la única forma que se le ocurría, pero se contuvo. Apoyó su frente en la de Melrose y cerró los ojos por unos momentos.

—Si quieres llorar, hazlo Mel.

—Alex... —murmuró jugando con uno de los botones de su camisa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Te amo.

—Yo también te amo Mel —besó su rostro y la atrajo aún más hacia sí, acariciando su espalda para reconfortarla de alguna forma.

Permaneció abrazándola toda la noche y cerca de la madrugada, cuando por fin Melrose se quedó dormida, él se quedó observándola. Queriendo cuidar incluso su sueño.

La situación era difícil.

El padre del bebé dejó un vacío en Mel que quizá él nunca podría llenar. Por más que se amaran, existía un lazo entre ella y ese desconocido que él no podría romper.

¿Cómo demostrarle que nunca la abandonaría?

## Capítulo 15

—¿Estás seguro de que leíste bien las instrucciones? —dijo Melrose tomando el papel que explicaba cómo montar la cuna.

Ya había comprado todo lo necesario para el nacimiento del bebé, era momento de poner las cosas en orden. Ya comenzaba su semana veintiocho y no quería dejar todo para el final. Alex había tomado uno de sus días libres para ayudarla. Aunque claro, él estaba haciendo la mayor parte del trabajo. Cosa que no parecía molestarle.

—¡Mel por favor! Yo me he enfrentado a cosas más complicadas que esto, sé cómo armar una cuna —dijo Alex sonriendo—. Además, esas cosas nunca se explican nada bien. Sólo necesitas tener todas las partes reunidas.

—Espero que tengas razón y que quede bien montada. No quiero que mi hija se caiga por tu culpa —dijo riendo mientras acomodaba la ropa de la niña en un pequeño mueble.

—No se caerá. Le construiré la cuna más firme de todas —dijo muy seguro. Reunió todas las partes y comenzó su labor. La verdad es que sí había leído las instrucciones y ya sabía perfectamente cómo se montaba. Sólo quería molestar a Melrose. Tomó las primeras partes y las unió tal y como decían las indicaciones, para luego continuar con el resto.

Melrose terminó de colocar la ropa y observó a Alex. Si las últimas semanas su compañía se había vuelto una costumbre, ahora simplemente le era tan necesario como respirar. Desde que la salvó el día de la cesárea de Jenny, algo había cambiado en su interior.

El haberle dicho que lo amaba hizo que se sintiera de pronto mucho más liviana. Aunque claro, como ocurría de forma frecuente entre ellos, el asunto había muerto ese día y luego todo marchó como si nada hubiese sucedido.

Ahora, él estaba ahí muy concentrado montando la cuna, casi como si fuera el padre. Con lo preocupado que estaba por ella y el bebé, Melrose temía que estuviese descuidando otras cosas, pero sabía que aquello no era discutible para él.

Se percató de que sonreía con cada parte que lograba armar de la cuna que en un par de meses, ocuparía la pequeña. Se tocó el vientre. Él parecía el padre.

La idea recorrió su cuerpo en forma de escalofrío. ¿Acaso sería tan malo el aceptar su propuesta? ¿Era desconsiderado por su parte someterlo a esa responsabilidad? ¿Qué pensaría su hija al enterarse de que él no era su verdadero padre? ¿Acaso un día él acabaría arrepintiéndose?

De pronto comenzó a imaginar el día en el que él le recriminaría aquella decisión. Incluso podría ver a su hija sufriendo con la cruel verdad de que su padre biológico simplemente se desentendió de ella y de que Alex no era más que un desconocido.

Eran demasiadas cosas las que la hacían dudar, pero no podía mentir. En esos días realmente la idea había comenzado a parecerle muy tentadora. Lo amaba. Y el compartir esas pequeñas cosas con él, hacían que sintiera correcto el estar juntos.

¿Qué sería lo mejor? ¿Cuál sería la mejor decisión para ambos? ¿Era sano el continuar con esa amistad? ¿Debía pedirle que se apartara?

De pronto, comenzó a sentirse mareada.

—Alex...

—¿Eh? —preguntó concentrado.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿Qué estamos haciendo? —repitió sin quitar la vista de la cuna que ya comenzaba a tomar forma—. ¿A qué te refieres? —preguntó confundido.

—¿Por qué eres así de amable conmigo? ¿Por qué a pesar de todo sigues aquí? —le preguntó afectada.

Alex se volteó a mirarla y se percató de que el tono afectado de su voz iba directamente relacionado a la expresión en su rostro. Se puso de pie y se acercó para intentar calmarla. Tocó su cabello y le sonrió.

—¿Qué sucede Mel? ¿Por qué me preguntas esto ahora?

—¿Porque necesito saberlo! —exclamó—. No podemos seguir con esto. ¿En qué terminaremos? —se apartó de él y caminó hasta donde estaba la cuna a medio armar—. ¡Esto! ¿Por qué estamos jugando a la pareja feliz?



¿Hasta cuándo harás el papel del padre?

—¿Jugando? —preguntó confundido. Él no estaba jugando.

—Tienes que volver a tu vida Alex —pronunció saboreando las lágrimas.

—Mel —se acercó e intentó abrazarla, pero ella se rehusó.

—Tienes que volver a tu vida y yo tengo que comenzar a asumir la decisión que tomé cuando él decidió no estar con nosotras. ¡No puedes estar aquí para siempre! —exclamó al mismo tiempo en que sus lágrimas se desbordaban por completo.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí para siempre? —se pasó la mano por el rostro—. ¿Todavía no lo entiendes? No me voy a rendir Mel, te lo dije. No mentí cuando te ofrecí una relación y créeme que no lo hago por caridad o porque un día desperté y pensé en “sacrificarme” por ti. Mel, yo te amo, ¿es tan difícil de entender? —le preguntó de forma seria.

—No quiero interferir en tu vida —dijo mirando al suelo. Por supuesto que el escucharlo decir una vez más que la amaba, provocaba que mil emociones recorrieran su cuerpo. No podía simplemente lanzarse a sus brazos, no podía hacerle eso. Necesitaba ser fuerte por el futuro de ambos. Él merecía tener hijos propios y no hacerse cargo de un bebé que no le correspondía. Con él tiempo, aprenderían a vivir sin el otro. Ya lo habían hecho antes.

—¿Y en qué se supone que estás interfiriendo? —preguntó un tanto molesto—. Estoy haciendo mi trabajo y tomo mis propias decisiones. Pero quiero una vida contigo —se acercó y tomó su rostro—. Ya te perdí una vez y no dejaré que eso ocurra de nuevo. Sé que quizá te sientes insegura porque la niña no es mía, pero eso no importa. Sé qué haremos que funcione. ¿Acaso no lo crees posible?

—Lo que yo crea no importa —apartó las manos de Alex. No comprendía como él era capaz de decir esas cosas. No tenía consideración por el futuro, y los cambios que podría enfrentar—. ¿Por qué estás tan seguro de que funcionará? —le preguntó murmurando—. ¿Has pensado en lo que sucederá si te arrepientes? ¿Qué le diré a mi hija? ¿Cómo podrá afrontar el que tú no seas su verdadero padre?

—Mel... —suspiró—. Cada vez que voy a la cama, noche tras noche, no dejo de pensar en lo maravilloso que fue encontrarte. Cada mañana al despertar, eres mi primer pensamiento. Y eso ha sido así... siempre —confesó—. Cuando estaba solo en Egipto, no hice otra cosa más que pensar

en ti. Me oculté bajo una personalidad muy diferente a la que conoces... —dijo dándole la espalda—. Me volví distante con las personas, pero cada noche... leía esa carta que me dejaste —se volteó. Melrose estaba mirando sus manos—. Puede ser que no haya nada mío en esa niña, quizá no estuve contigo desde el principio, pero si me das la oportunidad... Mel, ni siquiera recordarás que la niña no tiene mi sangre. Nos merecemos una segunda oportunidad y esa pequeña es un regalo. Nunca la dejaré sola. Os quiero dar a ambas el hogar y la vida que os merecéis.

—No puedo. Mereces algo mejor que esto —dijo haciendo un gesto con la mano.

—Deja de pensar en todo como una carga. Tu hija no es una carga ni una excusa para no ser feliz. ¿Para qué negarse si ambas podéis ser felices? Conmigo Mel...

Melrose le miró y pudo leer la determinación en sus ojos. A pesar de todo lo que ella le podría haber dicho, su argumento le hizo recapacitar y pensar si realmente era tan malo aceptarle como pareja, otorgándole así el cargo de padre. Casi lo había aceptado. Pero su mente era muy traicionera y cada vez que pensaba sobre el tema se le ocurrían nuevas incógnitas, que tan solo podría solucionarlas si le daba una oportunidad.

¿Sería capaz de hacerlo?

Antes de seguir pensando, Alex se había acercado hasta ella y la abrazó dejándola sin aliento. Pudo sentir como acariciaba su cabello y enterraba su rostro en él. Con suavidad él comenzó a acercarse hasta su rostro. Capturó sus labios en un beso intentando convencerla de que sólo existía verdad en sus palabras y que aquello no se convertiría en una falsa promesa.

Él estaba seguro de que esta vez las cosas funcionarían. ¿Qué importaba si el bebé no era suyo? Eso sólo era un detalle. Un regalo. Casi como una compensación por el bebé que no tuvieron hace diez años. Si el padre biológico se negó a aceptar a la niña, ¿por qué él también tenía que renunciar? ¿Acaso Melrose estaba proponiendo una vida en la que todos debían abandonarlas, sólo porque aquel hombre les dio la espalda?

Que motivo más injusto para esa niña que todavía no había llegado al mundo. ¿Para qué negarle la posibilidad que su padre no le otorgó?

Rodeó la cintura de Melrose con fuerza.

Ella sintió como los labios de Alex de pronto se volvieron más exigentes, aunque los suyos tampoco se quedaban atrás. Ya no estaba pensando. Subió

las manos y acarició su cuello. Se besaban como si no hubiera un mañana, como si no pudieran besarse de nuevo.

—Alex, esto no está bien —dijo separándose un poco.

—Ya no quiero pensar en lo que está bien o en lo que está mal —murmuró en un tono bajo, intercalando las palabras con pequeños besos. Comenzó a acariciarla sin inhibiciones. Simplemente estaba actuando, dejándose llevar por esa emoción que recorría su cuerpo, con cada fragmento que podía tocar de la piel de Melrose. Era como si de pronto, el deseo de poseerla se hubiese incrementado.

Haber terminado su relación con ella hace diez años, fue la cosa más dolorosa que tuvo que enfrentar, y ahora, el tenerla una vez más entre sus brazos, provocaba que sintiera esa necesidad de saber que le pertenecía y que ya nada los iba a separar.

Tenía claro que estaba pidiendo demasiado, pero quería estar con ella. Necesitaba demostrarle de una vez por todas cuánto la amaba y ella no parecía negarse a la idea.

—Alex, Alex... —pronunció Melrose con dificultad. Sus hormonas parecían desfilarse de un lado a otro, gritándole lo mucho que le deseaba, pero había algo—. Alex... estoy embarazada —dijo en un hilo de voz.

—Disculpa, no lo noté —dijo de forma irónica, bajando la mirada hasta el vientre de ella—. ¿Qué sucede? —se separó un poco pero sin deshacer el abrazo. Besó su frente con ternura y esperó hasta que le contara su preocupación.

—No sabes las ganas que tengo de estar contigo... —le había costado demasiado el dejar salir esa frase. Pero estaba siendo honesta—. No podemos hacerlo. Mi cuerpo no es el mismo desde la última vez. Han pasado diez años... —le dijo convencida.

Alex la observó. No veía nada diferente en ella. Su cabello largo continuaba teniendo la misma tonalidad chocolate que recordaba. Sus ojos seguían brillando con esa intensidad que adoraba. No parecía ver nada que le impidiera desear estar con ella. Por el contrario, estaba seguro de que la necesitaba más que nunca.

—No veo a dónde se fueron esos diez años. Estás incluso más hermosa que antes —la besó.

—Esto cambió —dijo tomando la mano de Alex para llevarla hasta su vientre.

—Nada malo sucederá. Lo prometo —le sonrió y sorprendido observó cómo era Melrose ahora quien se acercaba para besarlo.

Aquello sólo fue un acto reflejo para ella. No estaba pensando y ya no quería hacerlo. Creía en Alex y quizá esta era la prueba que necesitaba para confiarle su vida. De cierta forma, sentía que le pertenecía por completo. Esto sólo sería la confirmación.

Finalmente, después de diez años, volverían a estar juntos. No había nada más en qué pensar.

Sus manos comenzaron a hacerse más demandantes. Quería tocar cada fibra de Melrose. Por suerte, recordaba a la perfección los lugares en los que se sentía dueño de ella. Besó su cuello y luego acarició sus senos, que ahora habían aumentado su tamaño de forma considerable, preparándose para alimentar al bebé. Se disculpó con la pequeña de forma mental, al estar “jugando” con algo que le pertenecía sólo a ella, lo que lo hizo sonreír de forma ligera.

Estaba nervioso, pero dispuesto a demostrarle a Melrose que juntos serían capaces de sobrellevar todo lo que se propusieran.

—Será mejor que vayamos a la habitación —dijo Melrose nerviosa— Si va a... suceder, será mejor en la habitación.

Alex sintió que se perdería en ese mismo momento. La forma inocente en la que Mel habló, mezclada con el significado de sus palabras, hicieron que se sintiera mucho más ansioso.

Asintió, para luego dejar que lo guiara hasta la habitación.

Ya había estado ahí, pero en una situación muy diferente. La consoló mientras ella lloraba por no tener el apoyo de ese hombre. Ahí le había quedado claro que no estaba entre sus opciones el abandonarla. Él no sería como ese hombre. Quería estar con ella para siempre.

Se quedó de pie contemplando la habitación, mientras Melrose cerraba la puerta en silencio. Cuando ella volvió a su lado, la observó pasearse a su alrededor, tocando sus hombros y luego su espalda. Podía leer en sus ojos el nerviosismo, pero también era capaz de percibir otras emociones que lo hacían querer empezar de nuevo.

Se sorprendió cuando ella lo ayudó a quitarse la camiseta. Respiró profundamente y la abrazó hundiendo el rostro en su cuello.

—Estoy nervioso... —murmuró Alex.

—Yo también... —acarició su rostro y se quedó embobada mirando esos ojos verdes—. Han pasado diez años...

—Lo sé —la abrazó con fuerza. Temía despertar de ese maravilloso sueño. Que todo fuese una cruel ilusión de su mente y que en realidad estuviese solo, como tantas veces le había ocurrido antes.

— Pero no quiero pensar —sonrió nerviosa—. Sólo quiero... estar contigo.

Alex capturó sus labios, hambriento, mientras que recorría ese cuerpo, que había imaginado tantas veces los últimos diez años. ¿A quién quería engañar? Desde un principio supo que ella era la única mujer para él. Lo confirmó día a día y ahora necesitaba hacerla suya una vez más. Quería borrar todo lo que había sucedido mientras estuvieron separados, sólo grabando lo que estaban a punto de vivir.

Melrose sintió cómo la giraba, para besar su cuello. Cuando percibió que él bajaba la cremallera del vestido, comenzó a sentirse nerviosa. Aún más cuando dejó caer su preciado vestido azul. En su estado, no encontraba que su cuerpo fuese demasiado atractivo. No entendía cómo podía sentirse tan atraído hacia ella estando en ese estado.

Apartó el pensamiento de inmediato. Esto era algo entre ella y Alex. Lo necesitaba. Necesitaba estar con él y recordar esos momentos en los que su mente no estaba llena de tantas preocupaciones.

Habiéndose despojado del vestido, se volteó para mirar a Alex. Se sorprendió al percatarse de que la mirada de él no expresaba decepción al haber visto ya gran parte de su nuevo cuerpo. Por el contrario. Se sintió realmente deseada y eso la llenó de una confianza que había creído perdida.

—Eres preciosa —pronunció Alex para luego volver a besarla.

Debido a su vientre, estaba segura de que él no podría cubrirla con su cuerpo como lo hizo con anterioridad. De pronto, recuerdos de ese momento se intercalaron con el presente. Se había sentido horrible esa noche al darse cuenta de que esa sería la última vez que estaría con él. No podía imaginar que otro hombre la tocara. Eso pensaba en ese entonces. Pero luego, con el paso de los años, acabó cediendo a sus necesidades. No era ninguna opción esperar a alguien que se había marchado para no volver. Aunque ahora, sólo con sus besos y sus caricias, se estaba dando cuenta de que él era el único que le provocaba todas esas maravillosas emociones.

Alex la abrazó y con cuidado la fue atrayendo hacía sí, mientras se acomodaba en la cama. De esta forma, Melrose quedó sobre él. Observarla desde ese ángulo era asombroso. Sin duda, el embarazo le había hecho muy bien. Tocó con cuidado su vientre y sonrió maravillado ante tal milagro. No pudo evitar preguntarse si un día, Melrose llevaría un bebé suyo en el vientre. Aunque siendo sincero, no sentía a ese bebé tan ajeno como debería.

Melrose decidió que era el momento de seguir exponiéndose. Se quitó el sujetador con cuidado bajo la atenta mirada de Alex, que parecía haber estado esperando ese momento. Se acomodaron de frente para besarse, mientras se acariciaban de forma lenta.

Luego de unos minutos, cuando se despojaron de la ropa restante, Melrose comenzó a sentirse nerviosa. De pronto, pensó que quizá debería haberle consultado a Allie si estaba bien tener relaciones a esta altura del embarazo. Nunca le preguntó porque ni siquiera se le había pasado por la mente el estar con alguien mientras esperaba a su bebé. Pero ahora no era momento para pensar en eso. No quería imponerse excusas de último momento.

De forma muy ágil, él la ayudó a girarse, para después acomodarse tras ella. Así podría tener acceso a su cuerpo y no sería incomodo debido a su vientre. Levantó un poco su mano para acariciar el cabello de Alex, mientras que él ponía las manos en su cintura.

—¿Lista? —susurró Alex en el oído de Melrose.

—¿Tienes que preguntarlo? —sonrió.

—Quería estar seguro... —dijo besando su cuello.

—Tú ya estás listo, lo sé —pronunció con malicia para luego humedecerse los labios.

Alex rió. Acarició un poco más sus senos, y luego entró lentamente en ella. Melrose dejó escapar un pequeño gemido mientras se acostumbraba a la sensación. Era increíble que después de una década, estuviera ahí con él una vez más. Sentía tantas cosas que ni siquiera era capaz de expresarlas con palabras. De todas maneras, no era necesario. Ahora se estaban demostrando cuanto se amaban de una forma mucho más real. Siempre había sido así entre ellos.

¿Tan fuerte era el amor que se tenían?

No podía encontrar una respuesta lógica a lo que sucedía entre ambos. Habían pasado diez años, pero todo continuaba ahí, intacto. Cuando se

percató de que él aumentó el ritmo, pensó que ya estaría próximo a terminar. Pero no fue así. Disfrutó de la sensación unos momentos más, hasta que luego no pudo soportarlo más y se dejó llevar.

Alex continuó acariciándola. Era increíble el volver a estar juntos, esto sólo era una prueba más de cuánto la amaba. No concebía un futuro sin ella.

La sintió estremecerse una vez más y luego también se dejó ir.

Sin duda, la conexión que tenían iba más allá de cualquier lógica. Lo habían demostrado.

Melrose se apoyó en su pecho, mientras que este la rodeó con sus brazos. Antes de poder quedarse dormida tuvo que recapitular lo que había sucedido desde la noche en que volvieron a encontrarse. Una sensación de paz recorrió su cuerpo. Levantó un poco la vista y se percató de que Alex dormía profundamente. Se acomodó y lo abrazó con fuerza para sumirse en un tranquilo sueño.

## Capítulo 16

Alex despertó sobresaltado la mañana siguiente. Se sentó en la cama y observó a su alrededor. De pronto pensó que todo lo vivido había sido sólo producto de su cruel imaginación. Pero continuaba en aquella habitación de tono pistacho. Entonces no fue un sueño.

Miró a su lado y se percató de que Melrose dormía profundamente.

Se acomodó para observarla mejor. Cada detalle de su rostro y de su personalidad le encantaba, sabía que no se cansaría nunca de ella. Y que cada día que pudiera despertar junto a Mel, sería una maravillosa bendición.

Estar junto a ella era tan increíble, que temía no poder controlarse. No podía dejar de preguntarse cómo pudo sobrevivir todos esos años sin su compañía. Aquello había requerido mucho esfuerzo de su parte y ahora por fin parecía que esos días de soledad estaban por completo en el olvido.

Acercó su mano con cautela para acariciar su rostro. Sin calcular que ella despertaría.

—Lo siento, no quería despertarte —dijo de inmediato—. Buenos días... —sonrió.

—Buenos días... —dijo Melrose con la voz afectada por el sueño. Pero feliz que Alex estuviese ahí.

Aún no había asimilado todo lo que había ocurrido, aunque tampoco quería darle más vueltas. Había sido maravilloso. Acarició el cabello de Alex y le sonrió. Era increíble el observar esos hermosos ojos verdes al despertar. Estaba decidida a que el rostro de Alex fuese lo primero que viera cada mañana durante el resto de su vida. No podía negar lo que sentía por él. Y ahora estaba segura de que harían que esto funcionara.

—¿Estás despierto hace mucho rato? —preguntó Melrose acomodándose.



—No mucho —sonrió—. Desperté de golpe pensando que todo había sido un sueño...

—¿Un mal sueño? —preguntó Melrose bromeando.

—Por supuesto que no —dijo Alex atrayéndola hacia sí para repetir la experiencia de la noche anterior.

Alex observó el reloj que Melrose tenía en la pared frente a la cama.

Se habían quedado dormidos otra vez después de haber hecho el amor. Eran las once de la mañana y ya había perdido una de sus clases. Nunca le había sucedido, pero ni siquiera se sentía preocupado al respecto. Aún tenía tiempo para llegar a la siguiente.

Intentó incorporarse sin despertarla. De inmediato, empezó a extrañar su contacto. La observó unos momentos. Podía llamar a la universidad diciendo que no se sentía bien y pasar el resto del día con Mel. Aquella idea le parecía demasiado tentadora, pero tampoco quería descuidar su trabajo. Seguro que Mel no estaría de acuerdo con eso y no le permitiría ausentarse.

—¿Sucede algo? —preguntó Melrose estirándose.

—Creo que he perdido una de mis clases... —sonrió mientras se acomodaba el cabello.

—¡Oh! Si tienes que irte, está bien —besó la mejilla de Alex en señal de aprobación. No quería entorpecer su trabajo, por mucho que tuviese ganas de que ese momento durara para siempre. Sabía que sólo serían unas horas y que pronto él estaría de vuelta.

—Lo siento. Ya hablaremos durante la tarde —le prometió mientras acariciaba el rostro. No quería irse, pero tenía claro que no era una opción el faltar a su responsabilidad por muchas ganas que tuviera de quedarse ahí con ella. Se animó pensando que pronto estaría libre y podrían hablar acerca de lo sucedido.

Le dio un beso en la frente y se metió en el baño, para darse una ducha rápida.

Mientras el agua recorría su cuerpo, analizó lo que le esperaba. Tendría que pasar por su apartamento para cambiarse y recoger los apuntes inconclusos de la clase, que dejó sobre la mesa. Esas semanas habían sido una completa seguidilla de grandes emociones, que finalmente tuvieron su colofón la noche anterior. Se sentía tan feliz, que de pronto, los diez años que pasó alejado de ella, comenzaron a pesar mucho menos. Pensó que todo había

sido parte de una jugada muy bien planeada por un ente superior. Quizá hace diez años las cosas no hubiesen salido como ambos esperaban. Este era el momento. Estaba seguro de eso.

Una vez que Melrose se quedó sola en la habitación, decidió que lo mejor sería prepararle el desayuno mientras él estaba en la ducha. Ahora sentía que habían retomado su relación desde el punto en que la dejaron aquel día, hace diez años.

Ya ni siquiera le preocupaba demasiado que la niña no fuese suya, se sentía feliz y creía por completo en las palabras de Alex.

Esto resultaría. En su mente ya no podía pensar en lo contrario.

Se lavó cuidadosamente las manos y comenzó su labor. Por suerte contaba con todos los ingredientes necesarios para prepararle un desayuno completo. Preparó café, jugo de naranja, tostadas y luego lo colocó todo en la mesa. Puso otras frutas y mermeladas en el centro, por si a Alex ahora le gustara más variedad para desayunar y se sentó a esperarlo. Se sentía impaciente. Quería observar su sonrisa al ver la mesa lista. Se sentía bien al cuidar de él de esa manera.

De pronto, se escuchó una vibración proveniente del sillón. Se acercó y se dio cuenta de que era el móvil de Alex que estaba en un bolsillo de su chaqueta. La llamada terminó, para luego comenzar otra vez en cosa de segundos. Introdujo la mano en el bolsillo y extrajo el aparato con cautela. Quizás había algún problema en el trabajo y se requería la presencia de Alex. No contestaría, sólo quería saber si era de la universidad. En ese caso le avisaría de inmediato. No quería que él tuviese problemas por su culpa.

Miró la pantalla y se sorprendió al ver que había cinco llamadas perdidas. La última acababa de dejar de sonar y mientras permanecía mirando el aparato, llegó un mensaje. El remitente la hizo sentirse extraña.

Era Anna.

Aquella despampanante mujer que tenía un cargo superior al de Alex. La misma mujer con la que lo había visto durante su segundo encuentro en aquel restaurante. En un principio, esa fue una cena laboral y era obvio que él no estaba interesado en ella. Eso le había quedado claro hace un par de horas. Pero, ¿y si ella estaba interesada en él?

Por más que fuera su jefa, cinco llamadas y un mensaje, le parecía algo excesivo. Tampoco era tan tarde y pronto se iría a trabajar.

Sin pensarlo demasiado, abrió el mensaje.

*“Alex por favor. ¿Estás huyendo? Llámame.”*

Algo no le sonaba bien. No podía pensar bien de esa mujer. Cuando sintió que la puerta del baño se abría, dejó el aparato de inmediato en su lugar y se apresuró a entrar al baño mientras que Alex salía. Su cabello mojado logró perturbarla, pero no tenía tiempo para eso ahora. Se encerró en el baño bajo la atenta mirada de Alex y ahí intentó calmarse.

Se ató el cabello en una coleta, se lavó las manos, el rostro y salió. Alex estaba de pie en el comedor observando la mesa. Se volteó de inmediato a mirarla y le sonrió.

Harás que me vuelva un consentido —rió—. Nadie me preparó el desayuno de esta forma. Gracias —se acercó y depositó un beso en su frente. De inmediato la notó extraña. ¿Acaso ya se había arrepentido de todo? —. Mel, ¿qué sucede?

—Nada... —se apartó y le sirvió café.

—Mel... por favor. No me gusta que me ocultes cosas —dijo acercándose.

—Está bien... —murmuró—. ¿Qué hay entre tú y Anna? —le preguntó de forma directa. Aunque por la expresión en el rostro de Alex, se arrepintió en el acto de haberle preguntado de esa manera. No quería sonar como una mujer controladora, cuando ni siquiera habían hablado acerca de lo sucedido, ni de su relación.

—¿Anna? —preguntó. ¿Qué demonios tenía que ver Anna?

—Llamó cinco veces y te dejó un mensaje —dijo señalando su chaqueta.

—Mel, Anna es mi jefa —dijo girándose para buscar su móvil—, ¿Lo has abierto? —le preguntó.

—No quería hacerlo. De verdad, lo siento —dijo apenada—. Pero, lo cogí... pensé que era algo importante debido a la insistencia y luego no pude evitar mirar. Además estaba sin contraseña —explicó de forma sincera.

Alex buscó el mensaje que Anna le había enviado. Necesitaba ver con sus propios ojos lo que Melrose había leído. Ella no era una mujer celosa, al menos eso recordaba. Pero comprendía que Anna podía malinterpretarse con facilidad.

— Es sólo porque no fui a trabajar temprano...

—¿Estás seguro? —preguntó Melrose inquieta—. Quizás esa mujer te quiere para ella, no me parecería extraño que te hubiera contratado por ese motivo.

—Mel...

—Lo siento, por supuesto que tienes las habilidades necesarias para estar en ese puesto. No quería decir que no estuvieses capacitado —se excusó.

—Mel, Anna no es ese tipo de mujer. De verdad no tienes de qué preocuparte —se acercó para besarla.

—Nadie puede asegurármelo. No quiero que ninguna otra mujer se te acerque —dijo intentando sonar seria, para luego provocar la risa de ambos. Aunque claro, también había un poco de verdad en sus palabras. A ratos, consiguió sentirse un poco insegura. Ahora que había aceptado lo que les estaba sucediendo, temía que de pronto una tercera persona apareciera.

—No me acercaré a nadie más —dijo Alex muy convencido para después abrazarla.

Por supuesto que le parecía adorable que sintiera un poco de celos, es más, ni siquiera le molestaba el que hubiese revisado su móvil.

La preocupación de Melrose por Anna era una prueba de que estaba más comprometida con la relación de lo que demostraba. Eso lo dejó bastante satisfecho.

« *¿Relación?* »

Se rió de sí mismo al estar pensando en eso. Aunque lo sucedido la noche anterior no podía ser más que una prueba de que Mel lo aceptaba, todavía era necesario que aclararan unos puntos.

Acerca del padre del bebé por ejemplo...

## Capítulo 17

Melrose despidió a la clienta y se apresuró para revisar su móvil. Lo sintió vibrar mientras realizaba la venta. Sin duda, Alex sabía cómo hacerla sentir la mujer más importante del mundo. Tan cuidadoso con los detalles, logró mantenerla en las nubes durante esta última semana. Semana en la que no se habían separado en casi ningún momento. Lamentaba su ausencia cuando debía de ir a trabajar, aunque era consciente de que no podían pasarse juntos todas las horas del día.

Ya había pospuesto una cita con Allie, y otra que le debía a Jenny para conocer a su hijo. Sabía que debía ver a más gente pronto, pero por el momento solo quería enfocarse en Alex. Ya tendría tiempo de poner a sus amigas al tanto de lo que estaba sucediendo.

Pero, ¿qué estaba sucediendo?

Ya había pasado una semana desde aquel día en el que estuvieron juntos. Su relación todavía no tenía un nombre, pero parecían una feliz pareja que celebraba la próxima llegada de su primer bebé. Eso la tenía absolutamente tranquila. Él se preocupaba por ambas de una forma tan natural, como si hubiese estado ahí desde un principio.

Los días eran increíbles. Alex trabajaba durante las mañanas, luego pasaba a por ella a la tienda para almorzar. Todo estaba en armonía, mientras disfrutaban de la compañía del otro, como si estuviesen reconquistándose para luego comenzar a hablar de lo que sucedería a futuro.

Ella ya no podía concebir el estar sin Alex. Era increíble como después de tantas dudas, ahora tenía plena confianza en que todo saldría bien. El único miedo que le quedaba, era la influencia que terceros pudiesen ejercer. Su temor tenía nombre y era Anna. No se sentía cómoda con ella siendo la jefa de Alex. Sin embargo había decidido confiar en las palabras de él.

Se adelantó en cerrar la tienda, y en lugar de esperar a que Alex pasara

por ella para almorzar, decidió ser ella quien fuera a buscarlo. Quería sorprenderlo.

Una vez que llegó a la universidad todo le pareció distinto. El recorrer esos pasillos para encontrar el salón, en el que Alex estaría, la llenaba de una emoción indescriptible. Esas cosas simples completaban su vida. Era como estar reviviendo el pasado, sin la presión de que la relación estuviese condenada a terminar. Ahora él estaba ahí, dispuesto a compartir la vida entera con ella.

Se asomó por la pequeña ventanilla de la puerta, observó que Alex aún estaba dictando la clase. Miró su reloj, quedaban aproximadamente unos quince minutos para que saliera. Volcó su atención en él. Se veía muy seguro hablando y, aunque la puerta cerrada le impedía saber lo que estaba diciendo, constató por la cara de los alumnos, que se trataba de algo muy interesante. Y es que Alex tenía una gracia con las palabras que hacía que uno pudiese quedarse maravillado tan sólo escuchándolo. Sonrió. Quizás esa apreciación no tenía nada de objetividad, puesto que estaba refiriéndose al hombre con el que había ido a la cama día tras día, durante esa última semana.

Humedeció sus labios y siguió observándolo con atención. Pronto se percató de que Alex parecía capturar más la atención de las jóvenes estudiantes, que del grupo masculino. Y no las culpaba en absoluto. Sonrió agradecida de que por voluntad propia él hubiese decidido amarla a ella y no a otra.

—¿Buscando a Alex? —preguntó una voz femenina.

Melrose se volteó lentamente. Ya sabía de antemano de quién se trataba.

—Estoy esperándolo —respondió con la mayor seguridad que le fue posible. ¿Desde cuándo Anna le decía “Alex” de forma tan familiar? ¿Acaso no era el profesor Hawthorne? Aquella mujer realmente lograba molestarla. Pero Alex le había dejado claro que sólo era su jefa, pero nadie le aseguraba que ella no sintiera nada por él. Se cruzó de brazos y continuó observando a Alex, intentando que Anna comprendiera que no estaba interesada en iniciar ningún tipo de conversación.

—Alex tardará en salir, en su estado lo mejor sería que lo esperase sentada —dijo Anna señalando unos asientos junto a la puerta.

—Gracias, pero estoy bien aquí —sonrió. Aunque aquella sonrisa era la más fingida de toda su vida. ¿Qué quería esa mujer? ¿Acaso le molestaba que estuviese esperando a Alex? Observó cómo se alejaba sigilosa, de la misma

forma en la que se había acercado. No le gustaba para nada. Anna no le simpatizaba en absoluto.

Pero antes de que pudiera seguir desplegando todos sus negativos pensamientos acerca de la jefa de Alex, éste comenzó a despedirse de los alumnos. Se apartó de la puerta y se instaló en uno de los asientos que Anna le había señalado. Aguardó unos minutos y luego sin pensarlo demasiado entró en el salón.

—¡Mel! —exclamó Alex de inmediato al verla. Se acercó y le dio un pequeño beso.

Melrose se sonrojó un poco. El salón no estaba completamente vacío. Aún quedaban un par de alumnos, a los que sin duda, no les llamó la atención la escena.

—Iba a pasar por ti ahora —dijo Alex mientras comenzaba a guardar sus cosas, ignorando por completo el hecho de que no estaban solos.

—No había mucho movimiento en la tienda, así es que decidí pasar yo a por ti —pronunció con una pequeña sonrisa.

—¿Quieres comer en casa o prefieres ir a algún lugar? —le consultó Alex.

—¿Qué opinas si...? —sonrió—. ¿Qué opinas si comemos algo en la cafetería de la universidad?

—Me encantaría —dijo Alex riendo. Sin duda, aquello le traería muchos recuerdos. Aun cuando la cafetería había cambiado considerablemente, seguía siendo un lugar importante para ambos. Ahí habían pasado mucho tiempo conversando y eso era justo lo que querían hacer ahora.

Alex tomó sus cosas, pero antes de que pudiera marcharse, una alumna lo detuvo.

—¡Profesor! —exclamó la chica acercándose fascinada, al mismo en que le dedicaba una mirada llena de respeto.

—¿Qué sucede Sarah? —preguntó Alex.

—Olvidé entregarle el informe al inicio de la clase. ¿Puedo entregárselo ahora? —dijo la chica nerviosa mientras se lo extendía.

Alex tomó el documento bajo la atenta mirada de Melrose. Quién se preguntaba qué respondería él ante tal ruego. Era innegable que la chica se sentía muy atraída hacía él, como muchas de las jóvenes en la clase, no las

culpaba. Era como verse a sí misma hace muchos años. Observó a Alex y le dedicó una amplia sonrisa.

—Se supone que debías entregarlo al inicio de la clase... —dijo Alex en tono serio revisando el informe.

—¡Profesor, por favor! —le rogó la joven. Luego dio una mirada a Melrose—. No planea dejar a su esposa esperando, ¿verdad? Acepte mi informe rápido y vaya a almorzar con ella —dijo la chica con una sonrisa—. ¡Su bebé debe comer!

Melrose y Alex rieron dedicándose una mirada llena de complicidad. Aunque para Alex, el escuchar a Sarah asumir que el bebé era suyo, lo llenó de emoción.

—Alex, acepta el informe de... Sarah, ¿verdad? —pronunció Melrose. La chica asintió—. Vamos Alex, acéptalo —le rogó mientras acariciaba su brazo izquierdo.

—Está bien —dijo Alex riendo mientras guardaba el informe en su maletín—. Pero que esto quede entre nosotros, ¿bien? —le sonrió a Sarah y luego tomó la mano de Melrose y ambos salieron del salón.

Una vez pedido su almuerzo en la cafetería de la universidad, se sentaron en una de las mesas más apartadas. Tras hablar de trivialidades, Melrose recordó la escena con la alumna.

—Tu alumna pensó que yo era tu esposa...

—¿No quieres serlo? —fingió estar apenado.

—Por supuesto que sí quiero —dijo riendo. Se detuvo. Alex la estaba mirando de manera profunda—, No me mires así...

—¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa? —sonrió.

—Sabes que sí —rió Melrose.

—Eso me recuerda que no hemos hablado nada de nada con respecto a lo que tenemos —dijo Alex para luego beber un poco de zumo.

—¿Crees que este es el mejor lugar para hablar?

—¿Por qué no? Después de todo, hablamos muchas cosas importantes aquí —dijo dando una pequeña mirada a su alrededor—, Creo que tomé las decisiones más relevantes de mi vida en este lugar.

—¿Entonces...? ¿Qué es lo que tenemos? —preguntó Melrose ansiosa.

Era increíble que todos sus miedos se hubiesen desvanecido. Alex la



hacía sentir segura en todos los aspectos. Sabía que no estaba equivocada al haber escogido estar con él. Ahora solo restaba conversar los puntos que no habían aclarado antes, para hacer de lo que tenían, algo aún más maravilloso.

—Cómo te dije, quiero retomarlo desde el punto en el que nos quedamos —pronunció Alex en tono serio—. Así que... eres mi novia —sonrió—. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó intentando mantener la seriedad.

—¿Qué otras opciones tengo? —preguntó riendo.

—¡Mel! —dijo Alex fingiendo estar enojado, aunque su carcajada acabó por delatarlo.

☺ +

Luego, se puso serio. Había un punto en particular que deseaba tratar con ella pero no estaba seguro si era el momento o el lugar indicado para hacerlo. Continuó meditando cuándo abordar el tema, incluso después de la cena en casa. Estaba revisando los informes que los alumnos le habían entregado esa misma mañana, pero no podía concentrarse. Levantó a vista. Melrose estaba lavando cuidadosamente los platos. ¿Cómo debía preguntarle acerca del padre biológico del bebé sin incomodarla? Era difícil, pero necesitaba estar seguro de que ese hombre no interferiría en sus vidas. No concebía que un día apareciera exigiendo derechos que ya no le correspondían.

—Mel...

—¿Sí? —respondió Melrose sin apartar la vista de su tarea.

—Recuerdas esta mañana cuando mi alumna, Sarah, creyó que eras mi esposa...

—¿Cómo olvidarlo! —dijo riendo. Cerró la llave del agua, se giró para mirar a Alex mientras se secaba las manos.

—Ella dijo algo más —continuó—. Era evidente que si creyó que eras mi esposa... también asumiría que el bebé es mío —percibió la mirada confundida de Melrose. Sin duda ella no tenía idea hacia dónde iba con eso—. Quiero ser el padre —dijo finalmente.

—Pensé que eso había quedado claro al aceptar lo que nos está sucediendo —dijo Melrose confundida y con cierto grado de timidez.

—Lo sé, pero creo que es momento de hablar con respecto al tema —concluyó.

Melrose sintió un escalofrío en su interior. Hablar con respecto al tema le sonaba como si fuese a ocurrir algo malo. Como si fuera a leer el contrato

que firmó la noche en que estuvieron juntos. ¿Acaso había condiciones que Alex no le había explicado?

—¿De qué quieres hablar? —preguntó Melrose murmurando.

—Quiero hablar acerca del padre biológico de tu bebé, Mel.

—¿Eh? —de pronto le vino a la mente el recuerdo de Jeff en la casa, ofreciéndole dinero—. ¿Por qué quieres hablar acerca de él? —el solo hecho de recordarlo le hacía sentir incomoda. Lo único que deseaba era borrar esa imagen de su mente.

—¿Qué sucedió con él? ¿Habéis hablado? ¿Ha habido algún tipo de contacto? —le preguntó curioso—. Está bien si no quieres hablar de detalles específicos acerca de él, tampoco me interesa saber quién es —mintió—. Sólo quiero estar seguro de que él no interferirá en nuestra vida. No quiero que de pronto aparezca a decirle cosas a mi hija —pronunció muy seguro.

Melrose suspiró aliviada. Escucharlo decir “mi hija” provocó incluso un ligero movimiento proveniente de su vientre. Aquello era lo correcto y el bebé parecía aprobarlo aun desde su interior.

—Bueno él... él vino a visitarme hace unas semanas atrás —sin duda la imagen de Jeff con el talonario en mano, ofreciéndole dinero, era algo que nunca podría olvidar, por más que quisiera hacerlo.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó preocupado.

—No quería hablar de eso. Él vino a ofrecerme dinero... quería reembolsarme por todo lo que he gastado en estos meses debido al “asunto” —se pasó una mano por el rostro—. Pero nunca ha tenido intenciones de hacerse cargo. Él no quiere a la niña y nunca la querrá.

Alex se puso de pie y se acercó para abrazarla. Ahora le parecía mucho peor. ¿Qué clase de hombre podría ofrecerle dinero a ella? ¿Qué demonios pasaba por la mente de ese sujeto? Y aunque odiara que ella hubiese tenido que pasar por todo eso, en cierta forma les facilitaba la vida para ambos. Si él padre biológico de la niña continuaba sin intenciones de hacerse cargo, habiendo visto el vientre de Melrose, quería decir que era un insensible que difícilmente cambiaría de opinión.

—¿Harías algo por nosotros? —le preguntó mientras besaba su cabello.

—Por supuesto que sí —dijo Melrose aferrándose a ese abrazo.

—Me gustaría que hablaras con él, que le confirmes que no tiene ninguna responsabilidad con el bebé —hizo una pausa—. ¿Acaso no es lo

que buscó desde un principio? Luego, le pedirás que no aparezca por aquí nunca más —la besó—. Quiero que desaparezca por completo. Me encantaría borrar todo el daño que te causó, pero no puedo hacerlo —sonrió—. Al menos ahora podemos comenzar una nueva vida. Una nueva vida en la que esta niña —dijo tocando el vientre de Melrose—, es nuestra. A partir de hoy, yo seré el padre... y esa es la única verdad...

## Capítulo 18

—Estoy con Alex —dijo Melrose de pronto.

—¿Qué? —exclamaron Jenny y Allie al unísono.

—¿Alex? ¿Ese Alex con el que me contaste que salías en la universidad?  
—preguntó Jenny indignada.

Melrose asintió. Había citado a sus dos amigas, en una cafetería para contarles lo que llevaba callando las dos últimas semanas. El día anterior se lo contó a su madre, no podía mantenerlo en secreto durante más tiempo. Rebecca se alegró muchísimo cuando se enteró de que por fin estaba de nuevo con Alex.

—Así que lo aceptaste —murmuró Jenny. No podía comprender como Melrose había decidido estar con ese tipo en lugar de Jeff—. Pensé que esperarías a que Jeff...

—¡No Jenny! —exclamó Melrose antes de que su amiga pudiese terminar la frase—. No hay Jeff. No existe Jeff. No quiero que se vuelva a mencionar. Esta niña—tocó su vientre—, es de Alex y mía. Y eso es lo único que importa.

—Me alegro Melrose y te felicito. También me alegra saber que estás con una persona como Alex. No cualquiera haría lo que él está haciendo —dijo Allie con una sonrisa. Finalmente, veía que su amiga había tomado una buena decisión. Jeff no tenía nada que hacer en esta historia.

Jenny las observó como si hubieran perdido la cabeza. Tomó su bolso y sin decir ni una palabra se alejó.

Alex se quedó en el aula después de que salieron los alumnos. Quería aprovechar que no se iba a impartir ninguna clase en ese salón para continuar revisando los informes que le habían entregado unos días atrás. Procuraba llevarse a casa el menor trabajo posible, para poder aprovechar el tiempo

libre en estar con Mel.

Mientras revisaba el informe de Sarah, recordó el día que la chica pensó que Melrose era su esposa. Aquello sonaba bien. Pero sabía que aún no era el momento para hablar de matrimonio. Sonrió ante sus pensamientos. La verdad es que ahora no podría quitarse de la mente la idea de casarse con Melrose. Se puso de pie un momento y se acercó hasta la ventana para observar el patio de la universidad. Era increíble que una historia que había comenzado hacía una década en ese mismo lugar, ahora llegaba a su máximo. Lo meditó unos segundos más y decidió retomar su tarea. No contaba con mucho tiempo y esos informes debían estar corregidos pronto.

Por la tarde tenía que ir a su departamento para buscar ropa y otras cosas que necesitaría para sus clases. Las últimas dos semanas se había quedado todos los días en casa de Mel y todo continuaba siendo increíble. Se sentía tan feliz, que casi rozaba lo irreal. Todo era demasiado maravilloso, lo mejor es que podía ver, día a día, como la niña reaccionaba ante su voz y su contacto. Ya lo reconocía como su padre. ¿Qué más podía pedir?

De pronto, el sonido de la puerta lo apartó de aquellos informes y de sus pensamientos. Era Anna. A pesar de que la rubia nunca le había insinuado nada, debía reconocer que en los últimos días se mostraba mucho más atenta e interesada en su trabajo y en general en todo lo que él hiciera. Por supuesto, que eso no significaba nada para él y esperaba que ese reciente interés de Anna sólo fuera en el ámbito profesional.

—Alex, me gustaría hablar contigo un momento —dijo Anna cerrando la puerta tras ella.

—Te escucho —dijo Alex cruzándose de brazos. Observó cómo Anna caminó hasta quedar justo frente a su escritorio. Sin duda, sabía exactamente qué movimientos utilizar para lucir aún más atractiva.

—Me da un poco de vergüenza decirte esto pero... —se acomodó el cabello—. Me gustaría pedirte un favor —pronunció con el tono de voz más femenino que le fue posible.

—¿Un favor? —de pronto se sintió extraño. ¿Qué podía querer pedirle una mujer como Anna? Además, ¿por qué utilizaba ese tono de voz? —. ¿De qué se trata?

—¡Por favor no nos dejes! —dijo Anna tomándole la mano a un sorprendido Alex.

—¿Eh? —apartó su mano de inmediato y se puso de pie—. ¿De qué estás hablando?

—¡Prométeme que no dejaras la universidad! —suplicó Anna.

—¿Y por qué crees que dejaré la universidad? —preguntó Alex perturbado. El tono de Anna sonaba demasiado desesperado para su gusto.

—Tu compañera Nathifa Basir, la investigadora de la Universidad del Cairo, llegará mañana por la mañana. Vendrá a la ceremonia que tendremos la próxima semana. Por favor, sea lo que sea que te diga... ¡No dejes esta universidad! —exclamó desesperada.

—¿Nathifa?

De inmediato la imagen de Nathifa se clavó en su mente. Aquella mujer de cabello negro, y piel bronce con la que había tenido una relación hasta hace un par de meses atrás. A pesar de que todo había terminado entre ambos, ¿qué quería ahora? ¿Para qué venía a la universidad?

Sin duda, su mañana no fue la misma desde que Anna le comunicó que Nathifa estaría en la ciudad a partir del día siguiente. Aunque Anna se esforzó en explicarle los detalles acerca de la ceremonia que tendrían la próxima semana, no pudo concentrarse.

Era una ceremonia de la que se había estado hablando durante los últimos días. La facultad de arqueología estaba de aniversario y Anna, además de traerle la noticia de la visita de Nathifa, también le comunicó que había sido seleccionado para dar un discurso como experto en el área de arqueología.

*«Experto en arqueología»*

Aquello sonaba espectacular, pero la visita de Nathifa había logrado ponerlo en alerta hasta al punto en el que el discurso y la ceremonia ya no le parecían tan importantes.

—¿Sucede algo? —preguntó Melrose mientras sacaba su bolso de la parte trasera del mostrador.

Eran las siete, Alex había ido a buscarla a la tienda. Antes pasó por su departamento a por un poco de ropa y unos libros, pero aún no había podido quitarse de la cabeza los motivos que traerían a Nathifa al país. Esperaba que no viniera con intenciones de retomar algo con él. Aquello estaba irremediabilmente roto desde mucho antes que su accidente y ella lo tenía claro. No quería que nada molestara a Mel, por lo que se debatía entre sí debía contárselo o no.

—No sucede nada Mel —dijo con la sonrisa más normal que pudo mostrar. No podía hablarle de Nathifa. Ya vería al día siguiente en qué plan

venía la investigadora, ahora solo quería darse una ducha, cenar algo ligero y dormir abrazado al cuerpo de su adorada Mel.

Melrose despertó temprano por la mañana. Su noche no había sido del todo agradable. Pasó la mayor parte despierta, sin poder conciliar el sueño. Se sentó en la cama y observó a su alrededor. Podía sentir como el agua de la ducha caía y si cerraba los ojos, incluso podía imaginar a Alex a pocos metros de distancia disfrutando del agua. Sonrió para sí misma. Estas dos semanas habían sido las más maravillosas de su vida, pero sentía que Alex le estaba ocultando algo. Desde la noche anterior lo notaba extraño. Tampoco se le pasaba por la mente el que Alex estuviera dudando de lo que tenían, eso no. Pero algo le estaba sucediendo y por una extraña razón no quería compartirlo con ella. Decidió que lo mejor sería preguntarle de forma directa si algo malo le había sucedido, así que se sentó en la cama a esperarlo mientras se acomodaba el cabello en el lado derecho para trenzarlo.

Cuando Alex apareció en la habitación, sólo con la toalla alrededor de su cadera, Melrose clavó su vista en él, intentando encontrar las palabras adecuadas para preguntarle lo que sucedía, sin sonar como una neurótica influenciada por las hormonas.

—Alex, ¿quieres que vayamos a cenar hoy? —le preguntó intentando sonar normal, aunque aquella frase nada tenía que ver con lo que realmente quería preguntarle.

—No lo sé bien Mel... —dudó—. ¿Te conté lo del aniversario de la facultad?

—No... —negó Melrose—. Cuéntame —dijo acomodándose en la cama.

—Bueno, la próxima semana es el aniversario de la facultad de arqueología. Vendrá mucha gente... —de pronto la imagen de Nathifa se pasó por su mente. ¿Para qué venía? ¿Acaso tenía intenciones de arruinar su vida?

—Alex, continua... —le pidió Melrose. Se había quedado en silencio de pronto. ¿Era algo relacionado con su trabajo? ¿Acaso Anna tenía algo que ver? No, no. Definitivamente Alex no le ocultaría algo como eso.

—Vendrá mucha gente y me pidieron que me hiciera cargo del discurso de este año —dijo sonriendo.

—¡Ah! ¡Era eso! Entonces estás nervioso —dijo Melrose con una

sonrisa. Alex estaba actuando así porque estaba nervioso al ser el encargado de dar ese discurso.

—¿Qué? —preguntó Alex sorprendido—. ¿Por qué dices eso? —se acercó a la cama y se sentó frente a ella

—Desde anoche te noto un poco extraño —dijo encogiéndose de hombros—. Pensé que te sucedía algo. Ahora descubrí que son nervios por el discurso...

—Es verdad —dijo riendo—. ¡No sé qué decir!

Mentirle a Melrose sólo agravó su incomodidad ante la perspectiva de encontrarse con Nathifa en alguno de los pasillos de la universidad. No comprendía la llegada de aquella mujer al país. Según lo que le dijo Anna, venía como invitada a la ceremonia de la facultad. Pero aquel motivo no le parecía convincente en absoluto. Para él Nathifa venía con otras intenciones y eso lo atormentaba.

Entró con cautela a la sala de profesores. La investigadora egipcia no estaba, por lo que se tranquilizó unos momentos. Se acercó hasta su escritorio para acomodar sus cosas y el profesor Matthews lo abordó. Aquel desagradable hombre parecía querer pisotearlo en cada oportunidad.

—Hawthorne, ¿ya tienes preparado tu discurso? —dijo el anciano.

—Lo haré en cuanto tenga tiempo. Me enteré ayer de que estaré a cargo —respondió Alex con una sonrisa, mientras revisaba su correspondencia. Matthews debía de estar ansioso por molestarlo. El anciano estaba acostumbrado a dar los discursos en cada aniversario, sin duda, el haber sido excluido en esta oportunidad, consiguió aumentar su antipatía hacia él. No le hacía ninguna gracia a Alex. Lo último que necesitaba era un nuevo enemigo.

—Escuché que estuvo tu novia aquí, que está embarazada... —dijo el hombre sentándose frente a su escritorio.

—Así es... —dijo Alex tomando lo que utilizaría para su clase.

—Bueno, así es la vida. ¡La embarazaste y te condenaste! —dijo Matthews riendo.

Alex se limitó a observarlo. Matthews había elegido el peor día para molestarlo. Sin embargo, intentó calmarse. No era momento de discutir con ese hombre. Tomó sus cosas y salió con rumbo al salón.

De pronto, sus piernas dejaron de moverse en el acto. Anna venía



caminando hacia él en compañía de aquella mujer con la que había terminado de forma abrupta hace algunos meses atrás: Nathifa Basir.

Al parecer ninguna parte de su cuerpo podía reaccionar, se quedó perplejo como si se tratase de una aparición, una para nada agradable. La mujer continuaba teniendo aquel aire de superioridad, que incluso dejaba pobre al de Anna. Era increíble lo incómodo que se sentía al tenerla cerca.

—Alex, Nathifa Basir ha llegado —pronunció Anna una vez que estuvieron frente a frente—. He ido personalmente por ella al aeropuerto y la he acompañado a registrarse al hotel en el que se hospedaré —miró a Nathifa—. Bueno, cualquier cosa pasa a mi oficina. Ahora os dejo solos. Seguro que tendrán muchas experiencias que compartir —dijo Anna con una sonrisa para luego alejarse.

—Alex... —dijo Nathifa.

—Nathifa... —pronunció Alex con dificultad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Eso es lo primero que me vas a decir después de meses sin vernos? —preguntó con ironía. Luego lo observó, algo en él había cambiado.

—¿Y qué esperas? ¿Quieres un abrazo? —dijo Alex en el mismo tono.

—No estaría nada mal, después de todo compartimos la misma cama durante mucho tiempo —dijo Nathifa con una sonrisa.

—¿A qué viniste Nathifa? ¿A torturarme?

—Vine por ti Alex. No me iré de aquí sin ti...

## Capítulo 19

Alex no pudo concentrarse durante la clase, incluso tuvo que terminarla antes. Su mente estaba en otro lugar muy lejos de ese salón. Su mente estaba en Mel. ¿Cómo iba a decirle que Nathifa estaba en la ciudad? Ya había sido incomodo hablarle sobre su relación, no concebía la idea de decirle ahora que ella estaba ahí. Pero tampoco podía ocultárselo.

Se dirigió a la sala de profesores, para recoger sus cosas e irse. Al entrar se percató de que en una esquina Nathifa conversaba con Anna. De pronto, aquellas dos se habían convertido en su peor pesadilla. Anna con aquella actitud extraña rogándole que no se fuera de la universidad y ahora hablando con Nathifa como si fuese su amiga de toda la vida. ¿Qué estaba sucediendo?

—Alex, permíteme entregarte esto —dijo Anna acercándose, seguida por Nathifa, mientras le extendía una invitación.

—Gracias —pronunció Alex recibíendola.

—Es la invitación a la ceremonia de aniversario de nuestra facultad. Será el próximo jueves. La mesa de los profesores vinculados a la ceremonia, estará ubicada justo frente al escenario en el lado izquierdo. Estarás tú, el profesor Matthews, la profesora Michelle, Nathifa Basir —dijo señalándola — y yo. Hemos puesto a Nathifa en nuestra mesa al ser nuestra invitada especial. El resto de los profesores se distribuirá entre las otras mesas, además de los alumnos de último año. Puedes traer a tu novia como acompañante.

—¿Novia? —preguntó Nathifa confundida.

—Alex tiene una novia muy guapa, que siempre está por aquí —dijo Anna sonriendo.

—Y está embarazada —agregó Matthews acercándose.

—¿Embarazada? —preguntó Nathifa directamente a Alex.

—Gracias Anna. Esta noche comenzaré a preparar el discurso... —dijo

Alex incómodo, solo mirando a Anna. Le sonrió y se preparó para salir de ese lugar. No lo soportaba.

—¡Alex! —llamó Nathifa. Alex se volteó a mirarla—. He venido para hablar acerca de Helena. Es importante que la menciones en tu discurso, y que preparemos algo especial para la ceremonia —se acercó.

—Has venido a hablar de Helena. Perfecto —dijo de forma irónica y salió de ese lugar de inmediato.

Durante la noche, Alex decidió que lo mejor sería enfocarse en el discurso que le habían asignado. Independientemente de lo desagradable que fuera ver a Nathifa, no era menor el hecho de que él estuviera a cargo de pronunciar aquel importante discurso. Se acomodó en el comedor para escribir, mientras que en la sala, Melrose intentaba diseñar nuevos productos para su tienda. Era increíble que ni siquiera el silencio los molestara. Ese era uno de los puntos que sin duda ambos disfrutaban de la relación. No era necesario hablar todo el tiempo, el estar en compañía del otro era suficiente.

Melrose se sentía tranquila con Alex allí, le hacía sentirse protegida y su compañía mejoraba cualquier situación por cotidiana que fuese. Levantó la vista de sus enseres para hacer joyas y lo observó. Estaba sentado dándole la espalda, pero sólo con eso podía imaginar la expresión de su rostro. Llevaba un buen rato escribiendo en su computador, consultando libros y otros documentos que había traído de su piso. De pronto, sintió la tentación de acercarse y preguntarle si quería comer alguna cosa. Ya habían pasado un par de horas desde la cena.

Se acercó despacio y lo abrazó por la espalda. Puso las manos en el pecho de Alex y las deslizó por dentro de la camisa, que por suerte se encontraba un poco desabotonada.

—¿Planeas abusar de mí mientras estoy trabajando? —preguntó Alex tomando una mano de Melrose para llevársela a los labios y besarla.

—No... —dijo Melrose con un tono infantil mientras se apoyaba en el hombro de él sin deshacer el abrazo—. Me preguntaba si querías comer algo.

—La verdad es que no tengo hambre —siempre era así cuando trabajaba. Su estómago se cerraba y simplemente no podía comer nada hasta conseguir algo bueno—. ¿Tú tienes hambre? —le preguntó sin apartar la vista de la pantalla mientras escribía una idea.

—No —le dijo en el mismo tono que había utilizado al principio. Se quedó ahí abrazada a Alex mientras que él continuaba escribiendo. Él no

parecía incómodo para nada con aquel abrazo, ella no tenía intenciones de apartarse. De un segundo a otro comenzó a sonreír, seguro se verían muy graciosos. Él escribiendo un discurso importante, ella abrazándolo como si no pudiese alejarse ni un centímetro. Aunque, no es que aquello estuviera muy alejado de la realidad. Se apartó un poco y lo besó en la mejilla para luego continuar con su trabajo con las joyas, pero no calculó que él la tomaría para sentarla en sus piernas, en un rápido movimiento.

—¿Y pensabas darme un beso en la mejilla y luego apartarte? —preguntó Alex en un tono bajo que logró despertar todos los instintos de Melrose.

—Estás trabajando... no quería molestarte —pronunció de forma inocente.

—Supongo que puedo tener un descanso justo ahora —extendió la mano para guardar lo que había escrito hasta ese momento, quedando mucho más cerca de Melrose. Luego se incorporó y la miró unos segundos. ¿Cómo podría siquiera comenzar a describir todo lo que sentía por ella? Seguro que si el discurso se tratara de Mel, podría llenar páginas y páginas, pero lo cierto es que, aunque se tratase de su tema favorito, no era algo de lo que pudiese hablar en la ceremonia de aniversario de la facultad de arqueología.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Melrose con una ligera sonrisa.

—Estaba pensando... —respondió Alex de forma simple.

—¿En qué? —preguntó curiosa mientras comenzaba a jugar con los botones de la camisa de Alex.

—En que tendré que continuar con mi discurso mañana... —rió y se acercó para besarla. Sabiendo que ese beso no acabaría sólo ahí...

Los días siguientes fueron una completa tortura para Alex. Entre los comentarios desagradables del profesor Matthews por no haber sido seleccionado para hacer el discurso y el acoso de Nathifa, su semana se transformó en un completo desafío del que finalmente logró salir bastante airoso. No pudo comentarle nada a Melrose acerca de Nathifa. Siempre que estaba a punto de decírselo, de alguna manera las palabras se atoraban en su garganta, negándose por completo a salir.

Por lo que minutos previos a la ceremonia, continuaba rezando porque Nathifa no hiciera nada extraño y que Melrose simplemente obviara su presencia.

Estaba nervioso. Su pobre Mel ya tenía bastante que soportar con Anna,

no podía decirle que también tendría que soportar a la investigadora egipcia y sus comentarios. Se debatió varios segundos, hasta que sus pensamientos se vieron relegados a segundo plano cuando vio a Melrose aparecer con ese vestido.

Era un vestido largo en tono granate que dejaba al descubierto su hombro derecho. Era simple pero elegante. Sin embargo, aun estando embarazada, lograba estilizar su figura. Melrose llevaba el cabello suelto ondulado y un maquillaje sutil que conseguía realzar aún más su belleza.

Se acercó hasta ella y le dio un pequeño beso. No podía encontrar las palabras correctas para expresarle lo que había sentido al verla. Sin duda, sería la envidia de todos al entrar con esa hermosa mujer a la ceremonia. Y lo mejor, es que podría presumir que le pertenecía por completo.

Por su parte, Melrose quedó bastante satisfecha con la mirada que Alex le dedicó. Sin duda, había conseguido afectarlo, eso era suficiente para hacer su noche increíble. Tomó su bolso de mano y se dispusieron a salir. No sin antes, preguntarle a Alex en reiteradas ocasiones si llevaba todo lo necesario para el discurso. Quería que fuera el mejor. Quería verlo brillar esa noche, aunque ya se sentía increíblemente orgullosa por él.

Durante el camino, entrelazaron sus dedos, se observaron sin decir demasiado. Melrose temía distraerlo, supuso que estaría intentando recordar la información contenida en su discurso. Ella misma lo había leído casi cinco veces y aunque era muy poco lo que podía comprender, estaba segura de que todo saldría excelente. Ya había disfrutado del discurso en una ceremonia privada, que terminó en algo bastante favorable. Rió al recordar eso.

—¿Qué sucede? —preguntó Alex curioso.

—Nada, sólo pensaba... —Alex la observó invitándola a continuar—. Recordé como acabó tu ensayo del discurso...

Alex sonrió, luego dirigió su mirada hacia la ventana. Suspiró. Ya casi llegaban al hall del hotel en el que se realizaría la ceremonia. Recordaba perfectamente el argumento de su discurso. Para él era como dictar una clase pero con más público. Su único temor era Nathifa. Esperaba que no lo atormentara demasiado, aunque sobre todo le preocupaba la reacción de Melrose. Confiaba en que Nathifa se comportara de acuerdo a la ceremonia, que no dijese nada que pudiera perturbar a Mel. Esperaba que ni siquiera tuviesen que dirigirse la palabra.

El entrar al lugar hizo que de cierta forma aquellos pensamientos pasaran

a segundo plano. Todo lucía extraordinario. Sin duda, habían invertido una gran cantidad de dinero para que la celebración de este año fuese memorable. Al fondo el escenario brillaba y las elegantes mesas evidenciaban la calidad del evento.

De inmediato, notó que Anna se acercaba hacia ellos. Tomó a Melrose por la cintura de forma instintiva.

—¡Alex! Ya nos estábamos preocupando.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa—. No pensarás que iba a perderme esto, ¿o sí?

—Por supuesto que no —Anna observó a Melrose.

—¡Oh! Disculpa... —dijo Alex—. Anna ella es Melrose, mi novia.

—Mucho gusto —dijeron las dos al tiempo que se daban la mano.

—Nos hemos visto en un par de oportunidades, pero no había tenido el placer de una presentación apropiada —dijo Anna sonriendo—. ¿Y se conocen hace mucho tiempo?

—Hace diez años —respondió Melrose. Aunque le desagradaba cada parte de esa mujer y su tono, no podía negar que le encantaba el hecho de que Alex la tuviese abrazada por la cintura, reconociéndola como su pareja, mientras hablaban con Anna. Quizás eso le demostraría a la mujer, de una vez por todas, que no tenía que molestar a su Alex. Ella no se tragaba eso de que sólo le interesaba profesionalmente. Por suerte, Alex se despidió pronto de ella, después de que les indicara dónde estaba ubicada su mesa.

Melrose observó todo con calma. Estaba emocionada y de una forma extrañísima, podía sentir como el orgullo que sentía por Alex brotaba por sus poros. Sonaba ridículo y lo sabía. Pero le emocionaba el estar junto al profesor Hawthorne, como escuchó que varios lo llamaban con respeto.

Un grupo de profesores se habían acercado hasta Alex y mantenían una interesante conversación acerca de las últimas noticias. Sin duda, Alex era un hombre de mundo. De pronto se arrepintió de no haber leído el periódico esa mañana. Ya que, aunque no se considerara para nada tonta, ahora se sentía bastante confundida. Sin embargo, llegó un punto en el que no le importó. El sólo hecho de estar ahí, siendo abrazada por Alex, quien le demostraba lo valiosa que era su compañía, le bastaba para sentirse feliz.

—Ahora dejándonos de estas cosas... —dijo el anciano profesor—. Alex

no sabía que estabas formando una familia —señaló el vientre de Melrose, quien sonrió un poco nerviosa de inmediato y observó a Alex, esperando su respuesta.

—Pues llega un momento en el que se hace necesario formar familia —respondió Alex con una sonrisa, para luego besar en la mejilla a Mel.

—¿Qué es? ¿Ya lo saben? —preguntó la profesora Michelle.

—Es una niña... —respondió Melrose.

—Mi princesita —sonrió Alex.

Melrose sintió como una felicidad enorme recorrió por completo su cuerpo. ¿Así es que esto se sentía el ser extremadamente feliz? No pudo quitarse la sonrisa del rostro, incluso cuando ya estaba instalada en la mesa, justo frente al escenario.

—Mel... debo ir atrás a revisar que todo esté listo para mi discurso —dijo Alex—. ¿No te molesta quedarte sola unos segundos?

—¡Para nada! —respondió Melrose, quien ya había iniciado una pequeña amistad con la profesora Michelle.

—Bien, ya vengo —dijo besando su cabello mientras se ponía de pie.

Caminó con cautela hasta la parte trasera del escenario. No había visto a Nathifa por ningún lado. Esperaba que no se apareciera esa noche. Contaba con eso. Incluso el profesor Matthews no se había acercado para efectuar algún comentario desagradable. Esperaba que todo siguiera marchando de la misma forma.

Melrose dio un sorbo al vaso de agua, de pronto se percató de que una mujer morena en un vestido color rosa, la observaba desde una esquina del escenario. Apartó la vista de inmediato, pero aun así podía sentir la penetrante mirada de la mujer clavada en ella. ¿Por qué?

Intentó volver a interesarse en lo que la profesora Michelle estaba relatando, pero no pudo concentrarse, hasta que finalmente la misma mujer con esa mirada penetrante, se sentó junto a ella en la mesa. Desvió la vista una vez más.

—¡Hola!

—Hola... —dijo Melrose confundida.

—¿Eres profesora de la universidad? —preguntó Nathifa, sabiendo bien que no lo era.

—No, sólo vengo de acompañante —explicó Melrose sin mucho ánimo.

La verdad es que aquella mujer la incomodaba un poco, no sabía por qué.

—¡Oh! ¿Con quién?

—Con el profesor Alex Hawthorne —dijo Melrose muy segura.

—¡Ah! Eres la esposa del profesor que dará el discurso...

—Es mi novio —pronunció Melrose con cuidado. Algo no le gustaba de esa mujer. Quería que dejara de hablarle, pero intuyó que se trataba de alguien importante y no quería ser maleducada.

—No sabía que el Profesor Hawthorne iba a ser padre. Nunca lo mencionó —dijo Nathifa con una sonrisa burlona.

Algo en el interior de Melrose se resintió con aquel comentario. Pero antes de poder decir algo, la mujer se había apartado un par de asientos quedando frente a ella, y alguien ya había comenzado a presidir la ceremonia.

Alex apareció de vuelta en la mesa a los pocos minutos, de forma cautelosa, puesto que uno de los directores ya estaba hablando frente al podio. Se sentó junto a Melrose y acarició su mejilla, pero ella no reaccionó con esa sonrisa que él esperaba ver. ¿Algo había sucedido? Observó a su alrededor y justo frente a ellos, encontró a Nathifa con esa sonrisa desafiante que lograba descomponer su ánimo.

¿Acaso le había dicho algo a Melrose? ¿Cómo descubrirlo? Tenía la mirada fija en el hombre que hablaba en el escenario, aunque intuía que en realidad ella no estaba escuchando absolutamente nada, no era momento para preguntarle. Se limitó a poner su mano sobre la de ella. Por suerte, Melrose respondió girando su mano para entrelazar sus dedos. Aquello lo tranquilizó un poco, pero necesitaba descubrir qué es lo que había hecho Nathifa.

—Y ahora, quiero dejarlos con un increíble arqueólogo. Ya es todo un hombre, pero... —hizo una pausa—. Un día fue solo un chico que transitaba por estos mismos pasillos. Él tenía una vida. Pero en el momento justo tuvo la valentía de dejar todo por su sueño... Les presento al profesor Alex Hawthorne, nuestro orgullo. El profesor que nos representó en diversas excavaciones en nuestro querido Egipto. Alex por favor... —dijo el director, invitándolo a subir.

Alex besó la mano de Melrose, y ella le dedicó una sonrisa en respuesta.

Melrose hubiera querido decirle algo más, pero no podía articular ninguna palabra. Sólo necesitaba aclarar quién era esa mujer, aunque en el fondo ya se imaginaba quién era y eso le aterraba. Observó a Alex subir al escenario, acompañado de una ola de aplausos que se escuchó con mucha



intensidad. Estaba demasiado orgullosa de lo que Alex había conseguido en tan poco tiempo. Y, aunque una parte de ella estaba muy emocionada al verlo brillar de esa forma, también se sentía inquieta.

Aquella mujer ambiciosa, con la que Alex había terminado hace tan sólo unos meses, no dejaba de observarla. Estaba segura de que se trataba de ella.

Ni siquiera podía mirar su plato, sólo miraba a Alex en el escenario. Pero podía sentir la mirada penetrante de aquella mujer sobre ella. ¿Por qué? ¿Acaso estaba analizándola o lanzándole algún tipo de maldición egipcia? Intentó concentrarse en lo que Alex estaba diciendo, pero la verdad es que por más que lo intentó, no logró comprender ninguna palabra. Su mente estaba puesta en esa mujer desconocida, que le había estropeado esa magnífica velada.

Sin que ella se hubiese percatado, el discurso de Alex acabó. Por la intensidad de los aplausos dedujo que salió bastante airoso, aunque desde un principio estuvo segura de que así sería. Una vez que volvió a su lado, tomó su mano con fuerza. Alex era suyo. Por mucho que aquella mujer la mirara de esa forma desafiante, ella no se rendiría.

La siguiente en pasar al escenario fue Nathifa. Cuando la mujer comenzó a desvivirse en elogios por su compañero de excavación, Alex Hawthorne, su teoría quedó confirmada. Alex la observó y besó su mejilla en señal de disculpa. Al escuchar a Nathifa sabía que ella no sólo estaba refiriéndose al ámbito laboral, más bien le parecía que cada palabra que pronunciaba, era solo para molestarla.

Toda la ceremonia transcurrió de la misma forma. De vuelta en la mesa, Nathifa no dejaba de observarlos, aunque se entretuvo casi toda la noche hablando con Anna, siempre parecía estar pendiente de ambos.

Ahí estaban juntas las dos pesadillas de Melrose, Anna y Nathifa, hablando como si fueran las mejores amigas del mundo. Dos mujeres que la hacían sentir incomoda e insegura.

—Nathifa, ¿por qué no nos cuentas cómo era Hawthorne en las excavaciones? —preguntó el profesor Matthews. Alex sonrió incómodo y de inmediato observó a Melrose, quien no tenía ninguna expresión aparente.

—Alex era muy dedicado en su trabajo —dijo Nathifa ante la mirada curiosa de todos—. Pero también nos divertimos mucho. Él era el mejor en las excavaciones, mientras que yo me encargaba del trabajo de laboratorio. Éramos una buena pareja... —dijo muy segura.

—Ahora Alex está haciendo un estupendo trabajo aquí —intervino Anna.

—Puede ser. Pero creo que Alex está hecho para trabajar donde ocurrieron los hechos... —dijo observando a Alex que de inmediato desvió la mirada.

—¡Pues llévatelo! —exclamó Matthews riendo. De inmediato se oyeron carcajadas por toda la mesa.

Pero no de Melrose. Ella permanecía quieta en un estado que estaba logrando preocupar a Alex. Se acercó y murmuró en su oído.

—Mel, podemos irnos ahora...

Alex anunció que ambos se retirarían. Aquello fue un verdadero alivio para Melrose, aunque los presentes en la mesa no parecieron interpretarlo de la misma forma. Se deshicieron en argumentos para intentar convencerlo de que se quedara un momento más. Pero él no aceptó.

—Que paséis buena noche —dijo Nathifa de despedida, con una sonrisa que acabó con la paciencia de Melrose.

Alex tomó a Melrose por el brazo y la sacó de ahí lo más rápido que pudo.

—Lo siento Mel —besó su mano—. Lo siento, yo...

—¿Sabías que ella estaría ahí? —pronunció Melrose. Apenas había podido articular las palabras..

—Si... —confesó Alex con pesar.

Melrose sollozó ligeramente, dirigió la vista hacia la ventana.

Alex tomó su mano y la besó. Se sentía terrible...

## Capítulo 20

Mientras que Alex se dedicó a encender las luces de la casa y a comprobar que todo estuviese en orden, Melrose simplemente se dirigió hasta la habitación. De pronto, encontrarse cara a cara con la que fue pareja de Alex hasta hace tan solo unos meses, hizo que se sintiera muy mal. No soportaba la forma en la que ella y Anna parecían pelearse por Alex. Y lo peor de todo es que las razones de la visita de Nathifa estaban bastante explícitas.

Entró en el baño y comenzó a quitarse las joyas para luego desmaquillarse. No sabía si estaba en lo cierto, pero no había que ser demasiado inteligente para no darse cuenta de que Nathifa sólo buscó molestarla durante la ceremonia.

—¿Podemos hablar? —preguntó Alex desde el umbral de la puerta.

—¿Por qué no me dijiste que ella estaría ahí? —dijo Melrose de inmediato mientras se apoyaba en el mueble del lavamanos. De pronto se sintió exhausta pero necesitaba que él le aclarase los motivos que habían traído a esa mujer al país.

—Cálmate Mel... —le rogó intentando acercarse, pero ella se apartó.

—¿Qué pretendías? ¿Qué nos sentáramos en la misma mesa y no me diera cuenta de quién es? Pues lo siento, pero ha fallado tu plan. ¡Ella no tardó en hacerse notar! —exclamó furiosa. Le quemaban en la garganta un montón de insultos que deseaba pronunciar acerca de Nathifa, pero intentó contenerse—. ¿Por qué no me lo dijiste Alex? —preguntó una vez más.

—No sabía cómo decírtelo... —confesó—. Ni yo mismo supe qué hacer cuando Anna me dijo que ella vendría a la ceremonia...

—¿Ella lo sabía?

—Querían contar con su presencia al ser una de las profesoras que recibe allí los alumnos matriculados de esta universidad. No es una desconocida para ellos. Impartirá unas charlas en las próximas semanas. Anna me avisó de

su visita, fue a buscarla y a acompañarla al hotel.

—Así es que las dos estaban confabuladas —musitó Melrose saliendo del baño.

—Podemos hablarlo Mel? —dijo Alex siguiéndola—. Sé que cometí un error enorme al no decírtelo, pero tampoco es que esté disfrutando de su visita. Créeme que estoy igual de molesto que tú con su presencia. No me simpatiza en absoluto y pensé que los motivos ya te habían quedado claros.

—Pero es obvio que ella no viene solo con intenciones de dar charlas en la universidad —pronunció evitando la mirada de Alex. No quería que se percatara de todas las inseguridades que tenía en este momento. No quería que él pusiera un pie en esa universidad. No quería que Nathifa se le acercara.

—Puede venir con muchas intenciones, pero eso no significa nada Mel —dijo mientras se quitaba la chaqueta y la corbata. Estaba cansado. Y aquella conversación lo hacía sentir enfermo. Nathifa sí había conseguido perturbar su vida. Eso lo exasperaba.

—¿Sabes lo que es sentir que te miran juzgándote? —preguntó Melrose afectada—. Ella estuvo observándome toda la noche. Sin saber, me presenté de forma estúpida como tu novia. Ella sabe mejor que nadie que... —miró su vientre de inmediato. Nathifa había sido así con ella porque tenía claro que su embarazo no tenía nada que ver con Alex.

Alex sintió que su corazón se detenía por unos segundos, desencadenando una fuerte opresión en su pecho. Esa niña era suya. No importaba lo que los demás pudiesen llegar a pensar.

—Lamento no haberte dicho que estaba en la ciudad... —murmuró Alex acercándose para abrazarla—. Pero... por favor, no vuelvas ni siquiera a pensar que la niña no es mía. Eso me hierde... —le dio un beso en la frente y se quedó observándola unos segundos.

Melrose se dio cuenta de que sus palabras fueron demasiado duras. Era él quien la había estado acompañando durante este tiempo. Alex estaba ahí dispuesto a hacerse cargo de todo, asumiendo a la niña como suya. Ella no tenía derecho a quitarle su cargo como padre ante cualquier debilidad. Se sintió fatal al ver la expresión en el rostro de Alex. No quería discutir con él por esa mujer.

—Alex... —murmuró Melrose.

—¿Qué? —preguntó Alex acariciando su espalda.

—Tú me pediste que olvidara todo acerca del origen la niña y que ahora

era nuestra, ¿verdad?

Alex asintió. Aunque no entendía muy bien a dónde quería llegar con eso.

—Quiero que hagas lo mismo —dijo Melrose mirándolo—. De la misma forma en la que me pediste que olvidara todo acerca del padre biológico, quiero que tú olvides todo acerca de Nathifa. Quiero que olvides todo lo que sucedió entre vosotros. Quiero... eliminarla de nuestras vidas...

Alex la abrazó con fuerza para luego besarla. La noche había estado cargada de demasiados momentos desagradables. Su discurso se vio disminuido en comparación a todas las situaciones que enfrentaron en la mesa, junto a Nathifa y a Anna. Le sonaba bien el hecho de sacar a esa mujer de sus vidas. Si era lo que Melrose quería, él estaba dispuesto.

Además aquella petición no era nada en comparación con la que él le había hecho.

A la mañana siguiente, Alex se levantó temprano. Quizás eso era lo único que le molestaba de dar clases en ese horario. El tener que dejar su lugar al lado de Melrose en esa cama.

Antes de meterse en la ducha, la observó unos segundos. La sintió inquieta durante la noche. Su embarazo ya había llegado al octavo mes y lo sucedido la noche anterior no había ayudado demasiado. El sólo hecho de pensar en ir a la universidad y tener que encontrarse con Nathifa en algún lugar, le incomodaba. Pero había decidido cumplir con lo que Melrose le pidió. No dejaría que Nathifa fuera tema de discusión. Para él ese asunto acababa de morir.

Se metió en la ducha y comenzó a prepararse para salir.

Melrose despidió a Alex con la habitual sonrisa, deseándole una buena mañana con sus alumnos. Aunque él accedió a borrar a Nathifa por completo, sabía que esa mujer intentaría algún tipo de acercamiento en la universidad. Confiaba en Alex. Pero no podía quitarse de la mente la molesta mirada de esa desagradable mujer.

—Buenos días Alex —pronunció Anna de inmediato al verlo aparecer en la sala de profesores.

—Buenos días —se acercó hasta su escritorio y revisó los documentos que tenía encima. Se apresuró en salir de ahí. No tenía demasiadas ganas de hablar con nadie respecto a la ceremonia.

—Alex, me gustaría felicitarte por... —comenzó Anna acercándose.

—Lo siento Anna, voy con retraso, hablamos luego —dijo negándole la oportunidad de continuar hablando.

Caminó rápidamente por los pasillos. En cuanto llegó al salón, se percató de que aún faltaban una buena cantidad de minutos para la clase. Por lo que se dedicó a mirar por la ventana.

El embarazo de Melrose parecía avanzar muy rápido y pronto llegaría a su fin. Le ponía un poco nervioso el asunto del parto, ya que nunca había tenido a nadie cerca que lo hubiese experimentado. Pero confiaba en que todo saldría bien. Le emocionaba pensar que solo faltaban semanas para tener a la pequeña en sus brazos.

El ruido de la puerta lo alertó de que ya no se encontraba solo. Se volteó lentamente y la imagen de la investigadora egipcia lo sorprendió.

—¿Qué quieres? —preguntó Alex de inmediato. Le incomodaba verla. Aunque sospechaba que esa sería la oportunidad de decirle que no importaban los motivos que la hubiesen traído de vuelta. Él no estaba interesado en nada.

—Tus nuevas maneras de saludarme me sorprenden Al... —dijo Nathifa acercándose para quedar justo frente a él—. Quién diría que hasta hace un par de meses eras mucho más cariñoso.

—Sabes que eso no es del todo cierto —se cruzó de brazos—. ¿Y bien? ¿Qué quieres? Mis alumnos llegarán pronto.

—No voy a quitarte mucho tiempo —explicó—. Solo vengo a hacerte una pregunta simple que espero me respondas con sinceridad.

—¿Qué? —preguntó Alex en tono seco.

—¿Por qué te estás haciendo cargo de un bebé que no es tuyo? —preguntó Nathifa de forma directa—. ¿Quién es ella? —frunció el ceño—. ¿Cómo es posible que renuncies a tu carrera por alguien que apenas conoces? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Un mes? ¿Dos?

—No voy a discutir mi vida contigo, Nathifa —dijo Alex—. Lo que sí quiero saber es qué estás haciendo aquí. Nunca antes habías venido, ¿por qué ahora? ¿Por qué de pronto te interesa la universidad?

—¿Por qué quieres estar aquí? ¿Te entretiene estar entre estas paredes? —preguntó Nathifa mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el Alex que yo conocí?

—Ese no era yo —murmuró—. Además, ¿para qué me necesitas? ¿Para

humillarme? ¿Para molestarme? —le preguntó irritado. No sabía cuáles eran las intenciones de esa mujer.

La única oportunidad que tuvo de abrirse a otra persona en todo este tiempo, resultó un completo fracaso. Quizá habían iniciado aquella relación por los motivos equivocados, ambos sabían que las cosas no tenían solución. No había amor entre ellos. Nunca lo hubo, y definitivamente eso le impedía comprender el motivo de por qué Nathifa quería llevárselo de vuelta. Él no era un objeto, había decidido no apartarse de Melrose, ni de su actual trabajo que ahora se estaba viendo perturbado por su causa.

—¡Quiero que vuelvas al trabajo que amas hacer! —exclamó Nathifa de pronto.

—¿Qué sabes tú lo que yo amo? —musitó Alex.

—Lo sé, porque aún recuerdo tu mirada cuando estábamos trabajando allí. ¿Y ahora qué veo? Tu mirada parece confusa y perdida en algún lugar. Estás aquí, pero en realidad tu corazón está en otro lugar...

—No tienes idea lo que estás diciendo —se apartó y se quitó la chaqueta para dejarla sobre el escritorio.

Por supuesto que le gustaba su trabajo. Le gustaba enseñar y la etapa que estaba viviendo ahora. No había nada que le hiciera más feliz que imaginar una vida con Melrose. Todo lo que estaba diciendo Nathifa era parte de su pasado cuando tuvo que enfocarse en el trabajo, al sentirse completamente vacío como persona. Ella no tenía idea de lo que estaba diciendo. Si su mirada parecía perdida y confundida en estos momentos, se debía a su repentina aparición. Él no tenía dudas de lo que sentía por Melrose ni con respecto a su trabajo.

—¡Mira cómo estás! —exclamó Nathifa preocupada—. ¿Qué te hizo esa mujer Al? Tú no eras así... Por favor explícamelo. Necesito entender por qué prefieres estar aquí haciendo este trabajo y dedicándote a ese bebé que no es tuyo.

—¡No lo repitas Nathifa! —exclamó furioso—. Mi vida no es asunto tuyo. Y si estoy nervioso es porque no quiero verte. No me importa todo lo que tengas que decir. Yo decidí trabajar aquí y si tanto necesitas saber, yo la amo. Es tan simple como eso... ¿Lo entiendes? ¿Sabes lo que significa esa palabra? —le preguntó desafiante—. Eso significa que esto no es un sacrificio en absoluto. Lo estoy haciendo por voluntad propia. De eso se trata.

De formar una vida con esa persona que amas. Pero tú nunca lo entenderás... —suspiró—. El amor no se trata de querer a la otra persona sólo porque necesitas conseguir algo a tu favor.

Alex observó a Nathifa, que permaneció en silencio. Ella había vuelto para convencerlo de regresar a su antiguo trabajo sólo con el fin de obtener un beneficio personal. Aunque le encantaba estar investigando dónde sucedieron los hechos, lo cierto es que ahora estaba disfrutando de transmitir todo lo que había visto. Por supuesto que tenía ganas de volver en el futuro. Pero para eso necesitaba primero poner en orden su vida personal. No imaginaba ningún aspecto de su vida sin Melrose, era en ella en quién quería enfocarse ahora por todo ese tiempo en que no pudo tenerla a su lado.

—Me apena ver la persona en la que te convertiste Alex. No eres ni la sombra de quién fuiste... —pronunció Nathifa molesta al mismo tiempo en el que salía del salón dando un portazo.



## Capítulo 21

Ese día Melrose se levantó justo después de que Alex saliera para la universidad. Habían pasado un tranquilo fin de semana en casa. Él preparando sus clases y estudiando un poco, ella intentando terminar nuevos productos para su tienda. Debía hacer algo sin la presencia de Alex en casa. Ya era un hecho que estaban viviendo juntos, aunque no habían hablado sobre ello, necesitaba sacar algo de la casa. Algo que no podía ser visto por Alex. Él fue sincero al contarle sobre la conversación que habían tenido con Nathifa el viernes pasado en la universidad. Él estaba cumpliendo su parte, con eso esperaba que la investigadora no fuera tema de conversación entre ambos, por mucho que se sintiera insegura con su estancia en el país.

Ahora le tocaba a ella cumplir con lo que Alex le pidió. Algo que para ella ya era una verdad absoluta.

La niña era de ambos.

Se apresuró hasta el comedor y abrió el baúl que utilizaba como mesita de centro. No había vuelto a pensar en su contenido desde que Alex comenzó a quedarse en la casa. Ahora era una necesidad tomar esas cosas y apartarlas de una vez por todas de su vida.

Al observar el contenido se sintió extraña. Aquellas cosas que antes atesoró tanto, ahora no eran más que simples objetos. Tomó su fotografía con Jeff, que ocupó un espacio preferencial en su mesa de noche durante mucho tiempo.

Había acompañado a Jeff en un viaje de negocios que lo llevó a diversas ciudades del país. La fotografía se la habían tomado en un restaurante. En esos momentos llevaban dos años juntos.

Observó a Jeff. Su cabello rubio y sus ojos claros eran los rasgos que más le gustaron en su momento. Era un hombre que se hacía notar, durante el tiempo que estuvieron juntos se sintió protegida e incluso amada. El observar

esa fotografía ahora le traía a la mente diversos momentos que pasó a su lado. Podría contar mil historias. Había vivido muchas cosas al lado de Jeff y no se arrepentía de nada. Aunque de haber sabido cómo acabaría la relación, sin duda, no hubiese invertido tanto al saber que él no estaría dispuesto a vivir con ella algo tan maravilloso como lo era crear una vida.

Dejó la fotografía a un lado y se dispuso a sacar lo demás. Cosas tan simples como un cepillo de dientes, su perfume y una toalla, ocupaban gran parte del contenido del baúl. Todas aquellas eran cosas que Jeff simplemente olvidó. Por suerte, no había ropa de él. Jeff nunca se quedó demasiado tiempo en su casa, era más bien ella la que frecuentaba su apartamento. Pero esas pequeñas cosas, habían quedado desde que la relación se rompió.

Lo siguiente fue encontrarse con una caja de tamaño mediano. La abrió curiosa para descubrir su contenido. Se sorprendió al ver la gran cantidad de joyas que contenía. Tomó unos anillos y de inmediato recordó cuándo y por qué Jeff se los había regalado, así como unas pulseras, collares y pendientes. De inmediato, pensó que Jeff le hizo muchos regalos a lo largo de la relación. Regalos costosos.

Agarró una caja que había dejado en la cocina especialmente para esto y comenzó a vaciar el contenido, con cuidado de no dañar las cosas. Tomó la fotografía de ambos en el restaurante y la dejó en la caja. Ahora sólo quedaba lo último, un álbum que recopilaba momentos importantes de toda la relación.

Por mucho tiempo soñó con la idea de que Jeff fuera el hombre con el que viviría hasta el final de sus días. Alex ya se había ido hacía muchos años, y Jeff apareció en el momento justo, permitiendo que confiara en el amor una vez más. Sus sentimientos hacia él habían sido sinceros, pero nunca pensó que él hablaba en serio al decir que no estaba interesado en formar una familia. Aquello le había sonado extraño, mas siempre albergó la posibilidad de que algo provocara un cambio en su opinión. El ver esas fotos le recordó momentos que fueron importantes. Sin duda, vivió muchas cosas con Jeff, cada fotografía contaba una historia.

La sonrisa sincera de Jeff nunca le advirtió la clase de persona en la que se convertiría. De pronto, un pensamiento pasó por su mente.

¿Cuánto tendría su hija de Jeff?

Estaba claro que Alex había asumido la paternidad con todo lo que eso conllevaba, pero tampoco podía evitar esos pensamientos ahora que estaba recordando experiencias vividas con Jeff. Biológicamente él era el padre, era obvio el preguntarse algo como eso.

Esperaba que no se pareciera mucho a él. Confiaba en que la niña fuese lo más parecida a ella. No quería mirarla y reconocer aquella fría expresión que Jeff tenía la última vez que se encontraron, en esa misma casa, durante su visita para ofrecerle dinero.

Una vez que todo el contenido del baúl estuvo bien guardado en la caja, decidió marcar aquel número que no utilizaba hace mucho tiempo. Aguardó en la línea hasta que la secretaria contestó.

—Oficina de Jeff Thompson. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con Jeff. Es un asunto personal.

—¿Con quién tengo el gusto?

—Melrose...

Solo bastaron unos segundos para volver a escuchar la voz de quien creyó amar durante casi tres años. No tenía deseos de hablar con él, pero necesitaba terminar este asunto de una vez por todas. Se lo había prometido a Alex, y era lo que necesitaba para embarcarse de lleno en esta nueva vida.

—Seré breve Jeff, no tengo mucho tiempo. Estuve limpiando la casa, y di con algunas cosas que no tiene sentido que estén aquí. Cosas tuyas —pronunció con seriedad—. Las he puesto en una caja y las enviaré a tu oficina. Tú sabrás que hacer con ellas...

—Está bien... —dijo Jeff con calma.

—Y quería decirte algo más... —hizo una pausa intentando encontrar las palabras correctas. Aunque sabía que todo lo que estaba a punto de decirle, sería un alivio para él, ya que definitivamente le quitaba toda su responsabilidad como padre.

—¿Qué sucede? —su tono denotó una leve preocupación.

—¿Podrías desaparecer? —dijo Melrose de pronto.

—¿Desaparecer? —preguntó Jeff confundido.

—Sí. Sé que suena demasiado bruto decir algo como eso, pero sólo te pido que desaparezcas de mi vida. Hace meses que lo estás haciendo muy bien —bromeó—. Pero quiero que esta vez sea de forma definitiva. No quiero saber nunca más de ti. No quiero vivir pensando que un día puedas aparecerte por mi casa, como lo hiciste antes...

—¿Por qué?

—Quiero que mi hija tenga un padre. Ella ya lo tiene —corrigió—. Pero quiero darle la certeza de que será el único padre que tendrá. Así que... como

tú te marginaste de forma voluntaria, estoy cumpliendo con avisarte y confirmarte que no tienes que hacerte cargo de nada. Ni siquiera tienes que aparecer. Nunca más.

—Así que me estás diciendo que... ella, ¿será criada por otro? ¿Él se hará cargo de ella?

—Ya lo está haciendo... —hubo un silencio prolongado. Por supuesto que era una situación difícil el pedirle al padre biológico de la niña que desapareciera de su vida. Pero los deseos de Alex le importaban mucho más que lo que pudiera pensar Jeff con respecto a esa petición. Después de todo, él fue quién se apartó primero.

—Tú sabrás lo que es mejor para ella. Estaré atento a la caja que enviarás. Adiós, Melrose.

No se permitió sentir pena o remordimiento por lo que había hecho. Todo era parte de aquella vida que estaba ansiando. Esa vida que soñaba vivir con Alex y su hija. No había espacio para Jeff, pues él mismo se apartó mucho antes. No venía al caso preocuparse por eso ahora. Escribió la dirección de la oficina de Jeff y llamó a Allie para que le ayudara a entregar aquella caja.

El asunto de Jeff estaba concluido.

Alex pasó por Melrose para almorzar. Hacía días que no comían fuera, por lo que decidió llevarla al mismo restaurante en el que se habían vuelto a ver después de diez años. Además deseaba contarle algo importante.

—Tu cabello y tu barba llamaron mi atención. Pensé “¿qué se cree ese hombre?” Tu imagen no iba muy acorde a la gente que estaba aquí esa noche —dijo Melrose riendo—. Pero nunca imaginé que, eras tú... hasta que vi tus ojos —pronunció al mismo tiempo en el que acariciaba la mejilla de Alex.

—Sé que no era el mejor estilo —sonrió nervioso—. Pero digamos que no me preocupaba mucho mi imagen. Supongo que volví a ser el mismo cuando te vi otra vez. A la mañana siguiente fui a cortarme el pelo y a afeitarme la barba —rió.

—Oh... —pronunció Melrose mientras se acercaba para besarlo. Le emocionaba recordar el momento en el que volvieron a encontrarse. Aquel día había sido como si una parte de ella hubiese vuelto. Una parte muy importante.

Después del postre, Alex decidió que sería el mejor momento para

contarle a Melrose algo que había alegrado su mañana. Su único sobrino, llegaría al país en los días siguientes. No sabía muy bien cómo empezar a hablarle de eso, ya que nunca antes le contó demasiado acerca de la familia. Cuando se conocieron él vivía con tres amigos en un piso, ellos eran toda su familia. Pero ahora era momento de hacerlo. Después de todo, aunque su verdadera familia se había visto reducida a casi sólo su sobrino, ahora Melrose y la niña formaban parte de su pequeño círculo. Por lo que deseaba compartir este momento con ella.

—Mel, mi sobrino vendrá a la ciudad —le comentó con emoción.

—¿Sobrino? —preguntó Melrose sorprendida—. No sabía que tenías uno —sonrió invitándolo a que le contara un poco más.

Alex se debatió un poco. Por supuesto que quería contarle sobre su sobrino, pero el tema familiar era algo que había decidido borrar hace muchos años. Pensó que lo mejor sería contarle lo básico de la historia. Ya tendrían tiempo de profundizar acerca de la familia y de disfrutar de la que ya estaban formando.

—Sí, tengo uno. Aunque hace tiempo que no sé nada de él. Él es arqueólogo al igual que yo. Se graduó hace poco, pero ha estado viajando por el mundo desde que tengo memoria. Su habilidad es más práctica. Ahora, la vida lo trae de vuelta a la ciudad y yo soy la única persona que conoce aquí después de haber pasado tanto tiempo afuera.

—¿Y sus padres? —preguntó Melrose.

—No viven aquí —sonrió—. De todas formas, le ofrecí mi piso. Nunca sabe cuánto tiempo va a quedarse en cada ciudad que visita —dijo encogiéndose de hombros.

—Así que otro arqueólogo, ¿eh? Me pregunto qué habrá visto en sus viajes. Debe ser un chico interesante.

—¡Lo es! —exclamó Alex. Le emocionaba poder presentarle a Melrose. Después de todo Chris era la única familia que le iba quedando.

Melrose comenzó a imaginar qué tipo de chico sería el sobrino de Alex. Seguro tendría muchas historias para compartir, Alex podría entretenerse escuchando acerca de ellas.

De pronto sentía que todo empezaba a volver a la normalidad. Su embarazo ya casi llegaba al final, pronto podrían tener a la pequeña en sus brazos.

Estaba feliz.



## Capítulo 22

Alex esperó casi una hora la llegada de su sobrino. El avión venía con un ligero retraso. Desafortunadamente Melrose no pudo acompañarlo al aeropuerto ya que esa tarde estaría en la tienda, entrevistando a chicas para trabajar. Permaneció en un lugar visible, esperando a que el joven apareciera, mientras que un sinfín de situaciones se desarrollaban a su alrededor. Cuando estaba comenzando a perder la paciencia, Chris apareció sonriente.

La expresión de sorpresa en el rostro de Alex no tardó en llegar.

—¿Qué pasa tío? ¿Viste a un fantasma? —pronunció Chris al mismo tiempo en el que le daba un cálido abrazo.

—¡Dios Chris! ¡Cómo has crecido! —dijo Alex emocionado observándolo, preguntándose cuándo su pequeño sobrino había crecido tanto.

La última vez que vio a Chris, fue hace unos cinco años, cuando el joven visitó Egipto y convivieron un par de meses. Había sido un tiempo muy feliz para ambos. Alex procuró enseñarle las bondades del país, Chris no tardó en interesarse en la arqueología

Chris, con veintidós años, era un joven alto de cabello castaño claro y unos profundos ojos marrón, heredados de su carismática madre. Sin duda no le había perdido paso a su progenitora.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó Alex mientras lo ayudaba con una de las maletas para llevarlas al taxi.

—Terminé mi especialización, estoy buscando trabajo. Pero decidí venir a visitarte antes. Quizás tú sepas de algo para mí... —comentó el joven mientras se subían al taxi —. ¿Qué tal todo? ¿Dónde estás viviendo?

—Alquilé un piso en el centro. Pero no estoy viviendo ahí —explicó Alex—. Estoy viviendo con mi novia en su casa...

—¿Novia? —preguntó Chris sorprendido—. ¡Vaya tío! ¡Tú no pierdes el

tiempo! —rió mientras le daba un golpecito en el hombro a Alex.

—No es lo que estás pensando Chris —sonrió—. Es Melrose... ¿recuerdas qué te hablé de ella?

Chris asintió.

En el camino, Alex le contó todo lo sucedido en los últimos meses, sin dejar escapar ningún detalle de la historia. Realmente se sentía muy a gusto con Chris. De cierta forma, era como si se tratase de su propio hijo. El lazo que tenían era muy fuerte, sentía que podía hablarle de todo. Especialmente acerca de Melrose.

Cuando llegaron a su apartamento, le explicó que aunque no había desempaquetado todo, lo necesario estaba disponible para su uso. Más que nada, eran objetos personales los que quedaban guardados en esas cajas tras el sillón. Objetos de su vida como arqueólogo a cargo de una excavación.

—¿No te dan ganas de volver tío? —preguntó Chris mientras buscaba ropa en su maleta.

—Estoy contento con lo que estoy viviendo ahora... —replicó Alex de forma simple.

—Eso no responde mi pregunta —rió Chris.

—Eventualmente me gustaría volver. Pero por ahora, quiero estar aquí —caminó hasta la cocina. Lo mejor sería pasar al supermercado para abastecer la nevera—. ¿Cómo está Valerie? ¿Dónde está? —preguntó mientras revisaba la cocina.

—Mamá está en Paris. Luego iré a visitarla —comentó Chris mientras se quitaba los zapatos. Estaba exhausto, pero planeaba pasar el resto de horas que quedaban del día con su tío—. Me pidió que te diera un abrazo de su parte y que te dijera que debes ir a visitarla. Puso énfasis en eso, de verdad quiere verte.

—Supongo que la visitaré en cuanto mi bebé pueda viajar —dijo Alex emocionado.

Tras decidir que debían ir de compras para abastecer la despensa, Chris le pidió a Alex que lo acompañara a beberse una copa y hablar un poco en algún buen bar. Alex dudó unos segundos, no deseaba dejar mucho tiempo sola a Melrose, sobre todo ahora que estaba en la etapa final de su embarazo. Pero se sorprendió al recibir la emocionada aprobación de Melrose. Ella le pidió que disfrutara de la compañía de su sobrino y que no se preocupara por



nada esa noche. Llamaría a Allie para que le hiciera compañía, por lo que podía salir con Chris.

Hacía mucho tiempo que no salía por la noche, así es que decidió aprovechar la oportunidad pasar tiempo con su sobrino.

Melrose se despidió de Alex y luego llamó de inmediato a Allie, para invitarla esa noche. Tendrían una noche de chicas. Ya se acercaba el parto, por lo que deseaba estar cerca de su comadrona para aclarar un par de dudas que ya le habían surgido.

Cuando Allie le confirmó la visita. Volvió su atención a los currículos de las chicas que había entrevistado esa tarde.

De pronto, sintió que alguien entraba a la tienda.

—Lo siento, ya no entrevistaré a más candidatas, estoy a punto de cerrar —dijo Melrose sin apartar la vista de los currículos. Esa chica era la indicada para el puesto.

—No he venido a solicitar a nada.

Melrose levantó la vista de inmediato, esa voz le era familiar.

Era Nathifa.

—No pongas esa cara. Sé que nuestro encuentro en la ceremonia de aniversario no fue de lo más agradable... —dijo Nathifa recorriendo la tienda con la mirada—. Pero he venido porque quiero hablar contigo.

Perfecto. Pensó Melrose. Ahora que todo parecía ir bien, Nathifa aparecía en su tienda. Lo mejor sería mostrarse con calma, aunque por dentro no lo estuviese. Si ella quería hablar, le daría la oportunidad.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —le preguntó de la manera más normal que le fue posible.

—De Alex, ¿de qué más querría hablar contigo? —dijo Nathifa en un tono seco.

—No veo por qué tendríamos que hablar de Alex —respondió Melrose—. Él está conmigo, tú ya no eres parte de su vida. ¿De qué podríamos hablar? No lo entiendo —dijo desafiante.

—No quiero discutir con una embarazada. ¿Melrose? ¿Ese era tu nombre? —Melrose asintió. Nathifa comenzó a caminar por la tienda— Melrose, vengo a pedirte que dejes que Alex vuelva a Egipto. Eso es todo lo que quiero.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Melrose. ¿Quién se creía que era? —. Alex es un adulto, tiene derecho a decidir dónde quiere estar —dijo mientras guardaba los currículos de las candidatas.

—Ambas sabemos que eso no es así. Si él está aquí es porque no quiere dejarte sola. Ni a tu bebé... —dijo señalando el vientre de Melrose.

—Es nuestro bebé —corrigió Melrose muy segura mientras acariciaba su vientre.

—Melrose... —Nathifa suspiró—. No intentes engañarme —hizo una pausa—. ¿Por qué Alex? ¿Por qué él tiene que asumir la responsabilidad de un bebé que no le pertenece? ¡No intentes engañarme a mí! No hay que ser un experto en números como para saber que él no puede ser el padre. Él estaba en Egipto conmigo cuando fue concebido tu bebé. ¿Crees que soy idiota? Alex no debe cargar con la responsabilidad de un bebé que no le pertenece.

De pronto, a Melrose le pareció estarse escuchando a sí misma hace un tiempo atrás. Preguntándose por qué debía de condenar a Alex a eso. Pero recordó que para él no era una carga. Además qué le importaba a Nathifa cuándo fue concebida su hija. Era de Alex y esa era la única verdad para ambos.

—¿Una carga? ¿Estás diciendo que mi hija es una carga? —preguntó Melrose molesta.

—Si él no es el padre biológico, ¡por supuesto que es una carga! —miró a Melrose fijamente—. ¡No entiendes el daño que le estás haciendo! ¡Alex debe volver a Egipto! Debe volver al trabajo que ama... Me duele verlo entre esas paredes... —pronunció Nathifa afectada.

¿Por qué esa mujer estaba hablando de Alex como si lo conociera? ¿Qué sabía Nathifa acerca de Alex? No soportaba que se refiriera a él de esa forma. Ella no sabía lo feliz que lo ponía el estar frente a todos esos jóvenes transmitiendo lo que había aprendido. Ella no lo había visto dentro de ese salón desbordando conocimientos. Nathifa no sabía nada acerca de Alex.

—No voy a tolerar esto. ¿Puedes irte? —dijo Melrose señalando la puerta.

—Sabes que lo que estoy diciendo es verdad. ¡Conozco a las mujeres de tu tipo! —exclamó señalándola—. Siempre supe que las mujeres aquí eran unas aprovechadas egoístas.

—¿Aprovechada? —preguntó Melrose notoriamente indignada—. ¿Qué estás diciendo? ¿Acaso no eras tú la que estaba con él solo por interés en esa excavación?

—Aprovechada, es la mujer que sería capaz de arrebatarse la vida a Alex sólo para que su bebé tenga un padre —dijo Nathifa desafiante—. Yo sé lo que Alex siente por ti... Él siente lástima. No te ama.

—No sabes lo que estás diciendo —de pronto una opresión se apoderó del pecho de Melrose. ¿Cómo Nathifa era capaz de decir todo eso? Ella no sabía absolutamente nada. Alex no sentía lástima por ella... ¿o sí?

De pronto, todas aquellas inseguridades que se habían ido a un lugar distante, cuando estuvieron juntos después de diez años, aparecieron para invadirla. ¿Acaso lo que Nathifa decía era verdad? Ella no sabía cómo habían sido las cosas en Egipto. Quizá Alex sí disfrutaba más de su trabajo allí y ahora sólo fingía disfrutar de la enseñanza porque de esa manera podría cuidar de ella y su bebé, pero en realidad no estaba haciendo nada más que posponer su interés, para no dejarlas solas.

—Vete Nathifa... ya dijiste todo lo que querías —dijo Melrose señalándole la puerta.

—Piénsalo Melrose —dijo pronunciando su nombre con cuidado—. ¿Con quién crees que estuvo estos diez años? —sonrió—. El joven Alex que conociste desapareció en el momento en el que llegó a Egipto. Alex Hawthorne es un exitoso arqueólogo que no merece perderse enseñando en una universidad... ¡Mucho menos cuidando un bebé que no es suyo! —exclamó con furia al mismo tiempo en el que le dedicaba una profunda mirada a Melrose. Luego salió de la tienda.

Melrose apoyó las manos en el mostrador, sentía que si no lo hacía se desvanecería en cualquier momento. Pero aquello no era dolor físico. Esa opresión que sentía en el pecho, era la materialización de un miedo.

El miedo de estarle arrebatando su vida a Alex ...

## Capítulo 23

—¡Quiero casarme con ella! ¡Quiero casarme con Melrose! —dijo Alex sonriendo mientras brindaba con Chris.

Ambos ya iban por su tercer whisky y sin duda la conversación había tomado un aire mucho más animado gracias al alcohol. Alex le contó a su sobrino los locos deseos que tenía de hacer a Melrose su mujer. Aunque en la práctica ya lo era. Pero deseaba que ese compromiso que tenían fuese reconocido por todo el mundo. Quería que cuando la vieran supieran de inmediato que era suya.

Era lo que más deseaba en la vida. Que ella fuera su esposa. De haber podido, se lo hubiese pedido hace diez años. Incluso guardaba el anillo que perteneció a su madre. Había planeado dárselo a Melrose en señal de compromiso.

—Tío, tienes que... simplemente casarte con ella —rió Chris—. Nunca encontrarás a otra mujer así —dijo rodeando a Alex con su brazo derecho—. Después, puedes volver con ella a Egipto, ¡y lo tendrás todo! —pronunció emocionado.

Eso le sonó bien a Alex.

De pronto, la idea de Chris le pareció excelente. Le encantaba enseñar, pero sería un mentiroso al decir que nunca planeaba volver a realizar su antiguo trabajo. Por supuesto que lo deseaba, pero para él ahora lo más importante era enseñar, estar con Melrose y la niña. Quizá en un par de años, podría proponerle a Melrose la idea de viajar. La opción no tardó en asentarse en su mente. Le parecía increíble el imaginarlas a las dos, acompañándolo en ese lugar que le sirvió de refugio durante tantos años. Había mucho que quería mostrarles.

Definitivamente lo consideraría.

Al cabo de un rato una simple llamada logró dejar en cero el efecto del alcohol que había bebido. Allie, esperó a que Melrose se durmiera para llamarlo. Nathifa había ido a importunarla hasta la tienda. No escuchó demasiado, ni siquiera la petición de su sobrino de que no era el mejor momento para ir a aclarar el asunto. No le importó. Quería ver a Nathifa ahora mismo y encararla de una vez por todas. ¿Con qué derecho iba a molestar a Melrose en su estado?

Estaba harto. ¿Por qué continuaba metiéndose en su vida?

¿No le bastó con arrebatarse su trabajo? ¿Ahora también quería desmoronar su vida?

No quería ni imaginar las cosas que pudo haberle dicho a Melrose, pero debían de ser graves para que Allie lo llamara. Le enfurecía pensar que probablemente Melrose pasó un mal rato a causa de esa mujer que ya nada tenía que ver con él.

Sin importarle la hora se comunicó con Anna para pedirle la dirección del hotel en el que Nathifa se estaba quedando. Por suerte, era el mismo en el que él se hospedó cuando llegó al país, por lo que no le tomó demasiado tiempo llegar.

En la recepción dio el nombre de Nathifa y se identificó diciendo que era urgente verla. De esta forma, a ella no le quedaría nada más que aceptarlo.

Nathifa dio la orden de que lo dejaran pasar de inmediato.

Se dio prisa para llegar a la habitación y golpeó la puerta. Cuando la vio aparecer en pijama, tuvo deseos de decirle mil cosas, pero se aguantó. Alguien debía de tener modales.

—¿Puedo pasar? —preguntó serio.

—Por supuesto —dijo Nathifa acomodándose la bata, mientras lo invitaba a entrar—. ¿Quieres algo de beber Al? —preguntó cuando ya se encontraban dentro de la habitación.

—No —intentó calmar su respiración—. Esta no es una visita social, Nathifa. Y por favor, no me llames así —le pidió molesto.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres? —se cruzó de brazos.

—¿Por qué fuiste a molestarla?

Nathifa sonrió.

—Veo que ya te fue con el cuento. ¿Qué te dijo? —Imitó el tono de voz de Melrose—, “*Alex, esa mujer vino a molestarme. Ve a defenderme*” ¿Algo

como eso? —rió.

—¡No seas ridícula, Nathifa! Ella no me dijo nada... Pero ese no es el punto. ¿Qué pretendes? —preguntó furioso—. Quiero que me dejes en paz. ¡Yo no voy a volver a Egipto contigo! ¿Es tan difícil de comprender? ¿Quién te crees que eres?

—¡Estoy preocupada por ti Alex! —exclamó Nathifa—. ¿Por qué te estás haciendo esto? —se acercó e intentó acariciar su rostro pero Alex se lo impidió, sosteniendo su mano con fuerza—. ¿Por qué quieres hacerte cargo de un bebé que no es tuyo?

—No... —dijo apretando la mano de Nathifa con fuerza—. No vuelvas a decir eso —pronunció al mismo tiempo que la soltó.

Se pasó la mano por el rostro y luego se apartó de Nathifa. Necesitaba que se devolviera a Egipto y que lo dejara en paz con lo que estaba viviendo ahora. Ya lo había atormentado lo suficiente durante su relación e incluso después. ¿Cuál era el afán por continuar?

—¿Por qué Nathifa? ¿Por qué quieres torturarme de esta forma? ¿Qué te hice? —le preguntó. Necesitaba obtener respuestas y de una vez por todas poder cerrar ese capítulo de su vida.

Nathifa lo observó. Lucía completamente desesperado y le dolía de verdad el verlo así.

—Me siento culpable Alex... —se sentó a los pies de la cama y se cubrió el rostro con ambas manos por unos segundos—. Ese accidente... —murmuró—. Si no hubieras salido tras de mí, no te habrías lastimado y... no habrías tenido que abandonar la excavación. ¡Fue mi culpa! —sollozó—. No sabía qué hacer... Cuando el director me dijo que te volvías a tu país me desesperé. Pero no pude hacer nada —limpió las lágrimas que inundaban su rostro—. Abandonaste tu trabajo de diez años por perseguir a una loca que te admiró tanto que no se dio cuenta cuando eso se transformó en envidia... —confesó mirándolo a los ojos.

Alex se acercó y se arrodilló frente a ella. De pronto le pareció estar viendo a la joven investigadora que capturó su atención durante las excavaciones. Esa mujer que, aunque tenía carácter, en ciertas situaciones parecía una niña pequeña que se deslumbraba con cada minúsculo descubrimiento.

—Nathifa no fue tu culpa...

—¡Por supuesto que fue mi culpa! Por eso quiero que regreses —suspiró—. El director me dijo que durante estos meses habías decidido no volver y que aceptaste el trabajo en la universidad, pero... ¡Tus motivos no son los correctos! —hizo una pausa—. Vine a convencerte de regresar, pero al llegar me enteré de lo que estabas haciendo y no puedo aceptarlo —dijo en tono serio—. No puedo aceptar que tu talento se desperdicie en un trabajo como este... y con ella... —murmuró.

Alex se puso de pie, se acomodó en una silla en el rincón. El discutir esto hacía que se sintiera exhausto. No era difícil deducir lo que Nathifa le había dicho a Melrose. Sabía que en estos momentos Mel debía de estar sintiéndose muy mal al pensar que estaba impidiendo su “brillante” futuro o algo por el estilo. Y aunque ansiaba ir con ella pronto, se dio cuenta de que primero necesitaba arreglar el gran problema que existía ahí. En esa habitación.

—Nathifa, debo reconocer que al principio... —la observó fijamente—. Sí te culpé por el accidente.

De pronto a Alex le pareció estar reviviendo el momento. La estúpida discusión que habían tenido. Lo molesta que había sido Nathifa, lo siguiente fue un dolor desgarrador en la pierna izquierda. Los meses de recuperación en el hospital, lo inútil que se sintió cuando se vio afectado su trabajo. El médico le había dicho que la fractura tardaría un tiempo en recuperarse, incluso después de la operación. En resumen, habían sido los peores meses de su vida.

Estaba ahí, pero sin poder realizar lo que amaba.

—Después de la operación estuve solo en ese hospital, odiándote porque estabas haciendo mi trabajo —dijo Alex—. Sentí que habías conseguido tu objetivo. Estabas teniendo el reconocimiento que querías... —se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación bajo la atenta mirada de Nathifa—. Y en un momento me di cuenta de que no quería volver para intentar recuperar mi lugar. No quería verte —hizo una pausa—. Compré el primer billete que encontré y vine a casa junto con Brad y los demás...

—Estoy muy arrepentida de cómo actué —dijo Nathifa mirando el suelo

—. Pero si vuelves Alex... yo me cambiaré de equipo. No tendrás que soportarme...

—No quiero volver ahora Nathifa —dijo Alex interrumpiéndola.

—¡Lo dices porque estás molesto y por la influencia de esa novia que tienes ahora! ¿Te das cuenta? —dijo al mismo tiempo en el que se ponía de pie.

—¡No, Nathifa! —gruñó Alex—. Al principio era por ti que no quería volver, pero al llegar... encontré lo que perdí hace diez años cuando me fui a esa... excavación.

—¿Esa mujer? —preguntó Nathifa con un nudo en la garganta—. ¿Esa era la mujer que no te podías sacar de la cabeza? —sollozó—. Ella es... ¿lo es?

Alex asintió.

—Tú sabes mejor que nadie Nathifa cuanto amo a Melrose —sonrió ligeramente—. Aunque te odié al principio por arrebatarme lo que amaba hacer... después me sentí agradecido porque, de no haber tenido ese accidente nunca hubiese podido recuperar a la mujer que amo. Y eso ahora es mucho más importante para mí que cualquier cosa.

—Alex...

—No es tu culpa Nathifa.

—Alex... por favor perdóname... —pronunció Nathifa al mismo tiempo en el que se acercó para abrazarlo.

Alex se quedó inmóvil, mientras que Nathifa continuó llorando aferrada a él durante un buen rato. No la abrazó. Simplemente dejó que llorara todo lo que quisiera, esperando que aquello marcara el fin de todo ese gran problema.

Cuando sintió que la investigadora se calmó un poco, la apartó.

—Si todavía necesitas a un arqueólogo para el equipo, tengo la opción perfecta para ti... —sonrió.

—¡Alex! —le dio un pequeño golpe en el hombro mientras que con la otra mano se secaba las lágrimas.

Alex salió de ahí sintiéndose mucho más positivo. Sabía que dentro del corazón de Nathifa no había maldad. Sólo asuntos sin resolver que ahora esperaba hubiesen quedado saldados.

Tomó un taxi hasta la casa. El reloj marcaba las cuatro de la mañana.



Abrió la puerta intentando no hacer ruido. Pasó por la habitación de huéspedes y vio a Allie durmiendo. Se apresuró hasta la habitación que compartía con Melrose. Pudo distinguirla aun en la oscuridad. Estaba durmiendo con un par de almohadas en la espalda. Esa era la única opción que le quedaba para poder descansar. Se quitó la chaqueta y se acomodó junto a ella, fallando en su intento de no despertarla.

—Alex... —pronunció Melrose aun afectada por el sueño. Estiró la mano para tocar su rostro.

—Hola... —sonrió mientras le daba un pequeño beso—. No quería despertarte, pero veo que no soy muy bueno en eso.

—Alex yo... —intentó no llorar, pero no tardó en sentir como sus ojos comenzaban a traicionarla. Se sentía fatal. Esa mujer había logrado abrir por completo aquella puerta que contenía todos sus miedos. Lo amaba, pero no quería ser ella quien le arrebatara la felicidad. No podría perdonárselo nunca.

—Mel, no me voy a ir a Egipto —la interrumpió—. No importa lo que Nathifa pudo haberte dicho. Ella quería que volviera por los motivos equivocados. Pensó que abandoné mi trabajo por su culpa.... Por el accidente —suspiró—. Y aunque al principio me sentí frustrado y apartado de lo que amaba hacer por su culpa, eso me permitió volver y encontrarte Mel —acarició su rostro—. Y eso es lo más importante para mí ahora —se acercó para besarla—. No quiero que pienses que estoy sacrificando mi carrera por estar contigo. Eso no es cierto —la abrazó—. Ya te sacrifiqué una vez... y ese es un error que no volveré a cometer...

## Capítulo 24

Melrose se quedó unos momentos más en la cama. La chica que había seleccionado para trabajar en la tienda, resultó ser tan eficiente, que su presencia ya ni siquiera era necesaria durante todo el día. Era una buena chica, muy responsable y carismática.

Alex ya había salido hacía una hora. La última semana la pasaron juntos casi todos los días, preparándose para la inminente llegada de la niña.

A pesar de que se sentía tranquila y Alex se había encargado nuevamente de apartar todos esos miedos que la asaltaron el día en que Nathifa estuvo en la tienda, sabía que no podría respirar con calma, hasta que la investigadora estuviese lejos. Alex le había detallado lo sucedido durante su última conversación en el hotel y aunque confiaba en él, simplemente no podía terminar de fiarse de ella. Eso nunca sucedería. Contaba las horas para que por fin desapareciera de sus vidas.

Se acomodó en la cama, pensando en lo que haría ese día.

Alex le había pedido que fueran a almorzar con su sobrino. Al final, se sentía culpable. El pobre chico había viajado para estar con su tío y sólo lo vio durante su primer día, un par de horas. Pero no es que él hubiese exigido ver a Alex durante los pasados días. Según le dijo Alex, Chris no solo venía a la ciudad para verlo, sino que también para resolver un problema.

De pronto comenzó a intrigarle Chris y su presencia. Ya llevaba una semana viviendo en el apartamento de Alex, pero ahora lo conocería. Esperaba que el joven no la juzgara por lo evidente. Seguro que Alex ya le había contado toda la historia y sobre su embarazo.

No estaba para tolerar a otra persona que quisiera interponerse entre ella y Alex, o que le dijera que no tenía derecho de arrebatarse sus sueños. Eso no.

Cerca de la una ya estaba lista. Únicamente le quedaba esperar a que Alex pasara a buscarla. Por suerte, no tardó en aparecer.—Alex...

—¿Qué sucede? —le preguntó en un tono dulce mientras comenzaba a vestirse tras la ducha. Su mañana había sido bastante agitada. Pasó rápidamente a su apartamento a buscar el anillo de su madre, quería pedirle matrimonio a Melrose, aunque no estaba seguro de cuándo sería el momento indicado para hacerlo. Por lo menos ahora tenía el anillo. Ya pensaría en algo.

—¿Crees que le caeré bien a tu sobrino? ¿Crees que no me juzgará por...?

—¡Nada de eso! —dijo mientras se abotonaba la camisa—. Él conoce toda la historia y me ha dicho que quiere conocerte. No debes preocuparte por nada —pronunció al mismo tiempo que la besaba en la frente.

Ante eso, Melrose no podía decir nada. Si Alex decía que su sobrino no tendría problemas con ella, así sería. Además, le causaba curiosidad. Esta sería la primera vez que estaría con un familiar directo de Alex. Esperaba conseguir finalmente algunas respuestas.

Cuando llegaron al restaurante, pudo distinguir de inmediato al joven Chris, puesto que su aire era muy similar al de Alex. Estaba justo fuera del lugar leyendo un pequeño libro, vistiendo unos vaqueros gastados y una camiseta gris. Alex le había contado que a pesar de ser tan joven, ya era reconocido dentro del área, debido a su experiencia viajando por el mundo.

Aunque aún lucía como un niño, él era todo un experto en el tema.

Al acercarse, el joven de inmediato observó a Melrose y sonrió. Eso la dejó mucho más tranquila, él no iba a juzgarla.

—Chris, ella es mi Melrose —dijo Alex presentándolos con una sonrisa—. Mel, mi sobrino Chris...

—Mucho gusto —dijeron los dos al unísono.

—Tío, intenté pedir una mesa, pero el sujeto de la recepción se negó diciendo que el lugar estaba lleno —explicó Chris a Alex mientras le señalaba la puerta.

—¿Me esperáis un momento? —les pidió Alex a ambos, para luego entrar al lugar. Se acercó hasta la recepción para pedir una mesa. Sin embargo, el encargado le indicó que ya estaba todo lleno. Buscó en los bolsillos de la chaqueta que llevaba en la mano su móvil para conseguir otro lugar y se percató de que no había sacado el anillo de ahí.

—Chris, lamento que no hayas podido ver a Alex hasta hoy... —dijo Melrose intentando iniciar la conversación.

—¡Oh! No te preocupes. También vine a intentar hablar con mi padre. Y como no resultó demasiado bien, decidí irme pronto para visitar a mi madre, a París —le explicó Chris con una sonrisa. Le alegraba ver a su tío tan bien acompañado.

—¿Tu padre vive aquí? —preguntó Melrose confundida—. Creo que Alex me dijo que no conocías a nadie más que a él en esta ciudad...

—¡Ah! Es que ellos dos no se hablan hace muchos años. Mi padre no aprueba lo que hace el tío Alex, mucho menos me aprueba a mí... así es que prácticamente nos eliminó de su vida. —dijo Chris mirando al suelo.

—Eso suena terrible... —así es que por eso que Alex no hablaba de su familia. ¿Qué había sucedido? Decidió intentar preguntarle a Chris, no perdería nada. Quizá esta era la única oportunidad que tenía. Luego interrogaría a Alex—. Y, ¿qué sucedió entre... ellos? —preguntó Melrose con cautela—. Cuando conocí a Alex él compartía un piso con sus amigos. Pero nunca mencionó demasiado acerca de su familia.

—Mi padre odia la arqueología. Él y el tío Alex solían estar muy unidos, pero en cuanto mi tío decidió lo que quería ser... mi padre no lo aceptó. Así que Alex vino a esta ciudad a estudiar. Lo que él no supo, hasta después de irse a Egipto, fue que mi padre también se mudó a esta ciudad. ¡Él es muy orgulloso! —sonrió—. Y aunque dijo que se olvidaría del tío Alex si decidía estudiar arqueología, lo cierto es que siempre ha estado cuidándolo... aunque nunca se hayan sentado a conversar otra vez, se han visto un par de veces. Pero... no sé cómo solucionarán sus problemas.

—Qué extraño es tu padre. Por lo menos veo que Alex tiene buena relación con su hermana, con tu madre... ¿no? —preguntó Melrose aún más confundida.

—Ella no es su hermana. Mi padre y Alex son hermanos —dijo Chris mirando al interior del restaurante. Alex parecía conversar con el recepcionista—. Parece que mi tío nos está consiguiendo una mesa —rió y luego observó a Melrose que parecía muy sorprendida de saber que Alex tenía un hermano—. Supongo por tu expresión que no tenías idea que él tenía un hermano. Lo siento, pero no te sientas mal... A mi tío no le gusta hablar de eso. Con nadie. Ni siquiera menciona a mi padre cuando está conmigo. Él no existe en la vida de mi tío...

—Pero, tu padre fue quién lo apartó primero, ¿no? —dijo Melrose sorprendida—. Supongo que es normal que Alex no quiera hablar del tema. Pero, me causa curiosidad, ¿qué tipo de persona puede darle vuelta la espalda

a su hermano sólo porque no le gusta lo que estudiará?

—No sólo eso, es capaz de citar a su hijo a su oficina y tratarlo como a un cliente —dijo Chris un tanto avergonzado de su padre. Buscó entre sus bolsillos y le extendió la tarjeta a Melrose—. Incluso me entregó su tarjeta para que me comunicara con él.

Melrose tomó la tarjeta y definitivamente nunca pudo haberse preparado para leer su contenido.

*“Jeff Thompson – Productor”*

De pronto, el mundo alrededor se detuvo. Sólo estaba ella y esa estúpida tarjeta. ¿Qué demonios? ¿Jeff era el hermano que apartó a Alex? ¿El padre que abandonó a Chris? ¿El novio que la abandonó? No podía creerlo, su mente se negaba a aceptar el hecho de que Alex y Jeff compartían lazos sanguíneos. Eso no era posible. Debía de ser un sueño. Sí. Tenía que ser un sueño. Aquello no podía ser verdad.

—Tengo que irme... —dijo vocalizando con dificultad mientras le entregaba de vuelta la tarjeta a Chris.

—Pero, ¿qué sucede? ¿Por qué te vas? —preguntó Chris preocupado.

—Lo siento, debo irme —dijo Melrose en un hilo de voz mientras comenzaba a apartarse, apenas siendo obedecida por sus extremidades.

Chris intentó detenerla de innumerables maneras, pero ella no podía quedarse ahí. No podía con la información que acababa de recibir. Y aunque su cuerpo casi se negaba a responderle, como pudo tomó un taxi. Necesitaba apartarse.

—Señorita, ¿a dónde la llevo?

—¿Eh? —estaba demasiado confundida. Sí, se había subido a un taxi—. A mi casa, por favor...

—¿Dónde queda su casa? —preguntó el chofer con una ligera sonrisa.

Le explicó la dirección, pero todo parecía demasiado confuso en su mente. Se dedicó a mirar por la ventana, e incluso el pasar de las calles la perturbaba. No podía tolerar absolutamente nada.

Al llegar a la casa, se acomodó en el sillón. De pronto, su respiración se hizo mucho más rápida.

De inmediato rompió a llorar.

¿De verdad estaba sucediendo? ¿De verdad Jeff y Alex eran hermanos? ¿Pero cómo era eso posible? ¿Cómo no se dio cuenta antes?

Un pensamiento irrumpió su mente trayendo una sensación mucho peor que la que había tenido al pensar en que estaba arrebatándole el futuro a Alex, al hacerlo cargar con una bebé que no le pertenecía.

Alex era en realidad el tío de su bebé.

Aquello parecía una broma. ¿Por eso Alex se sentía tan conectado a su hija? ¿Por eso la sentía como suya? Porque en realidad si compartían algo...

Hacía diez años se había enamorado de Alex. Sufrió enormemente con su partida, sintiendo que su vida se terminaba con cada día que pasaba sin él. Al final, acabó asumiendo que eso era lo mejor para ambos. Que el no haber estado embarazada era la clave para que Alex pudiese desarrollar el sueño que anhelaba desde mucho antes de conocerla. Y luego, cuando ya se transformó en una adulta apareció Jeff. Que fue el único que logró llamar su atención, tras haber pasado muchos años temerosa de volver a enamorarse. Ahora todo parecía tener lógica. Jeff había llamado su atención porque era el hermano de Alex. Debían de emitir algo imperceptible que a ella le parecía atractivo. Era la única explicación para haberse sentido atraída por ambos.

Aquello le resultaba horrible. Había estado con los dos. Sin importar cómo lo mirase, le causaba cierto grado de repulsión el asumir que había compartido la cama con ambos. Se sentía sucia.

Se sentía sucia de haber estado con Jeff después de haber estado con Alex. Y se sentía sucia de haber vuelto a estar con Alex, después de haber estado con Jeff. Parecía confuso, pero su mente creía comprenderlo a la perfección. Era desagradable. Se sentía mal. Casi como si hubiese jugado con ambos.

Se cubrió el rostro, intentando que esa pesadilla terminara pronto. Con diferencia a otras que ya había tenido, esta no parecía tener intención de acabar. Todo parecía una broma de mal gusto. Pero no era una pesadilla. Era real.

Su mala suerte no tenía límites.

Lo peor es que amaba al hermano del hombre que la había abandonado con su bebé. O quizá lo peor era que se había quedado embarazada del hermano del hombre que había roto su corazón al marcharse a Egipto para cumplir su sueño.

Su cabeza parecía girar y su mente no tenía intenciones de detenerse. Sabía que podría pasarse horas pensando en las más inverosímiles conclusiones con respecto al asunto, pero no había nada que pensar.

Solo existía una verdad.

Alex y Jeff eran hermanos.

No sabía cómo, pero de una forma extraña, los dos habían conseguido meterla en una situación que no estaba precisamente en su lista de ideales.

De pronto, comenzó a sentir fuertes dolores provenientes de la parte baja de su cuerpo. Intentó acomodarse pensando que aquello lograría aliviarla, pero fue en vano. Puso las manos sobre su vientre y sintió que de pronto se había endurecido. Algo estaba mal.

Al parecer su hija acababa de escoger el peor momento para llegar al mundo. Un momento en el que se encontraba sola, para nada preparada. Quizá, de pronto su pesadilla en la que su hija llegaba y no había nadie junto a ellas, se haría realidad.

Estiró la mano para tomar el teléfono y poder comunicarse con Allie. Al menos la necesitaban a ella. Pero del resto no deseaba ni acordarse.

Aun le parecía repugnante pensar que se había acostado con los dos hermanos. Se quedó embarazada de uno y ahora el otro quería hacerse cargo del bebé.

Aquello no tenía opciones de acabar bien ni ahora ni nunca...

## Capítulo 25

Alex corrió a todo lo que le dieron las piernas por los pasillos de esa clínica. Había dejado a Chris pagando el taxi, él no había podido quedarse esperando. Necesitaba ver a Melrose. Necesitaba descubrir qué la había hecho marcharse de esa manera.

Al salir del restaurante contento por haber conseguido una mesa, Chris le informó que Melrose se había puesto muy mal de pronto y que se había marchado. Se molestó con Chris por no haberla detenido, pero después una sensación extraña oprimió su corazón. Algo había pasado. Intentó localizarla llamando a su móvil, luego a otros lugares que se le ocurrieron. Pero, al no obtener respuesta simplemente tomó un taxi con destino a casa, a medio camino tuvieron que cambiar de rumbo al recibir una llamada de Allie.

Melrose estaba en la clínica, de parto.

Cuando dio con el área indicada, entró en el pasillo que se ubicaba el lugar donde estaba Melrose, pero de pronto, sus piernas se negaron a continuar avanzando. Todo su cuerpo se quedó inmóvil, mientras que su cerebro relacionaba ese rostro con sus recuerdos.

¿Qué demonios estaba haciendo Jeff ahí?

Y rápidamente, la respuesta pareció llegar a su mente.

Lo poco que Melrose le contó del hombre con el que había estado durante tres años, comenzó a identificarse con Jeff, su hermano mayor. Ahora todo parecía coincidir de una manera extraña. Melrose lo había descubierto al hablar con Chris. Por eso se había marchado de forma tan repentina. Algo en su interior se resintió al imaginar lo que Melrose pudo haber sentido al enterarse de aquella escalofriante verdad. En su estado, era lógico que algo como eso consiguiera afectarla de esa forma. Se sentía culpable. Si hubiese sido un poco más sincero con ella...

Le ordenó a su cuerpo que se moviera, y decidió saludar a Jeff de una



manera muy “cariñosa”. Lo tomó por el cuello de la camisa y acercándolo a la pared, hasta que sintió al cuerpo de su hermano quejarse contra el cemento.

—¿No te bastó con abandonarla? ¿Por qué estás aquí Jeff? —preguntó molesto—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó alzando la voz con furia.

—Perfecto —dijo Jeff con la calma que lo caracterizaba—. De todos los hombres en el mundo... ¿tú? Perfecto —apartó las manos de Alex y se arregló la camisa. Observó que Chris se acercaba—. ¿Christian?

—Papá... —pronunció Chris confundido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Alex una vez más. Su mente había llegado al límite. Era demasiada información para asimilar, pero no tenía tiempo para eso, sólo quería que Jeff desapareciera y ver cómo estaba Melrose.

—Ella me pidió que desapareciera de su vida, pero... Jenny, una de sus amigas me llamó para decirme que el bebé iba a nacer. Sentí que tenía que venir... Soy el padre después de todo —pronunció Jeff observando a Alex.

Chris los miraba a ambos intentando comprender lo que estaba oyendo. ¿Su padre era el que había dejado embarazada a la novia del tío Alex?

—¡Tú no eres su padre! —exclamó Alex—. Huiste en cuanto tuviste la oportunidad. Eso no es ser padre. ¡No lo eres! —se apartó un poco y se apoyó en la pared. Necesitaba ver a Melrose. Ahora.

—Alex... —se acercó—. Sé que me odias, pero estuve tres años con esa mujer...

—La abandonaste cuando más te necesitó. ¿Sabes lo sola que estaba cuando la encontré? —preguntó afectado—. ¿Lo sabes? Por supuesto que no —suspiró—. Ella lo único que quería era que tú le dijeras que todo iba a salir bien. Ella quería una familia... ¡Te necesitaba! Pero tú no estabas... ¡Yo sí!

—No quería ser padre... Ella lo sabía —murmuró Jeff.

—Te recuerdo que ya eres padre —dijo al mismo tiempo en el que señalaba a Chris—. ¿Por qué eres así? ¿Por qué no puedes ver a nadie más que a ti mismo? ¿Qué sucede contigo? ¡Es imposible que hayamos sido criados por la misma mujer! —exclamó indignado.

—No digas eso... —pronunció Jeff mirándolo directo a los ojos.

—Eres igual que tu padre. Ese hombre que la abandonó... —musitó

Alex al mismo tiempo que recibía un golpe por parte de Jeff.

—¡No hables de mi madre! —exclamó Jeff molesto.

—Era la mía también —dijo Alex desafiante.

—Por lo menos mi padre la mantuvo viva. Desconozco lo que le llevó a abandonarla, pero estaba viva —caminó hasta quedar en la pared opuesta—. Tu padre apareció con todas esas ideas absurdas de la arqueología, ¿y qué sucedió? —su voz se quebró por unos segundos—. ¡Los dos terminaron en el fondo de esa excavación buscando sólo Dios sabe qué! ¿Y tú quieres terminar igual?

—Eso fue un accidente... —murmuró Alex.

—¡Yo te críe Alex! —exclamó—. Te vi crecer. Estuve contigo en cada momento, ¿y cómo me pagaste? ¡Viniendo a esta ciudad a estudiar esta idiotez! ¿Para qué? ¿Para terminar como tus padres?

Chris los observaba a ambos. Nunca los había visto así.

—¿Me cuidaste esperando que te lo retribuyera? —preguntó Alex indignado—. ¿Me cuidaste esperando que me convirtiera en alguien que no soy?

—Por supuesto que no... —dijo Jeff.

—¿Y entonces por qué dejaste a Chris? ¿Por qué abandonaste a Melrose? ¿Por qué continúas huyendo? —sabía que esto no los llevaría a ninguna parte. Pero, era la primera vez en años que tenía la oportunidad de enfrentarlo. Necesitaba obtener respuestas de Jeff. Necesitaba conocer los motivos que lo llevaban a actuar de esa forma tan fría.

—Odio la arqueología... —murmuró—. Mi madre murió a causa de eso y tú no pudiste aprovecharla como yo lo hice. Ella era increíble... —sonrió ligeramente al recordarla—. Pero decidiste seguir sus pasos... No pude soportarlo. No te iba a apoyar en esa misión suicida. Pero de todas formas me mudé a esta ciudad —observó a Alex con cariño—. Sé en qué universidad estudiaste, cuándo te graduaste y lo bien que hiciste tu trabajo durante estos diez años —hizo una pausa—. Después Chris... —dijo mirando a su hijo—. Él te siguió. Independiente de lo que haya pasado con Valerie, nuestro matrimonio no resultó y nos alejamos, pero yo quería un futuro diferente para él. Supongo que estoy condenado a que esa estupidez de andar desenterrando objetos olvidados, me quite a las personas que amo... —se apoyó en la pared y cerró los ojos unos momentos.

—¿Por qué le hiciste eso a Mel? —preguntó Alex con un hilo de voz.

Por primera vez, después de años, Jeff había logrado afectarlo. Detrás de esa actitud fría que solía mostrar, habían sentimientos. Jeff perdió demasiado, estaba de acuerdo en eso.

—No quería tener a una personita nueva dependiendo de mí. Tuve miedo de perderla Alex... —dijo con la mirada nublada—. No quería pasar por eso, así que decidí apartarme antes. Sé que le hice mucho daño a Melrose. Pero... no pude. No pude...

De pronto se abrió la puerta y Allie apareció. Su cara de sorpresa fue evidente al ver a Alex y a Jeff. Aunque intuyó de inmediato que la presencia de Jeff, había sido obra de Jenny, a quién vio aparecer en el pasillo trayendo dos cafés. Se arrepintió de inmediato de haberla llamado. ¿Por qué se empeñaba tanto en que Melrose estuviese con Jeff? Además con lo que Melrose le contó acerca de Jeff y Alex, ella misma se encontraba confundida. No quería ni imaginar la cara que pondría Melrose al saber que los dos estaban ahí.

—Melrose está de parto. Falta muy poco y vengo a solicitar la presencia del padre. Sería bonito... que estuviera con ella —dijo encogiéndose de hombros ante la mirada de Alex y Jeff.

—Pero... ¿quién entrará? —preguntó Jeff.

—Alex Hawthorne, es a quien tengo registrado como padre. Lo siento Jeff —dijo Allie.

—Está bien. No hay problema —pronunció Jeff con calma—. Ve tú, Alex —le dijo al mismo tiempo en el que ponía una mano sobre el hombro de su hermano pequeño.

Alex asintió y entró con Allie. Ahora sólo deseaba ver a Melrose. Quería asegurarse de que estuviese bien. No podía pensar en otra cosa. Ya tendría tiempo para solucionar la relación que tenía con su hermano mayor.

Ahora, sólo había una persona en su mente.

Se puso de inmediato esa extraña ropa para poder ingresar en la sala de partos. Estaba nervioso. Quería que todo saliera bien, que ella no sufriera demasiado. De pronto, recordó aquel antiguo anillo egipcio que su padre le regaló a su madre. Buscó la pequeña caja en los bolsillos de su chaqueta y metió el anillo en su pantalón.

Entró a la sala de partos y al ver a Melrose se tranquilizó. Aunque sus

quejidos y su respiración agitada por las contracciones no parecían cesar, ya estaba con ella.

Tomó de inmediato su mano.

—Alex, ¿qué... qué estás haciendo aquí? —preguntó Melrose respirando con dificultad.

—Yo soy el padre, ¿recuerdas? —sonrió y luego besó su frente.

—Eso no es cierto Alex... —dijo al mismo tiempo en el que una lágrima caía por su mejilla—. Él es el padre... —sollozó—. Él... él es tu...

—¡No lo digas! —tomó su mano con fuerza y acercó su rostro al de ella—. No me importa. No me importa lo que sucedió con Jeff... él...

—Él es tu hermano... —dijo Melrose quejándose. El pronunciar eso había sido casi tan fuerte como lo que estaba sintiendo su cuerpo—. Las cosas nunca serán como antes. No podemos eliminarlo de nuestras vidas. Siempre estará atormentándonos...

—Mel... —murmuró acariciando su cabello—. Jeff está afuera, estuvo de acuerdo en que yo entrara...

—¿Eh?

—Nos tomará tiempo aceptarlo. Pero, ya no quiero que te olvides de él... —dijo con una pequeña sonrisa. Sostuvo la mano de ella con fuerza. De pronto sintió que era el momento indicado para preguntarle aquello que estaba deseando desde hace mucho. Sacó el anillo de su bolsillo y sin siquiera consultarle a Melrose, lo deslizó por el dedo anular de su mano izquierda. Ella lo observó confundida.

—Es el anillo que mi padre le dio a mi madre cuando se comprometieron... —le explicó de forma simple para luego besar su frente—. ¿Te casas conmigo?

—Mel, ya es la hora... —pronunció Allie lamentando el haber interrumpido aquello—. La dilatación es la óptima —le hizo señas a la enfermera para que chequeara el estado de todo.

—Alex... —dijo Melrose tomando la mano de él con fuerza, al mismo tiempo en que miraba aquel anillo.

—¿Qué sucede? —le preguntó preocupado secando sus lágrimas.

—¿Prometes... prometes que estarás con nosotras para siempre? ¿Prometes amarme? —pronunció con dificultad.

—Mel, yo no puedo prometerte eso... —sonrió acariciando su rostro—. Yo no te prometo amor... Yo ya te amo —explicó—. No necesito prometértelo. Siempre te he amado...

Alex besó su mano y procuró estar con ella durante todo el momento. Su corazón se oprimía al ver que quizá estaba sufriendo. Pero Allie, con una sonrisa, lo calmó durante todo momento.

No apartó su mano de la de Melrose. Tenía claro que nunca soltaría esa mano.

Siempre pensó que en el mundo existían innumerables sonidos que podían considerarse hermosos. Pero ahora, estaba seguro de que el sonido más hermoso, había sido ese pequeño llanto de su hija, seguido por sus propias lágrimas.

# Epilogo

Otra vez...

Algunas veces, la vida puede dar muchas vueltas antes de llevarnos a nuestro destino. Yo lo comprobé en carne propia.

Amé por primera vez. Sufrí. A me. Sufrí. Y después volví a amar como la primera vez.

Pero cuando miro a mi hija, me siento tan feliz que no me arrepiento de nada de lo que tuve que vivir antes de poder tenerla entre mis brazos.

Nunca nadie podrá arrebatarme ese momento en el que comenzó esta unión entre ambas.

Ahora, Maddie es una señorita. Incluso veo cercano el día en el que me pedirá que deje de utilizar ese sobrenombre y que la llame Madeleine, como su abuela paterna.

Bien, quizás estoy exagerando.

Ayer celebramos su séptimo cumpleaños. Recibió como siempre un gran regalo de su "Papá Jeff" y estuvieron hablando por teléfono casi una hora. Tienen conversaciones muy interesantes con respecto a diversos temas, Jeff procura explicarle todo de forma detallada. Es la voz racional. Pero de pronto recordó que ella era sólo una niña y le pidió que se cuidara del sol y que no hiciera mucho ruido cuando Alex estuviese trabajando. Maddie le prometió que así lo haría, luego le preguntó cómo iba su trabajo. Chris pasó a visitarla y estuvieron jugando hasta muy tarde. Parece un niño embobado jugando con su hermanita. Como nunca sabemos cuánto tiempo se quedará, le preparamos una habitación especial en la casa. Aunque él siempre dice que se encuentra muy a gusto en nuestro sofá.

La primera vez que vi a Alex, nunca imaginé que algo como esto sucedería. Nunca imaginé que nuestra relación terminaría de forma abrupta. Nunca imaginé el conocer a su hermano mayor y que Maddie saliera de esa

unión. Nunca imaginé el reencontrar a Alex y que estuviese dispuesto a aceptar mi embarazo como suyo.

Nunca imaginé nada de esto.

Pero al final, conseguí exactamente todo lo que quería...

—¿Qué estás haciendo mamá? —preguntó la pequeña acercándose hasta el escritorio.

—Nada amor, solo estoy escribiendo algunas cosas. Para el futuro —le sonrió mientras acariciaba su largo cabello negro. Lo había heredado de su abuela, al igual que los ojos verdes. Era el retrato perfecto de la madre de Alex y Jeff...

Era igual a Alex.

—¿Puedo verlo? —preguntó curiosa con esa sonrisa que hacía que Melrose no pudiese negarse. Era como si Maddie y Alex tuviesen un tipo de sonrisa especial que provocaba que ella dijera que sí a todo.

—Puedes, pero después —dijo Melrose tocando la punta de la nariz de la pequeña mientras sonreía—. Ahora debemos salir... —dijo al mismo tiempo en el que se ponía de pie y tomaba de la mano a Maddie.

Caminaron entre la multitud que parecía avanzar demasiado rápido, hablando en ese idioma que todavía le resultaba un poco extraño. Ya llevaban un par de meses en Egipto, sabía que ahora deberían de permanecer más tiempo, ya que Alex estaba a cargo de una excavación de la universidad. Pero no le molestaba en absoluto. Él estaba haciendo lo que amaba, Maddie era extremadamente feliz y ella pronto abriría una nueva tienda. Todo marchaba estupendo.

Cuando finalmente divisó a Alex entre toda esa gente, su corazón se aceleró un poco. Verlo, le provocaba la misma reacción de años atrás, cuando se conocieron. La emoción recorría todo su cuerpo de una manera que sólo él conseguía provocarle, con esa hermosa sonrisa.

Alzó la mano para llamar su atención, desde lejos él pudo distinguirlos y comenzó a acercarse hacia ellas.

Por supuesto, su marido también tenía una forma de caminar que la dejaba sin aliento. Observó a Maddie que sonrió de inmediato al ver a su padre. Tomó la pequeña mano de su hija, mientras que con la otra, se tocó el vientre.

Su segundo bebé le había dado una pequeña patadita...





# Agradecimientos

Aprovecho este espacio para agradecer a todas esas personas que han aportado, no sólo en la creación de esta historia, sino que también a las que han estado ahí en cada paso que he dado.

En primer lugar, quiero agradecer a mi familia. A mis padres, Cristian y Patricia, por enseñarme a que siempre se puede salir adelante sin importar los obstáculos, y a mis hermanos, Claudia y Emilio, por apoyar mis locas ideas.

También a mis amigos; Christian y Marlene. Muchas gracias por todas esas tardes de conversaciones, consejos y rica comida. Además, les agradezco por darme un valioso regalo, mi adorada Renata.

Gracias a Nicol, por ser una de las pocas personas con las que puedo hablar de letras. Por escucharme con calma y aconsejarme con paciencia.

Además, me gustaría mencionar a Arno. Quizá no lo sabes, pero muchas de nuestras conversaciones me ayudaron a descubrir una parte de mí que no conocía. Estaré eternamente agradecida al universo de que te hayas cruzado en mi camino.

Por supuesto, quiero agradecer a Tara, y a todo el equipo de Red Apple Ediciones, quienes le dieron la oportunidad a “Yo no te prometo amor” de salir del cajón del olvido en el que descansaba. Muchas gracias por ver potencial en la historia, y darme la confianza necesaria para iniciar este camino en la escritura.

Y por último, quiero agradecer a la lectora beta que me acompañó durante la creación de esta novela. Quizá nuestros caminos se distanciaron, pero sigo muy agradecida por todo el apoyo brindado.

Gracias a todos y cada uno de los lectores.

¡Nos vemos en la próxima historia!

